



JULIO MANUEL DE LA ROSA

EL ERMITAÑO DEL REY

VII PREMIO DE NOVELA CORTA DE LA DIPUTACIÓN DE CÓRDOBA

algolda

Julio Manuel de la Rosa

El ermitaño del Rey

algaida

V PREMIO DE NOVELA CORTA DIPUTACIÓN DE CÓRDOBA

Un jurado compuesto por: José Manuel Caballero Bonald, Alejandro López Andrada, Luis Mateo Díaz y Miguel Ángel Matellanes otorgó a El ermitaño del rey de Julio Manuel de la Rosa el VII Premio de Novela Corta «Diputación de Córdoba».



Diputación
de Córdoba

Contenido

Cubierta

I

II

III

IV

V

VI

VII

VIII

A modo de Epílogo (Notas de lecturas)

Créditos

I

Ha llegado la hora y debo proceder con diligencia. Lo primero limpiar la mesa, apartar legajos y papeles que no cuadran para la ocasión e incluso estorbarían a mi propósito, pues debo escribir lo más claro y conciso que pueda alcanzar mi turbado pensamiento. Un folio ajado por el tiempo que acabo de ver, confundido entre otros papeles olvidados, me paralizó la mano y la cabeza. En la parte superior del papel amarillento, en letras mayúsculas, aparece un nombre. Este folio tantos años olvidado pudo ser la primera página de un libro que nunca logré escribir.

Me voy acercando al instante postrero, pero por los olores que me llegan desde la ventana y el sabor del aire, la vida sigue crujiendo hermosa y ajena entre los olivos que rodean el caserío de Campo de Flores. No disfrutaré del verano. Debo expresarme rectamente pues bien poco dejo de herencia y bienes materiales. La otra herencia, si es que existe, la sembré con esfuerzo y muchas penalidades en mis obras, en la mente y el corazón de unos pocos hombres muy amados que se dijeron hermanos míos y con los que compartí las mejores horas de mi existencia. Nacido soy el mismo año que el Rey Don Felipe Nuestro Señor, que también ahora se encuentra en el umbral de la muerte. Iguales años tengo que mi hermano Fray Luis de León, ya en la presencia de Dios. Fechas que parecen coincidir para la alegría y la buena fortuna, pero oscurecidas ese mismo año por el gran luto del Saco de Roma, justo por los días que en Valladolid se celebraba la primera disputa sobre Erasmo de Rotterdam. Vida la mía con puntos luminosos rodeados por muchas y variadas desolaciones mandadas por el Altísimo.

De la mesa he retirado todo lo innecesario, menos el papel viejo con el nombre escrito. Dispuestos los pliegos, tomo la pluma y escribo «En el nombre de Dios Todopoderoso, Padre, Hijo y Espíritu Santo, en el cual firmemente creo y del cual espero mi salvación, y con advocación de la Virgen

Santa María y de todos los santos de Dios, cuya comunión pido en mi favor y patrocinio, éste es mi testamento y postrera voluntad, legítima, rata y firme mía del dottor Beneditto Arias Montano, clérigo presbítero y religioso profeso de la orden de Santiago del Espada, comendador de Pelay Correa, capellán del Rey Don Felipe y criado de su Real Casa, el cual ordeno, hago y escribo de mi mano y letra, estando sano de mi cuerpo y en todo mi juicio y arbitrio cual Dios fue servido de darme, y lo confirmo por testamento rato y valedero conforme al modo y derecho con que se hacen todos los testamentos de las personas de la dicha Orden de Santiago, con la licencia y facultad acostumbrada a pedirse y darse para tal efecto, la cual yo tengo para este trienio dada por el supprior del convento de Santiago de Mérida en sede vacante; y con tal derecho declaro mi voluntad en la forma que se sigue».

No es cabal ni de buen cristiano fingir en este último pliego que escribo en mi vida. No estoy sano de mi cuerpo ni nunca lo estuve. Tampoco estoy seguro de mi buen juicio. Siempre he sido un hombre pusillo de ánimo pequeño, desde la juventud, cuando por imaginaciones y descontentos me entraban calenturas y temblores, como me aconteció en Alcalá después de escuchar la primera lección de Cipriano de la Huerga, y otra vez en Llerena, estando alojado en la casa de mi amigo Francisco de Arce, que siendo como era médico cirujano, me trató del mal con buen arreglo. Pero estos achaques nada importan para lo que debo decir por escrito. «Mando primeramente mi alma a Dios que la creó y redimió con la sangre de su Hijo Jesucristo Nuestro Señor. Mando mi cuerpo a la tierra de que fue formado, y pido y suplico ser sepultado en sepultura eclesiástica como cristiano sacerdote y religioso, y que la dicha sepultura me sea proveída y dada en el lugar que plazca a la caridad de aquellos hermanos cristianos en donde Dios ordenara que sea el fin de esta vida mortal mía, para que de allí atienda mi cuerpo la resurrección que firmemente creo y espero. Todos los escritos míos que hubieren salido a la luz al tiempo de mi fallecimiento o estuvieren en orden para poder salir los encomiendo al patrocinio de la Santa Iglesia Católica Romana, nuestra madre, y los ofrezco y someto a su censura legítima como siempre lo he hecho, porque ningún otro fin he tenido en todos mis estudios que servir con ellos a Dios Nuestro Señor y a la dicha Santa Iglesia, por cuya exhortación, gracia y mandado, que me fue dado en el Concilio de Trento, yo me empleé en ellos

con deseo de servirla y agradarle con mi servicio y obediencia. Mando que se digan doscientas misas después de mi vida por mi ánima y por la paz y prosperidad de la Iglesia y por las personas a las cuales tuviere yo alguna obligación, y la limosna de estas misas se dé de los bienes que se hallaren míos. A cada uno de los criados que se hallaren en mi servicio o compañía al tiempo de mi fallecimiento se le den seis ducados en dineros o en vestidos o en cosas que los valgan; y declaro que no debo salario alguno a ningún criado, porque los que lo ganaban conmigo han sido pagados puntualmente cada mes o entrante o saliente. Al presente no debo deuda notable a persona alguna; más cuando alguna pareciere yo deber con buena razón, mando que se pague de mis bienes».

Un quintal me pesa la pluma en la mano. Se me nublan los ojos, siento vacilaciones y algo de mareo. Disturbios propios de un anciano que recorre temeroso los últimos alientos de la vida. Envuelto en la niebla y muy difuso veo a mi padre en el patio de la casa de Fregenal. Parece esperar algo y sé bien lo que es. Impaciente aguarda la llegada de la noche, cuando las primeras estrellas aparezcan en el cielo. Entonces subirá a la azotea con su aparato de estudiar el firmamento y me irá explicando. De él aprendí la existencia remotísima de Andrómeda, Dragón, Hidra, Escudo y que el camino de Santiago era la Vía Láctea, que tiene forma lenticular compuesta por millones de estrellas. Mirando el firmamento se pasaba mi padre muchas horas mientras en la cocina mi madre, entre bostezos y suspiros resignados, esperaba recalentando la cena. Así aprendí la existencia de otro orden en las cosas, de otros mundos y que en éste que habitamos existen realidades que no podemos ver con ojos comunes. Ya de día, mi padre cambiaba de expresión y el ensueño de la noche era sustituido por la gravedad de su presencia como Notario en Fregenal del Santo Oficio.

Pero debo mover la pluma con prontitud sin distraerme en recreaciones del pasado, ni con el canto de los pájaros que revolotean en el huerto y decir que «el siclo antiguo de plata que yo tengo y del cual ya he escrito, por ser pieza tan rara e importante para averiguación de la verdad de mi historia más grave e íntima, mando se envíe al relicario del monasterio de San Lorenzo el Real, para que allí se guarde y muestre, por cuanto yo lo prometí al Rey Don Felipe Nuestro Señor. Del patronazgo de la Peña de Aracena con su ermita y todas

sus heredades y anexidades que yo tengo y poseo por gracia apostólica dejo al Rey Don Felipe Nuestro Señor y a sus herederos o sucesores en la corona real, aplicado al alcázar de Sevilla».

Tantas y tantas horas, días enteros y noches en blanco inclinado sobre el escritorio, escuchando pasar los ruidos de la vida bajo mi ventana. Jornadas enteras saturadas de trabajo. Pero esta escritura mía que ahora se me antoja laberinto circular, por Dios digo que nunca fue cobarde escapada de la realidad del mundo repleto de basura, tumultos y brutalidad, sino más bien lo contrario. Tuvo siempre este escribir mío un secreto afán de verdad, muchas veces hasta una disimulada rebeldía y subversión, pues así entendí y concebí el *regressus ad fontes* mediante el acendrado afán por lo que siempre fue el centro y el eje de mi vida, el estudio de las Sagradas Escrituras desde su origen y raíz de sus lenguas. Aunque mucho temo no haber sido bien entendido aquí, digo en nuestra España y así me voy con el temor de que mis obras puedan ser incluidas en el Índice, *donec corrigantur*. Pero esa desgracia tan posible no la veré ni sufriré en mis carnes. Yo mismo, debo confesarlo, he ayudado en algunas ocasiones a preparar el Índice y hombres muy preclaros en el pensamiento también lo hicieron. Tiempos muy oscuros.

He puesto escrito «poco de herencia y bienes materiales» y ello no se ajusta a la verdad. Hasta la fecha de hoy, dueño y propietario he sido de mis pensiones eclesiásticas y bienes raíces de fincas y casas en Sevilla, amén de mi extenso coleccionismo, libros y manuscritos, cuadro de pinturas de lienzo, estampas, medallas, esculturas y muchas rarezas del Nuevo Mundo que fui recogiendo, además de una esfera de metal con pie fijo, un globo grande, celeste terrestre de Gerardo Mercátor y tres astrolabios, uno latino grande muy rico y otros objetos que no consigno por su escaso valor material. Mi humilde presencia de clérigo vestido con usada sotana corta y ferreruelo fue un disfraz para distraer miradas ajenas y sospechas de envidia, que muchas tuve.

Confieso que a pesar de mis quebrantos y trabajos, nunca he podido vivir de acuerdo con el ideal que me propuse cuando apenas era un muchacho. Un día, subiendo de excursión con Jacobus Vazquus Matamorus, que fue el primer maestro muy querido que tuve de Latín y Religión, por el cerro de San Ginés, Jacobo, que era también excelente en Árabes y Templarios, me explicó que en una cueva de ese cerro por donde subíamos confortados por el aire puro y el

silencio del campo, había vivido retirado del mundo largos años el asceta Ginés, alimentándose sólo de leche; también allí vivió y murió en los tiempos visigodos San Víctor, pero que siendo los dos de grandes méritos, el varón más santo en soledades y riqueza interior había sido San Jerónimo, al que él veneraba como modelo. Con muchas pláticas me contagió su fervor y hasta me regaló una estampa de mucho mérito, que siempre he conservado, de San Jerónimo escribiendo con un león reposando a sus pies. Pero nunca pude ser como el santo porque el mundo tiró mucho de mí y estuve años enteros en el fragor y la intriga política, sirviendo al Rey Nuestro Señor.

Cincuenta y cuatro colmenas hay en los alrededores de Campo de Flores y todas ellas con sus abejas me han entrado por los oídos y labran ruidosas y tercas dentro de mi cabeza. En el huerto y entre los olivos fue avanzando el calor de la mañana y para cuando me traigan de almorzar, debería estar adelantado en la escritura del primer pliego, que más parece la redacción por lo difícil de todo un tratado. Escribo «en el nombre de Dios Todopoderoso» pero caigo en que lo tengo ya puesto debajo de la cruz del papel y es que los ojos me lloran, son lágrimas porque me he visto de pronto que estoy de nuevo en el Paraíso, que es la Peña, al romper el día.

La Peña ha sido y sigue siendo el corazón de toda mi existencia, el *locus amoemus*, la antesala del Cielo y el reducto sagrado de mi trabajo. Entiendo ahora, cuando ya es tarde, que nunca debí moverme de allí, entregado en su refugio al único y principal motivo de mi vida. Resulta curioso porque ahora no recuerdo bien el día que llegué por vez primera a su paraje, pero debía ser por el año 1552, acompañado por mi amigo el clérigo Roano y el fiel criado España y en subiendo al lugar de la Peña, encima del pueblo de Alájar, me embargó el sentimiento de estar en un delicioso lugar del cual salían cuatro riachuelos que regaban toda la tierra, y en el elevado monte tuve la visión del rostro de Cristo y desde aquel día propuse en mi corazón entregarme a la soledad, libre de otros cuidados, al estudio, consagrando mi vida a ello.

Fue tal la impresión que tuve en aquella primera jornada que no quise abandonar el lugar ni bajar a pernoctar al pueblo de Alájar, de manera que pasamos allí la noche en un improvisado sombrero que levantó el bueno de Francisco España, sin miedo a los lobos, al amor de una candela y hasta ocho días me quedé. Es la Peña una meseta mediana de tamaño, a casi 800 metros

de altitud, en el extremo occidental de Sierra Morena. Cuando la descubrí era un zarzal selvático de enorme espesura y gran abundancia de agua. Poco a poco lo fui convirtiendo en terreno cultivado. Cuando abandoné la Peña porque el Rey Don Felipe me nombró Capellán Real, ya estaba construida la casa principal con mi estudio, la huerta y las viñas sobre el llano y todo quedó como cosa nunca vista en cuanto he viajado por España, convertido el antiguo paraje en un muy acomodado retiro.

Se entra allí por un camino de cuatrocientos pasos poblado de árboles y parras, con tres manadores de agua. Como la antigua ermita la encontramos muy ruinoso de abandono, la reparamos más ancha y larga de lo que estaba, y al lado fue donde edificué mi casa propia, con quince piezas bajas y diez altas, pórtico y escalera, una caballeriza grande y otra menor, con el retrete.

En las habitaciones de arriba puse bien ordenados los libros, cuadros, estampas, colecciones e instrumentos; coloqué esterones en el suelo, obré una buena chimenea para los fríos del invierno, que en la Peña son muy crudos y cerca del fuego puse el escritorio. Por una amplia ventana veía la inmensidad del paisaje, transparente en verano, envuelto en nubes bajas y en niebla por el otoño e invierno y las casas de Alájar como colgadas del aire. Lástima no haber permanecido en aquel retiro toda la vida con la pluma en la mano, paseando por los alrededores, hablando con los pastores que por allí subían con sus rebaños.

A los ocho o nueve meses de residir allí gustosamente y con mucho provecho en el trabajo, tuve el primer desacuerdo, creo que por culpa de la ligereza de Francisco España, bueno de sentimientos pero de condición algo simple y vanamente engreído de su amo, que era yo. Aconteció que una mañana se presentó en casa una mujer de Alájar acompañada de su marido, traídos por el ufano España, porque deseaban el favor de tener consulta conmigo en lo referente a un padecimiento que la mujer arrastraba. Por no enojar al infeliz de España, que alardeaba de tener un señor sabio que entendía once lenguas, atendí a la mujer, que padecía de cólicos con fuertes dolores de vientre y retortijones. Resultó fácil el mal y de buen tratamiento, que le puse dieta de comer sólo una vez al día, a prima hora, a saber verduras cocidas sin aceite ni sal, sólo un chorreón de limón y frutas por la noche, así treinta días que finalizados, pusieron buena a la mujer con muchas

celebraciones de la familia, pues era hija única y bien casada del Alcalde de Alájar, que lo pregonó por todo el pueblo y el mismo alcalde subió a la Peña para complimentarme con séquito de su Ayuntamiento y besándome la mano, me ofreció cinco corderos de regalo. Se extendió por toda la comarca, llegando incluso hasta Aracena, mi fama injustificada de sabio saludador, que después mucho daño me hizo y todo por lo indiscreto que fue España y también mi compañero el clérigo Roano. Ni escarmentados ni corregidos por mí a modo, me buscaron por parecidos asuntos otros compromisos y disgustos.

Pasado el Ángelus me han traído de almorzar unos alcauciles hervidos de buen sabor. Desde muy joven y por influencia de mis lecturas sobre las costumbres de los santos y eremitas, fui muy frugal en la comida, siendo desde entonces vegetariano por gusto de mi apetito, aunque cierto ingenio cuyas señas omito dejó escrito que nunca en mi vida había comido carne, sino hierbas y esto a la tarde.

Con la subida del calor, oyendo con relajación el tejido metálico de las chicharras, me he recogido un rato para recuperar algo de ánimo y fuerza y así poder seguir la labor de mi testamento, que me está resultando enojosa en demasía por mi escasa disposición. «Nombre y llamo y declaro mi heredero universal y legítimo en la forma y manera que más valedera sea al convento de las Cuevas de Sevilla de la Orden de la Cartuja, para que se haya el remanente de mis bienes y los gaste, emplee y distribuya en limosnas que se hagan a pobres envergonzantes y virtuosos y a redención de cautivos, con las demás buenas obras que el dicho convento suele hacer».

Otra vez me encuentro con la hoja amarillenta y rozada por el tiempo, totalmente olvidada. En la cabecera, con letra grande y bien entintada, la letra de la madurez y el fervor, un nombre, DESIDERII. He tenido que sonreír a mi pesar. Más que un nombre, que también lo es, parece una clave secreta, un santo y seña para burlar a los espías que tantas veces rebuscaron entre mis libros y papeles como ladrones nocturnos. Sobre este enojoso punto, volveré más adelante y cumplidamente si tengo fuerza.

A través de la ventana, como de golpe, la luz del mediodía se hace más intensa. Cuántos proyectos he tenido que abandonar. En ese papel inoportuno y extraviado aparece escuetamente enunciada una de las grandes ilusiones de mi vida, una más que he dejado perder en el vacío de la nada. Ya no hay tiempo.

Por eso la hoja de papel con el nombre de Desiderii arriba, me ha conturbado mucho el ánimo, de suyo ya contrito y pesaroso en estas horas de la obligada redacción de mi testamento. Representa el papel la vergüenza de un inesperado reproche, una antigua acusación de deslealtad. Seguro estoy ahora que hubiese sido una difícil y hermosa tarea: escribir sobre la vida y obra de Desiderii, es decir, acerca del pensamiento, la lucha y los quebrantos de Desiderii Erasmi Roterodami, 1469-1536.

Pero otras veces, cuando abandonaba la paz de la Peña, llamado por los ruidos de la política y los azares del mundo, pensaba entonces muy cierto que nunca hubiese podido describir cabalmente la vida de Erasmus por una razón fácil de decir, aunque difícil de explicar. Erasmus nunca tuvo vida para ser contada en una biografía usual. Vivió sesenta y nueve años sumergido en su propio pensamiento. Los hombres tocados por la luz del espíritu, inclinados siempre sobre papeles y libros, se olvidan del vivir externo y se vuelven casi invisibles como personas. Todo su afán consiste en ahondar y exponer unas ideas determinadas. La verdadera vida de Erasmus está en su obra.

Escribir sobre un hombre huidizo como una sombra, prudente como un campesino antiguo, que no hablaba ni escribía en holandés, sino en latín. Qué gran estrategia supo desplegar a su alrededor, como una malla imperceptible para proteger el don de la libertad y la independencia, causando muchas veces la impresión a los incautos que ambas supremas virtudes él mismo las había hipotecado para pagar las necesidades del diario sobrevivir y de la lucha por el pan. Nadie más hábil que el hermano Erasmus. Pensando en mí a través de este ejemplo, me quedaba muchas veces con dicha habilidad, como si ella fuese su mejor virtud entre las muchas que poseía. Muchísimo me faltaba a mí su beneficio.

Rica y compleja criatura estudiada por dentro y por fuera. Quiero decir y mejor lo diría si hubiese aceptado escribir al completo sobre él, que nadie en su tiempo fue más libre ni más independiente, pareciendo justamente lo contrario. El peligroso doble juego de la hipocresía aparente, Erasmus lo convertía en ganancia interior. Capaz de halagar al obispo de Utrech y a dos Papas juntos, obteniendo como preciosa ganancia el poder investigar y escribir en sus obras la verdad. Rara habilidad que jamás pudo conseguir mi humilde persona y cuya historia al detalle hubiese compuesto seguramente el

capítulo III o IV de mi obra.

Muy viajero fue toda la vida y obligado trotamundos el que esto escribe, pero nunca nos cruzamos en el camino. Digo esto como licencia poética, pues sólo ocho años contaba yo cuando el 12 de julio de 1536, murió el hermano Erasmus en Basilea. Mejor así. De esta forma su persona nunca vista permitió mutaciones o excéntricas invenciones por mi parte. Me puedo complacer pensando que, como yo, Erasmus era más bien de talla menuda y pequeña cabeza bien formada; tez blanca tirando a pálida, rubios los escasos cabellos; muy contrario a mí, que pinto la piel morena de color aceitunado, barba poblada y pelo negro. Ni él ni yo gozamos de un cuerpo recio, cosa de poca monta, pues nuestros cuerpos no fueron pensados para la cópula con mujeres placenteras y así, con los años, fuimos perdiendo vitalidad y creciendo en lo contrario, es decir, en la fuerza del intelecto, que como se sabe queda distante de la dichosa bragueta, centro de la vida del hombre común. Volveré más adentro sobre el tema del cuerpo en *Desiderii*.

De manera que estamos en presencia de un hombre de cuerpecillo insignificante, como es el mío; una criatura de escasa salud, atrapado por el miedo a la enfermedad y por ello siempre pendiente de la mucha higiene y de su propia alimentación, pues cualquier exceso insignificante para un hombre sano, resultaba para él una calamidad de vómitos, mareos y diarreas. Todos estos detalles, que no son esenciales, son dignos de la atención y del análisis del biógrafo, que no debe despreciar nada de las muchas cosas que envuelven al personaje. Nada debemos dejar atrás y de tantos documentos y referencias que fui reuniendo y ocultando en la biblioteca de la Peña, tengo un verdadero tesoro que bien me podría servir, pensaba entonces, para preparar a conciencia una obra que ni pude siquiera empezar.

Prendado quedé de su pensamiento y de su desconocida persona. Una lejana mañana de otoño, apenas amanecida en el silencio de la Peña, escribí así: «Hombres cercanos existen que se pierden por mujeres livianas que sólo ofrecen desdén y soledad para el espíritu». Meses después, leí en su *Elogio de la locura*: «Un hombre se puede perder por una mujer que sólo le ofrezca desdén y ruina». Erasmus escribió tal pensamiento en 1509 y entonces yo no había nacido. Leyendo sus libros, nos fuimos uniendo como hermanos del espíritu. Todavía en aquellos años no había comenzado el gran odio de los

frailes españoles contra Erasmo, ni la Inquisición estaba alertada. Grave capítulo hubiese sido, por lo extenso y delicado en mi biografía.

El hermano Pedro de Valencia, de buena cabeza y corazón, gustaba de llamar a Erasmo «mi igual en el pensamiento». Nada más lejos de la verdad. He sido en mi existencia interior un cura aldeano, doméstico y alicortado. Por el contrario, Erasmo hizo del mundo su propio hogar y en cualquier sitio edificaba su casa. Yo, en realidad, nunca salí de la Peña.

Nadie es digno de compararse con Erasmo de Rotterdam y menos yo. Sin embargo sí se puede decir que los dos tuvimos el mismo sueño; soñamos el mismo sueño, imposible de realizar en la vida. Los dos soñamos en reunir mediante el espíritu a todos los hombres de buen corazón, convencido él y yo de que sólo la alianza establecida por los vínculos de la cultura será, hoy y siempre, la salvación del mundo, sin tener en cuenta países o razas. Un sueño abatido y derrotado por las tormentas de la intolerancia y el fanatismo. Hermano en el sueño, hermano del espíritu. Pero reparo que no es buen momento ahora para recordar tales cosas del pasado. Estoy muy cerca de la muerte y debo continuar lo empezado.

Sin quererlo veo al bueno de Jacobo Vázquez mirándome a los ojos con mucha aprobación, diciéndole a mi padre elogios de mis progresos en Latín y Religión y de cuantos saberes y disciplinas me eran dadas y explicadas por él, pobre cura de pueblo y que yo, a pocos años, lástima muy grande sería no ir a la Universidad sobre todo para aprender las lenguas. Mientras así hablaba Jacobo el maestro, mi padre movía tristemente la cabeza, pues era hombre de provecho pero de menguados beneficios. Mi madre, en su ignorancia, suspiraba haciendo pucheros. Jacobo Vázquez agotó conmigo todos sus conocimientos y para alargar con provecho y amenidad su discurso, me contaba mil detalles y por extenso la gran aventura de su vida, cuando viajó a Tierra Santa, viendo Jerusalén y recorriendo extenuado de fe la calle de la Amargura, el mismo suelo que habían pisado los pies benditos de Cristo.

Viendo a mi padre entristecido por no tener posibles para dar los estudios convenientes a un hijo que su maestro proclamaba de mucha capacidad, ingenio y piedad, intervino entonces mi padrino, que era Don Gaspar de Alcocer, de buenos sentimientos hacia mi familia y oidor de la audiencia de Sevilla, que acogió de la mejor manera el asunto, llevándome con él en su

carruaje hasta Aracena. Nos presentamos a un amigo suyo, don Pedro de Mexía, cronista en dicho pueblo de Carlos V. Era Mexía hombre de talla alta y corpulento, sanguíneo de las mejillas y nariz, de ojos acerados y temibles cejas nutridas, pero de voz meliflua e inesperada de mujer. Nos acogió bondadosamente y me largó un cartapacio en latín, diciéndome que lo leyera primero en voz alta y después lo pusiera traducido, cosa que hice sin el menor error ni titubeos para asombro de los presentes. Era yo un niño pobre salvado por el latín y por eso, mucho después, este grave peligro de injusticia de que los niños necesitados y capaces se encuentren en desamparo, me movió a fundar a mis expensas una Cátedra de Latín gratuita en Aracena, que sigue todavía con aprovechamiento.

El calor de la siesta se fue adelgazando con la marea y en alguna era vecina deben de estar preparando la parva para aventar, pues me llega un olor a trigo removido. Pero debo retomar sin mayor demora el asunto principal, pues noto que ya no es como antes, que nunca me fatigaba delante del escritorio y me podía pasar la noche escribiendo sin esfuerzo, como si lo que iba poniendo en el papel alguien lo dictara al oído.

Ahora todo es torpeza de la mente y dolores en el cuerpo, pero es de urgente cumplimiento e importancia acabar esta pieza de mi testamento, de manera que «para cumplimiento de este mi testamento y de lo anejo y perteneciente a él, nombro por mis albaceas y testamentarios al dicho convento de las Cuevas y al veinticuatro Diego Núñez Pérez y a Baltasar Brun, a cada uno de ellos *in solidum*, reservándoles de toda carga y todo daño». Por debajo del calor de la tarde siento los primeros fríos y temblores de la muerte. No le temo. Todos mis mejores afectos en este mundo, ya me han precedido y llegada es mi hora. Murieron mis padres; murió Desiderii el grande; murió Luis de León, alma de cristal y fino como el agua; de la peste murió en Viena el simpár Alfonso de Valdés, del que yo podría haber escrito todo un tratado refiriéndome a cierta famosa novela que equivocadamente se dice de anónimo autor, creyendo yo con pruebas quién la escribió en secreto y sin firma. Murió el muy querido Plantino con todos sus enigmas. Todavía no ha muerto mi señor Don Felipe.

Y de pronto se murió don Gaspar de Alcocer, llevándose su protección a mi joven y necesitada persona, pues bajo sus auspicios y siendo el año 1514,

me alojó en la casa de don Pedro de Mexía para estudiar Artes en la Universidad de Sevilla. Poner a un muchacho menguado de cuerpo y ánimo, alicortado en exceso y temeroso de Dios, de Fregenal de la Sierra en las calles de Sevilla, es trance capaz de estropearle la cabeza al más cuerdo. Nunca en mi vida he rezado tanto como en aquellos días para que Nuestro Señor Jesucristo me diese la fuerza de no apartarme del camino trazado y eso que contaba yo con apenas quince años. Sevilla era una ciudad sacada de los más siniestros alambiques de la alquimia, el lugar más adverso para la virtud y el estudio, aunque en ella viviesen varones ilustres y muy sabios. Como una mujer carnal y descarada, la ciudad se ofrecía al recién llegado como una constante tentación. Viviendo en la casa de don Pedro, en la collación de San Vicente, próxima a la Universidad, de una a otra iba y volvía sin detenerme, bien agarrados los libros y casi sin levantar los ojos del suelo y todavía así en mi recato, al regresar por la tarde, veía a mujeres con afeites en la cara, que llamaban a los muchachos como yo para perderlos pagando un cuarto y otras, más limpias y compuestas de ropas, que pedían un real por el pecado. Grupos de hombres iban y venían, hordas de mendigos y campesinos sin cobijo que vagaban por las calles en busca de comida; moriscos granadinos que peleaban con cuchillos. Un tobogán irreal, atrayente como un vértigo prohibido que pronto se acabó cuando murió mi padrino y don Pedro de Mexía, al no recibir el dinero del pupilaje, me indicó la necesidad de volver a Fregenal.

Debe ser cosa de mucha enfermedad no poder dominar con normal disciplina de la voluntad la propia cabeza, acostumbrada al hábito del esfuerzo. Se debe a una subida de la bilis negra, mezclada con la sangre de la cabeza, mal que me acompaña desde joven y que es una alteración física que pasa al espíritu y lo contamina, causando un tormento de tristeza y angustia, que deja hastiado de la vida. He probado en vano muchos remedios y sólo la meditación y la lectura de los Salmos me alivian, cosa que ahora por debilidad no puedo hacer. Pero la mejor curación del padecimiento la encontraba residiendo en la Peña, con su aire y su agua. El ilustre Alfonso de Valdés, hermano espiritual más erasmista que el propio Erasmo, que murió teniendo yo cinco años, padeció de esta misma dolencia, dicen que contagiada por su hermano mellizo Juan. Estando en Valladolid, Alfonso escribió un meritísimo libro sin firmar, *Diálogo de melancólicos*, verdadera guía para

sobrellevar el padecimiento de la melancolía negra. Mucho bien me causó su lectura, que además equilibró el mal efecto que me causó su célebre *Diálogo de las cosas acaecidas en Roma*. Valdés con mucho ingenio y mejor pluma, defiende lo que jamás tuvo ni tendrá defensa alguna: la inocencia de Carlos V en el Saco de Roma. Me decía yo de joven sobre este triste asunto y me reitero ahora, de cómo fue posible que el altísimo defensor del Cristianismo, el Emperador, tuviese hecho prisionero al Vicario de Cristo en la tierra. Pero ya pasó tan sonado suceso de Roma y volver debo a lo mío, que mucho papel y tinta gastamos en aquella tarea dialéctica.

«Quiero y es mi voluntad que se cumplan un memorial o los parecieren ser escritos por mi mano o por orden mía, firmados de mi mano o en otra manera legítimamente autorizados, en que se hallaren algunas mandas o disposiciones más particulares allende de lo contenido en este testamento».

Muy triste y desesperanzado fue el regreso a Fregenal; allí me veía sepultado y amordazado para siempre como un ganapán, cuando a los pocos meses y también por los buenos oficios de la familia Alcocer, don Cristóbal Valdotano, previsor de la diócesis de Badajoz, me mandó llamar y el Cielo me abrió las puertas de los estudios y del conocimiento, pues don Cristóbal era un santo y me envió de nuevo a Sevilla para terminar Artes, con la promesa de luego seguir los estudios en Alcalá. Sobrecogido por la responsabilidad de no defraudar a tan generoso benefactor ni la confianza de mis padres, me enclaustré en mi modesta habitación dedicado por completo al estudio, salvo domingos y fiestas de guardar, que iba a misa a la Catedral, que me gustaba en extremo y que mucho me daba que pensar por la forma de su construcción casi fuera de lo humano y por ciertos símbolos que aparecían en las vidrieras.

Acabé el Trivium, con su Gramática, Retórica y Dialéctica y pasé con mucho aprovechamiento el Quadrivium, destacando en Astronomía, acometiendo entonces la desorbitada empresa para mis escasos conocimientos de iniciar la escritura de un tratado de Retórica en hexámetros, de mucha audacia y ninguna originalidad, que concluí en Alcalá. De joven, pensar y escribir en nada me afligían, por la fuerza de la fe que llevaba dentro. Eterno agradecimiento debo a don Cristóbal Valdotano, aunque después, como otros hicieron, se volvió contra mí por causas ya lejanas del Santo Oficio.

Oigo pasos que se acercan y voces apagadas detrás de la puerta. Entra mi

criado Julián con muchos perdonos de excusas, la cara recompuesta para la ocasión, pero que como siempre lleva en su cuerpo liviano la vivacidad de un pájaro asustado. Anuncia la llegada de don Diego Núñez, acompañado por el médico. Le ordené que al momento entrasen los dos caballeros. Lágrimas me llenaron los ojos al ver en el marco de la puerta a Diego, mi sobrino que yo estimaba como a un hijo, mi brazo derecho, que igual me cobraba las rentas como se acercaba discretamente al puerto para recogerme los libros que me enviaban desde Flandes. Me abrazó y en sus ojos pude ver que mis días estaban contados. Me traía para consulta a uno de los médicos más eminentes de Sevilla, al que le expliqué los síntomas que me notaba. Fuerte dolor en la parte del hígado al moverme y que ese lado lo notaba hinchado; pérdida temporal de la vista, ruidos en la cabeza, mareos y dificultades al fijar la atención y mucha fatiga al respirar. En el mismo estudio, en un sofá allí puesto, el médico me reconoció con manos suaves y expertas. Llegando a la palpación del hígado, no pude remediar un quejido de dolor intenso. El doctor, como hombre de oficio, era buen disimulador y nada dijo de mi gravedad, sólo que dejase la cabeza libre de esfuerzos por unos días y que me pusiese en reposo con las piernas extendidas, añadiendo a la dieta un litro diario de leche fresca. Ni el doctor ni mucho menos mi sobrino lograron engañarme.

Cuando se marcharon estaba cayendo la tarde y le pedí a Julián un asiento para acomodarme en el huerto. Respiraba mejor fuera de las paredes de mi estudio. Los árboles cambian de color a esta hora y los olivos pierden brillo pareciéndose desde lejos al fulgor apagado de la plata vieja. Toda está como recogido después de la fatiga de la luz del sol. No sé bien si he cumplido mi misión en este mundo, aunque por sabio me tienen algunos. He trabajado sin descanso desde muchacho.

El Rey Don Felipe me ocupó tirano gran parte de mi vida; por obediencia y respeto hacia su persona, tuve que dejar con mucha desgana y dolor el retiro de la Peña, que ha sido el sacrificio más grande que he tenido. A veces, en mi soledad y sin decir palabra, me he arrepentido de ello, pues aunque Don Felipe me honró sobremanera con grandes confianzas, en otras muchas ocasiones, por las intrigas que le rodeaban, me afligió con su silencio y frialdad, encontrando entonces que yo le había dado más a él que él a mi persona. Mucho podría decir de cuestiones secretas entre el Rey y yo, sobre

todo después de que los tercios saquearan Amberes y de la locura del «antes cadáveres que herejes» del Duque de Alba e infinitas cosas que ahora, con un pie en la tumba, no quiero remover y sí olvidar y perdonar.

Ahora el Rey Don Felipe, como yo mismo, se encamina penosamente hacia la muerte. Me consta por cartas del muy querido José de Sigüenza que el tránsito está sembrado de muchos y terribles sufrimientos. Temblando por la pena he visto en la bruma del sueño al poderoso Don Felipe consumiéndose en las brasas de una fiebre que le afligía, quitándole las carnes hasta dejarlo en los puros huesos. El más poderoso y grande Señor del universo retorciéndose de espasmos sin encontrar alivio, pues la avanzada hidropesía, con el vientre, los muslos y las piernas muy hinchados, con el tormento de una sed en las entrañas imposible de saciar. Después de haber recorrido en andas todo el caserío de El Escorial, lo llevaron muy después a su aposento para tenderlo en el lecho; a las pocas horas se agravó, haciéndose el sufrimiento atroz. Estuvo varios días así, envuelto en muy malos olores, sin poder mudarlo de ropa, ni limpiarle los excrementos, y como era mucha la materia que le salía de las postemas y llagas del cuerpo, la cámara real era como un lodazal donde se consumía el más grande Rey de España y de su Imperio, convertido en un dolorido Job. Pero el Rey sigue vivo para su desgracia y tengo para mí que yo iré por delante para prepararle el camino. Una vez delante de Dios, todos somos iguales. De manera que todo acaba y muy pronto morirá nuestro Rey en su gran morada de El Escorial, en cuyo levantamiento y construcción algunas cosas tuve que ver, imposibles de referir ahora.

Ya están a punto de fijarse en el cielo las primeras estrellas de la noche. Después de las de la Peña, las noches del estío en Sevilla. A pesar de algunas querellas con esta ciudad por su carácter femenino que tiene de altivez y por la aferrada idea de su soberbia cuando se cree el ombligo del mundo, no siendo a veces más que aldea festiva, he amado mucho a Sevilla. El cuerno de la abundancia se cerrará un mal día y dejarán de llegar los navíos cargados de oro y plata y la ciudad de Sevilla llorará entonces sobre su ruina como una dama despechada.

Ahora tengo el cuerpo apaciguado y la cabeza en paz. Un tazón de leche fresca me he tomado y bien me sentó el alimento. Julián está sentado en el poyete cuidándome en silencio. El crepitar nocturno de los grillos y unos

ladridos lejanos, como desde otro mundo; el eco de un grito apagado que el viento trae desde la Puerta de la Macarena, rumores de la ciudad distante e ilusa. Muy de mañana y quiera Dios que descansada la cabeza, retornaré al enojoso título de mi última voluntad, pero ahora parece la noche tiempo de conversación con los difuntos, porque si bien me fijo este mundo mío de ahora está ya despoblado de afectos para mí. Más de cuatro años hace que murió Luis de León. Qué extenso diálogo al modo de Erasmo y de Alfonso de Valdés se podría escribir, de amistad y amor con una dolorosa espina clavada en su centro, sobre las cuitas mías con Luis, que a veces un amigo duele más que un enemigo, desde que nos conocimos de jóvenes en Alcalá, siendo el feliz año de 1548, nacido él justo el mismo que yo. Alma sin mácula, corazón grande para la generosidad y también para el miedo, sobre todo un cuerpo demasiado frágil para tanta altura de la gloria. Su monja le preparaba en el Monasterio de Madrigal unos polvos que él tomaba porque así se curaba de sus pasiones y melancolías del corazón. Qué penalidades más extremas tuvo que sufrir en su menguado cuerpo el más sensible y fino español de su tiempo a causa de la fatídica envidia nuestra por todo lo señero y diferente. Tanto he rezado por él y tantas veces lo he imaginado ante el Tribunal de Valladolid, lívido, avejentado por casi dos años de calabozo, mirando sin ver el gran crucifijo en la pared desnuda de la sala. Cuatro jueces y el fiscal ocupaban el estrado. Otra vez leen los raquíticos cargos al acusado, a saber, ascendencia judía y el haber trasladado al romance, contra las prescripciones de Trento, el *Cantar de los Cantares*, amén de cuestionar la autoridad de la Vulgata. Según me informaron con alarma testigos presentes, en la última sesión del Tribunal, el fiscal le mostró a Luis de León un librito de cuarto de pliego, encuadernado en pergamino blanco. Parece que Luis de León no vaciló un punto, diciendo desde luego cosa verdadera, pero sin reparar en el mucho daño y peligro que ponía a mi persona; lo hizo sin duda por la fatiga nerviosa que causa mucho miedo en los cuerpos vencidos por el horror de la cárcel. «Es un manuscrito que pertenece a Benito Arias Montano», declaró. Los jueces le ordenaron entonces que aclarase todo cuanto supiese el acusado sobre dicho libro. Luis de León explicó que bien hacía ya diez o doce años le pidió a Montano en préstamo una exposición en romance sobre los *Cantares* de Salomón, que el dicho Arias Montano tenía compuesta, para ver algunos pasos y porque él

mismo escribía a la sazón sobre esos mismos cantares. Con firmeza dijo y repitió que él no había escrito el tal libro, que su autor era Benito Arias Montano, como podía comprobarse por la caligrafía, que reconocía la letra por haberlo visto muchas veces escribir y la misma letra la reconocería Zayas, secretario del rey, Ovando, presidente de Indias y también Álvaro de Lugo.

Yo estaba entonces en Amberes viviendo la alegría por haberse coronado con éxito y después de muchos y fatigosos trabajos, la magna edición de la Biblia, cuando me llegó una carta de Zayas que nada debía temer en ello, pues el propio Tribunal en su aviso al Consejo, iría en el negocio con todo recato porque así convenía. Me supe protegido, en aquellos días de mucha autoridad y prestigio de mi persona, por el mismo Rey Don Felipe. El hecho de que Luis de León, hermano del alma por tantas cosas, se defendiera sobre mi persona, me laceró de pena el corazón. Así de ánimo, salí para Roma con objeto de presentar la Biblia ante Pío V, pensando en la pugna que debía mantener allí por los recelos sembrados en el Vaticano por los propios teólogos españoles.

Julián se ha quedado dormido con la cabeza apoyada en la pared. La luz de la luna baña su rostro barbilampiño. El mucho trabajo y trajín de la casa desde que amanece han rendido a esta criatura que no dejaré enseñada de virtud y seriedad, pues Julián sólo parece bueno y en paz cuando está dormido. Su madre vivía en un chozo en Charco Redondo y habiéndose amancebado con un porquero del arroyo de Miraflores, tiraron a la intemperie al muchacho sin mayores miramientos. Lo rescató de la vida pícara que llevaba la cocinera Eusebia, de esta casa, que es mujer arisca pero de buena condición y aquí lleva el Julián para tres años. Contemplo su rostro aniñado por el sueño y me digo que existen criaturas en este mundo de Dios que se hacen hombres de provecho gracias a los dones del estudio, pero hay otras que no siendo mujeres, se salvan por los donaires del cuerpo. Cuando Julián se haga mayor, aburrido de esta finca tan poco propicia para las tentaciones del deseo, engañará con sus requiebros a una muchacha de la ciudad con ajuar y padre con caudales y con ella se casará para disfrutar de la vida, hasta que otra ocasión se le ponga a tiro. Pobre criatura que en mucho me recuerda un memorable paisaje del no menos memorable *Lazarillo de Tormes*, que siempre he leído y releído con particular deleite, y es cuando al principio del Tratado primero, a la salida de Salamanca y en llegando a un puente, el

malicioso ciego le dice a Lázaro que pegara el oído al toro de granito que allí había puesto y el muchacho, como inocente que era, lo hizo esperando oír un gran ruido dentro de él como el ciego había dicho, dándole entonces el ciego un gran golpe de la cabeza contra el verraco de piedra, diciéndose dolorido después Lázaro una consideración aguda que explica la tragedia del pícaro: «Parecióme que en aquel instante desperté de la simpleza en que como niño dormido estaba».

Entre las muchas cosas y empeños que he dejado de hacer en mi vida hipotecada tanto tiempo en otros asuntos del mundo de la política, aparece, además de la imposible biografía de Desiderii, mi deseo de haber escrito un comentario al Lazarillo, como ya he dejado dicho más arriba. Tengo para mí, aunque con pocas pruebas de documentos, saber el nombre y las circunstancias del autor de este libro singularísimo, mal tenido por anónimo. No es el presente momento oportuno para tan delicadas investigaciones, pero diré algunos apuntes por si alguien en mejor situación que yo quisiera seguir el hilo. En primer lugar digo lo que me parece más notorio: que aunque publicada en 1554, hubo ediciones anteriores a esa fecha. Digo también que entre el Prólogo y el Tratado primero, hay una desunión o vacío de la historia, que nos hizo pensar que al texto original le habían quitado por lo menos una docena de líneas, desaparecidas por razones desconocidas. Y después que en todo el libro, sutilísima y casi invisible, aparece una atmósfera de descripción de los amos, señores y personajes poderosos que recuerda el pensamiento erasmista, cosa que nos hizo pensar que por fuerza el autor del Lazarillo conocía el espíritu más profundo de Desiderii. Por lo que digo, sin mencionar el nombre del ingenio, que el autor verdadero de la inmortal novela no fue otro que un caballero choquense nacido hacia 1490, humanista completo y secretario de cartas latinas del Emperador. Con lo cual lo he dicho todo dando la farsa impresión de ser enigmático.

Fui yo el que instigó a Luis de León a traducir el *Cantar de los Cantares* al romance y muchas horas pasamos juntos comentado los secretos del texto y haciendo elogios de la Esposa.

*Tus pechos dos cabritos saltadores
que entre las flores pacen la mañana.*

*Tus dos pechos como dos cabritos mellizos
que están paciendo entre azucenas.*

Me comentó entonces Luis de León con ojos reidores y encendidos, que no se podían decir cosas más bellas ni más a propósito que comparar los hermosos pechos de la Esposa con dos cabritos mellizos; ternura que tienen por ser cabritos y de igualdad por ser mellizos, que roban tras sí los ojos de los que miran.

Mucho me complació las grandes entendederas de Luis de León para las cuestiones de la poética, hasta que su cabeza se rindió bajo la amenaza del tormento, sin descartar el pavor de la hoguera. Cuando finalmente fue absuelto, su sensibilidad estaba marcada para siempre y contemplaba el mundo como una gran y oscura cárcel poblada de fantasmas de la persecución y la envidia. En cuanto al manuscrito en toscano que le mostré en su celda de Salamanca, recién llegado yo de Lombardía y Véneto, mejor olvidarlo y pensar que todo fue obra del intrigante y pacato fray Diego de Zúñiga. Después de la cárcel vivió Luis de León catorce años y tuvo la hombría de reponerse de sus muchos quebrantos y continuar sus trabajos y hasta con fuerza para arremeter públicamente contra León de Castro. Valiente y cierto fue Luis de León, al que amé como a un hermano.

Avanzada y reconfortante de fresca está la noche en Campo de Flores. Poblada de estrellas, casi fría, pues no hay en Andalucía lugar más saludable en verano, lucirá en la Peña, con una luna tan limpia e intensa de luz, que desde la ventana del escritorio se podrán ver como blancos ramalazos las casas de Alájar. Allí hubiese deseado rendirle a Dios mi último aliento, escuchando el borboteo de las fuentes.

Fue el pasado verano cuando por última vez estuve en la Peña, pero poco tiempo disfruté de esos días para estar solo y recogido, por las obligaciones y visitas que me llegaron y que tuve que atender, tanto que para recobrar algún provecho en la escritura, me demoré en la Peña hasta bien avanzado el otoño. En agosto fue la inauguración de la cátedra de Aracena, dándole posesión a su primer titular, el doctor Juan de Aguilar Amaya, cosa para mí de mucho bien. Partí de la Peña en noviembre, después de visitar Alájar y recibir consideraciones y cumplimientos de sus vecinos y decirme muchos que

estaban curados de sus males debido a mis consejos. Al alejarme sabía que enfilaba el último tramo de mi vida y que ya nunca volvería.

Aunque es cierto que siempre he tratado de disimular mis emociones, lejos estoy de ser imperturbable. Y aunque debemos tener mesura hasta en el dolor, siento muy hondo el desasosiego y la zozobra de mis últimas horas. Por prudencia de mi estado de salud, debo retirarme ya a la alcoba y buscar el sueño del descanso para proseguir mañana al amanecer con mi tarea. Pocas veces me han dado las claras del día en el lecho. Al levantarme me crujen con dolor los huesos envejecidos del cuerpo. Julián sigue dormido. Mejor así. Respira hondo y pausado. Alargo la mano y le rozo en la mejilla, encendida incluso cuando descansa. Conozco el camino de mi cuarto. «Tus pechos, dos cabritos saltadores/ que entre las flores pacen la mañana».

II

Con la ayuda del hermano lego me he acomodado en una silla de asiento bajo. Descanso a la sombra de los naranjos, en la huerta del convento de las Cuevas, en La Cartuja, donde he llegado en la mañana de hoy, poco antes del Ángelus.

Apenas levantado del lecho, después de una noche de sueño leve y entrecortado y mucho malestar, recogido estaba todavía en el oratorio cuando a hora temprana para visitas, se personó en la finca mi sobrino Diego Núñez, acompañado del susodicho médico, diciéndome Diego con premura que mejor sería atendida mi persona por la comunidad de la Cartuja, más cerca de Sevilla y con mejores apaños para alguna urgencia y que ya una celda amplia y luminosa me habían preparado.

No era momento ni ocasión, ni fuerza tenía para ello, de obstaculizar con caprichos e impertinencias de viejo a los que bien me deseaban y no opuse resistencia al traslado al convento de las Cuevas, aunque tuve que recordar el serio encontronazo que allí me ocurrió en 1594 con uno de sus monjes, denostador de la Biblia de Amberes y de mis comentarios. Pero no siendo hora de tales debates del pasado, atendí a Diego, que ya daba órdenes para el traslado. El médico me reconoció de nuevo, dándome una preparación que él mismo hizo en la cocina, de mal sabor amargo, que era buena para solventar el breve viaje, que haríamos en el carruaje de mi sobrino.

Gran alboroto se formó en la finca cuando se supo de mi ida al convento. Presurosos acudieron los sirvientes y hasta el arrendatario del olivar. A todos y cada uno quise tranquilizar con buenas palabras, diciéndoles que mi sobrino atendería jornales, obligaciones y sustentos de Campo de Flores, como administrador mío que era de total confianza. Quedaron apaciguados y Julián me besó la mano diciendo con mucho sentimiento «se va mi padre, el único que he tenido» y haciendo que la cocinera Eusebia, tan hispida siempre, diese

lamentos de llanto, que hube de consolar de la mejor manera posible.

Puesto en el carruaje los baúles con las pertenencias que me llevaba, subimos y me despedía para siempre de Campo de Flores, pensando en Roma, en una plaza también de nombre *Campo di Fieri*, cerca del suntuoso palacio del cardenal Alejandro Farnesio. Cuando enfilamos el camino de Sevilla, noté que me venía el sueño a los ojos; el médico me dijo que era la bebida que me había dado. Me notaba entregado y dócil. Apoyé la cabeza en el respaldo del asiento y cerré los ojos. De no hacerlo en la Peña, me daba igual morir en cualquier parte.

Abrí los ojos cuando el carruaje llegaba a la gran explanada que hay delante de la puerta principal del Monasterio y al bajar, me llegaron los olores de su celebrada huerta. El Guadalquivir se deslizaba entre chopos y cañaverales como una ancha cinta plateada, brillante bajo el sol. La comunidad me aguardaba en el claustro para recibirme con mucha caridad para un hermano que volvía enfermo para descansar y morir en paz en su seno. Me reconfortó el frescor de la fábrica de gruesos muros y altos de bóvedas, el silencio y la limpieza que allí había. Fui cumplimentado por el prior y todos los monjes; el padre ecónomo me mostró mi celda, de buenas proporciones, con su mesa escritorio y un postigo que daba a la huerta, de manera que sin estorbar el recogimiento, pudiese yo salir a los jardines o recibir visitas sin alterar en nada la clausura de los monjes. El hermano lego Juan de Dios me fue puesto como asistente.

Pronto quedé acomodado y mejor asistido. Después de colocar sobre la mesa pliegos, plumas y tinteros, encontrándome todavía débil por el viaje, descansé un buen rato sentado junto a la puerta de la celda. Tuve que cerrar los ojos ante la claridad deslumbrante del verano cayendo sobre las parras, los limoneros y las muchas higueras allí plantadas. Murmuran de mí los que no me quieren bien, que poco aprecio le he tenido a las órdenes religiosas; que debido a malos encuentros con los teólogos y biblistas salmantinos, ninguna simpatía tuve por los dominicos y franciscanos y que siempre guardé reserva y mutismo hacia la poderosa Compañía de Jesús. Algunas cosas graves guardo yo de los ignacianos, no digamos del León «bramando» y de Juan de Mariana, que emitió sobre la Biblia Regia grandes ataques y de Juan de Pineda, escritor de depurado estilo, que lo utilizó en mi contra con mucha virulencia, cuando

yo lo único que he pretendido siempre, como mi hermano Erasmo, ha sido un cristianismo profundo e interior, sin mayores y estridentes aparatos de culto e incienso, además de la pureza en las costumbres para evitar la vergonzosa relajación de los clérigos. Pero no viene ahora a cuento tal examen de lizas y pasadas batallas. A Dios le doy las gracias por lo mucho que me concedió el bien de acomodarme a los más variados lugares, lenguas y demás circunstancias, desde la amenidad de la Peña pasando por este clamor de la luz cayendo a plomo desde el cielo de Sevilla.

A media tarde y más descansado, retomaré la pluma para seguir el testamento, que por fuerza debo concluir. El lego Juan de Dios, que parece discreto, me sirve de comer, pero poco apetito tengo, salvo el tazón de leche, que bebo sin trabajo. Desde su fundación en 1400, los monjes del Monasterio han sido vegetarianos; hoy la regla se relajó bastante en tal extremo. Juan de Dios destapa la ropa del camastro por si quiero descansar después del almuerzo. La figura de Desiderii me viene de pronto a la cabeza. Se hubiese asombrado el hermano Erasmo de lo parco de mi comida y de la ausencia de vino, tan fundamental para él. Muy excelente varón Desiderio Erasmo Roterodamo, siempre te recuerdo.

De haber empezado por el principio, como comienza la vida natural biológica de los seres humanos, me hubiese encontrado en el primer capítulo de mi biografía con una grave oscuridad. Años que sin dudar mucho entristecían a Erasmo y que después fueron desvirtuados por sus enemigos y utilizados para su deshonra. Me quiero referir a las circunstancias de su nacimiento.

Tan doloroso debía ser el tema, que el propio Erasmo, verdadero siempre en su pluma, en *Compendium vitae* no digo que mintiera abiertamente, pero sí afirmó cuestiones dudosas con pruebas que oscurecieron los hechos, cambiando incluso su fecha de nacimiento. Le ocurría, y era de entender, que le avergonzaba haber nacido fuera del matrimonio y mucho más, si ello fuese cierto como afirmaban los frailes enemigos, que su padre era cura. Demasiada amargura hubo en todo esto, que durante años fue su punto débil. Hijo de cura.

Mucho hubiese tenido que afinar para resolver este primer capítulo de mi trabajo; capítulo de difícil titulación, quizás «oscuros comienzos». Para mayor dolor, los padres de Erasmo murieron pronto, de forma que ya tenemos de

manera abrupta a un niño no deseado en casa de unos parientes ruines, que se dieron prisa en deshacerse del pobre muchacho. Providencialmente surge entonces la Iglesia. Fue su salvación.

Con tiento y delicadeza, penetrando en la profunda soledad del personaje, el paso siguiente en mi disposición hubiese sido la conmovedora imagen de Desiderii con nueve años, cuando fue enviado a la escuela capitular de Deventer y después a Herzogenbruch. Va pasando el tiempo sobre el corazón y la mente de este muchacho sin madre y llegamos a una fecha que con mucho tiento hubiese tenido que estudiar y desarrollar una y cien veces. 1477. Erasmus, a la edad de veinte años, ingresa en el monasterio agustino de Steyn.

Llegado a este punto, necesario hubiese sido preguntarse si el joven Desiderii ingresó en el monasterio impulsado por una verdadera inclinación religiosa. Steyn poseía la mejor biblioteca del país en lo referente a obras clásicas. Encandilado, Erasmus no pudo resistir la tentación, algo así y valga el irreverente ejemplo, como el hombre que encendido y loco de deseo, acepta el matrimonio para poseer el cuerpo mil veces soñado de una mujer. Debo confesar que algo muy parecido le ocurrió al que esto escribe, como contaré con detalles más adelante.

En parte ninguna aparecen testimonios de la piedad religiosa de Erasmus durante aquellos años de formación, mientras que en sus numerosas cartas de esa época, podemos seguir con facilidad sus lecturas sobre literatura latina y sus ensayos sobre pintura y bellas artes. En ese ambiente de constante disimulo interior y pensando más en Sócrates que en la vida piadosa, fue ordenado sacerdote por el obispo de Utrech en 1492. Comienza entonces a escribir *Antibarbarum Liber*.

Erasmus fraile sin vestirse de fraile. Con sutiles pretextos que sólo él podía barajar, consiguió de dos Papas la dispensa de vestir la sotana. Por el achaque de la salud nunca respetó el deber del ayuno y siempre fue monje sin la disciplina monacal. Toda la vida libre como el viento, por eso en sus obras brilla el esplendor de la verdad. Nunca nadie conoció tan bien al prójimo. Aguantó, resistió el inmenso tedio del monasterio, amordazado por la severidad de sus costumbres y la cerrazón de sus pobres enseñanzas. Tales trabas, capaz de aniquilar a cualquiera menos entero, le elevaron al máximo las cualidades de una enorme astucia. Mediante gestiones secretas, se hizo

llamar por el obispo de Cambrai, que necesitaba a alguien que conociera bien el latín para que le acompañara como secretario en un viaje a Italia. Erasmus inicia el vuelo. Cambrai, feliz paréntesis, lejos de los muros del monasterio. Buena comida, nada de oficiar misa, mucho tiempo para escribir y estudiar a los clásicos.

Mientras más me adentro en este borrador compuesto por palabras improvisadas, ajenas a la reflexión rigurosa que debe preceder a toda escritura seria, más me cautiva y seduce la inabarcable personalidad de Erasmi Reterodami. Si al menos hubiese podido sustraer un par de años de los muchos que dediqué a los trabajos e intrigas que me acarrearón mi fidelidad y ciega obediencia al Rey, bien podría tener hoy en mis anaqueles un libro honesto dedicado por completo a tan alta persona, hermanada conmigo en muchas cosas. Pero en un soplo se escaparon los días de la juventud; después fueron mermando las ilusiones, amainó la fuerza y aquí me veo deseoso de acercarme a Erasmus cuando ya resulta imposible hacerlo, pues estoy avisado de muerte.

Pero dejamos al hermano Erasmus en Cambrai, a punto de iniciar viaje a París, en 1495. Mezquino como una rata, el obispo le asigna una paga insignificante. Erasmus en París. No son buenos tiempos. Al siglo XV le faltaba una década para su fin. De nada se asombra el recién llegado, ni nada le parece nuevo o extraño. No estaba por aquellos años Francia muy boyante por los efectos de la guerra. Lleno de desconfianza, y buenas razones tenía para ello, Erasmus llama a la puerta del Collège Montaigu, notable por estricta severidad de sus reglas. Erasmus en el Mont Saint Michel, con el estómago vacío y la cabeza caliente. Pretende obtener el doctorado en Teología. Obsesionado por la higiene, se acomoda como puede en el dormitorio común, una sala gélida de paredes desconchadas y húmedas, junto al hedor de las letrinas. La comida es asquerosa y el vino agrio. Abundan chinches y piojos. Erasmus no encuentra nada grato a su alrededor. La disciplina es monacal y los castigos corporales frecuentes.

Las clases no eran menos repugnantes que las comidas. El frío formalismo de la escolástica, nada o muy poco de latín, nada de literatura. Pero su cuerpo debilucho, acribillado en tan malsano lugar, le echa una mano en forma de enfermedad. El precio era renunciar a su doctorado en Teología. Pronto

regresará a París restablecido. Desembocamos ahora en su primera época de lucha por la independencia y la libertad. Sobrevivirá en París dando clases particulares como preceptor de jóvenes pudientes. Esta cuestión hubiese sido, sin duda, un capítulo delicado de la biografía, que ya nunca escribiré; delicado porque estaría compuesto también por mi propia experiencia sobre un tema, el de la independencia, que tanto afectó toda mi existencia.

Los hombres que dedicamos la vida a escribir del pensamiento, la filosofía y la historia, los músicos, los poetas y los artistas en general, no tuvimos nunca independencia ni libertad verdadera en nuestro trabajo; dependíamos de la clase poderosa y dominante. Debíamos buscar favores en las casas de los ricos y esto es muy amargo. Muchas veces teníamos que recurrir a una dedicatoria desmesurada e incierta, capaz de colmar la vanidad del señor, para así poder comer y seguir escribiendo. Lo que fue humillante servilismo para algunos, entre los que me encontraba por desgracia, no lo fue tanto para Erasmo, que era hombre de superior inteligencia y finísima ironía. Nunca tuve esa capacidad. Erasmo pagó un alto precio por su libertad. Nada propio poseyó nunca, salvo su inmenso talento. Yo al menos fui dueño de una tierra privada, de un refugio que fue la Peña. Erasmo recorrió el mundo en todas direcciones, desde Holanda a Francia, desde Alemania a Suiza.

Me han despertado las campanas del Monasterio; es hoy la víspera de San Pedro y San Pablo y habrá función con el Santísimo expuesto. Exento estoy de horas y obligaciones de comunidad e incluso de refectorio. Siempre me han alegrado el ánimo las campanas de Sevilla y la esquila femenina y alborozada de la ermita de la Peña. También llega hasta la celda el chirriar de la noria y el rumor monótono de los cangilones vaciándose en la alberca. Aunque no me encuentro todavía con la cabeza en su sitio, estoy en la obligación de seguir con mi testamento, prosiguiendo que «es mi voluntad que no se pida cuenta a las personas que han tenido a cargo lo en otra manera encomendados mis bienes temporales, en especial a Luis Pérez y Martín Pérez de Varrón, su yerno, en Flandes ni al veinticuatro Diego Núñez Pérez en Sevilla ni a Juan Arcos de la Mota en Fregenal ni en Aracena al licenciado Joan López de la Ossa, sino que sean creídos por su declaración simple conforme a sus consciencias, por quanto ellos han tenido siempre buenas y justas cuentas conmigo con mucha verdad y sin intereses suyos, ante me han aprovechado y

mejorado la hazienda en mi favor».

Bien poco resta ya, quedando que decir algunas cosas. Me está reconfortando mucho el silencio de quietud de esta isla por donde el río discurre sereno entre setos de tuyas y adelfas, lejos del tráfico de los muelles. Cuando se está con un pie en el estribo, nos volvamos minuciosos y avarientos con los detalles de la vida y la naturaleza, como apreciando e incluso estrenando sensaciones de placer que ya nunca repetiremos; percibimos con pena que hemos pasado por la existencia del mundo sin agotarle el partido que nos ofrecía, ofuscado por la inmediatez de nuestros trabajos y deseos. *Fugit inventus*, Horacio.

Este calor de finales de junio, que tanto enerva a los jóvenes y decae a los viejos, de nuevo me empuja hacia atrás con la complicidad de una cabeza débil y en contra de los intereses que debería atender sin excusas. Casi el mismo sol que brilla en el Sur, con un poco menos de fuerza y tiranía, relucía sobre la fachada plateresca del colegio de San Ildefonso. En el silencio del claustro se adelanta la figura del gran cancelario don Luis de la Cadena y dice mi nombre con voz recia. Me corona las sienes con el laurel de los vencedores por una oda al Corpus Christi en su festividad de 1552. Universidad de Alcalá de Henares. Me vitorean y abrazan los compañeros, a mí, Benito Arias Montano, de Fregenal de la Sierra, niño pobre y ya hombre de veinticinco años, de cuerpo endeble, tirando a mal color de moreno y decían que de rostro apacible y sonriente. Fue el más memorable y noble triunfo de mi vida porque con él se procuraba el anhelo por lo que siempre quise ser y no pude: poeta. Sin dejar de escribir nunca versos, Dios no me concedió tal naturaleza, que sólo obtienen los privilegiados, como lo fue Luis de León. Los silogismos se tragaron la lírica. Sólo Dios sabe los caminos que tenemos preparados antes de nacer.

Un poco apartado del juvenil bullicio de mis compañeros, distinguí la alta figura de Cipriano de la Huerga, *decus nostrum*, que me sonreía con gesto leve. Cómo podré agradecerle a este hombre inmensamente sabio lo mucho que sembró en mi espíritu, él tan vilmente atacado por el pecado tan nuestro de la envidia, que hasta le acusaron de tener demasiados libros y comodidades en su celda y por la limpieza de sus hábitos, amén del defecto de la soberbia de la mente. Dos años esplendorosos estuve con él, escuchando su palabra

sapientísima en el Colegio Trilingüe, entendiendo y compartiendo su afán renovador frente al inmovilismo de Salamanca, evitando la encajonada escolástica y el sistema tomista y elevando como nunca se había hecho la importancia de las lenguas. Aunque su *non placet Hispania* privó de la visita de Erasmo en persona, bien digo que lo mejor de su espíritu se respiraba en el ambiente de los claustros. Cipriano de la Huerga brillaba en el centro de aquella intensa vida espiritual, afanado en que los jóvenes bebiésemos por fin en la fuente de los clásicos para así llegar sin intermediarios a los textos bíblicos. Tanto más que yo gozaba de aquel tesoro mi amigo Luis de León; no sabíamos entonces ninguno de los dos que la formación hebraística que recibíamos de Cipriano de la Huerga tanto celo y odio despertarían entre los exégetas salmaticenses. Pobre fray Luis. Fue detenido y preso el 24 de marzo de 1527, a la hora prima, cuando descansaba en su celda. En mucho secreto fue llevado en mula hasta Valladolid y metido en la cárcel del Santo Oficio.

Víctima de una *exacerbatio* de la mente, en los escasos ratos de ocio que me dejaban los estudios, continuaba escribiendo mi *Retórica*, sin mostrarle a nadie un solo pliego, ni comentar palabra sobre el tema, que me había llegado de la *Epístola a los Pisones*, de Horacio, sobre todo su consejo *miscere estilo dulci*. Cuando uno es joven se puede permitir el lujo de abordar cualquier locura.

De nuevo suenan las campanas. Los monjes cartujos acogieron a Cristóbal Colón durante un tiempo; nada de ello quedó reflejado de esta visita en el libro de entrada de la biblioteca. Los monjes guardan voto de silencio, castidad, obediencia y pobreza. Orden de San Bruno. Otra vez me está fallando la cabeza.

Veo las cosas borrosas y como distantes; el pulso me tiembla acelerado. No debo ceder al desasosiego del cuerpo ni a los disparates de la mente. Me aplacaría algo un trago de agua fresca. Estando así mucho me temo que vuelva el fantasma juvenil de Lutero para atormentar mis últimas horas. Lutero leyendo libros de caballería, incitadores de vicios torpes y voluptuosidades. Por estas cuestiones disputamos muchas veces, pues mi hermano fray Luis tendía a esas lecturas y me hacía frente hablándome de la ilimitada licencia de la palabra poética, que yo al parecer confundía con la simple imaginación viciosa. Luis llegaba inclusive a una afirmación que tomaba como lícito el

recuerdo de una mujer desnuda. El recuerdo de una mujer desnuda, sea o no sea la Amada o incluso la Esposa, es siempre lujurioso, fuego devastador de la mente. Luis de León pecaba, pero luego su noble corazón se asentaba en el bien y se arrepentía de sus faltas y de las palabras a mí dirigidas. Abrazándome me decía «*effferendi amico artifex*», un título inventado por su poética, que siempre he guardado en mi corazón: «un maestro en elogiar a los amigos».

Como adivinando mi sed, aparece Juan de Dios con una jarra de agua donde han puesto trozos de limón. Algo exagerado le han debido de contar sobre mi persona a este lego, pues me mira sin poder disimular la admiración. Es enjuto y bien parecido de facciones, de ojos recogidos. Deja la jarra sobre la mesa y desaparece como una sombra.

En el estudio de la Peña he dejado un tintero de cuerno de mucho aprecio. No es hora de nuevos pretextos ni demoras. La tarde está iniciando su declive, pero todavía queda un buen rato de luz. Pienso de nuevo en el siclo antiguo de plata que he donado al relicario de San Lorenzo. Tengo a esta moneda de purísima plata por lo más valioso de mis pertenencias y es moneda que usaban los judíos, que tiene en una parte el Vaso del Maná, con una inscripción en letras samaritanas que rezan SICLUS ISRAEL y por la otra cara JERUSALEM SANCTA. Ni en la hora de mi muerte, que ya siento próxima, diría a nadie quien me regaló la joya. Temblando estoy sólo de pensarlo y es como volver atrás por un océano de dolor y felicidad, capaz de sepultar mi alma en lo más profundo de los Infiernos.

Prosigo y concluyo «quiero que este mi testamento sea válido e irrevocable y que otro ninguno hecho antes o después de este no valga y sea en sí ninguno, si expresamente para invalidación o revocación de éste no estuviese este verso del Psalterio que sigue: TU, DOMINE, SVSCEPTOR MEVS, GLORIA MEA ET EXALTANS CATVT MEVM; y el que no estuviere el dicho verso, sea reputado por vano, *suppositicio* o forzado, que así es mi voluntad y así lo declaro y quiero que sea firme, rato y válido todo lo contenido en este mi testamento escrito de mi mano y firmado de mi nombre en el convento de las Cuevas de Sevilla de la Orden de la Cartuja, hecho y acabado en veinte y ocho de junio de mil y quinientos y noventa y ocho, víspera de la festividad de San Pedro y San Pablo y año de setenta y uno de mi edad. ARIAS MONTANO».

Gracias sean dadas a Dios Nuestro Señor. Ahora me siento más libre y desposeído de cosas y bienes materiales y así aguardo la pronta llegada de la muerte, como viajero sin equipaje. La tarde va decreciendo despacio en su luz. Me han anunciado la visita de mi sobrino y del médico, en pasando el calor. Dentro de un rato llamaré a Juan de Dios para que me acomode en la huerta y así iré pasando estas horas que me quedan, pensando en Dios y recordando a los amigos. Pedro de Rávena, que se pasaba ratos enteros de la noche diciéndome muy en serio que estaba en Mantua, que era el 70 a.C., durante el consulado de Pompeyo y Craso, es decir, que él era Virgilio: «canto las hazañas y al héroe que, huyendo por imposición del destino, fue el primero en llegar desde las costas de Troya a Italia y a las riberas de Lavinio». Pobre hermano Pedro de Rávena, prófugo de la razón, deja que estreche tu diestra, déjame, oh padre, y no huyas del abrazo. He visto las aguas azules y ligeras del Adriático y la escuadra imperial que se dirigía al puerto de Brindisi. En una de las naves, en su lecho, mortificado por la fiebre, yacía Publio Virgilio Marón, el poeta de *La Eneida*.

Ahora estoy viendo, sentado delante del escritorio, a Virgilio en persona. Se me está sulfurando la respiración y me sacude una tos seca y prolongada que me lastima los costados y el pecho. Debo alcanzar la campanilla y llamar con prontitud a Juan de Dios. Sosteniéndome en sus fuertes brazos, el buen lego me sacará a la huerta, donde el aire es limpio y saludable. Virgilio nació el 15 de octubre del año 70 a.C. en el pueblo de Andes, no lejos de Mantua. Su madre Amaya, durante el embarazo, soñó que daba a luz una rama de laurel. Con ojos llenos de lágrimas me está mirando desde la puerta de la celda mi amigo Pedro de Rávena. Humildemente me ruega que prosiga con la historia de Virgilio. El poeta está aquí conmigo, le digo, pero Virgilio se ha esfumado; también Pedro de Rávena está muerto, yo mismo asistí a su entierro hace muchos años. Una rama de laurel que, al tocar tierra, echaba raíces y crecía como un árbol con flores y frutas. A la mañana siguiente, mientras visitaba con su marido una propiedad vecina, salió del camino y dio a luz. Pedro de Rávena ha desaparecido. Cojo la campanilla y llamo con fuerza.

Presto y alarmado llegó Juan de Dios, que nada bueno debió ver en mi rostro, pues de inmediato quiso avisar al prior. Se lo impedí con autoridad diciéndole que era miedo lo que tenía, sólo miedo y sobresalto fruto de un mal

sueño que había tenido con un amigo difunto que creía ser Virgilio. Se le desorbitaron los ojos al lego y le pedí la caridad de un poco de agua, que me acercó con prontitud. Su hábito olía a tomillo y le temblaban las manos grandes pero delicadas, de dedos largos y sensitivos. Mojando un pañuelo limpio, me refrescó las sienes. Le agradecí su bondad, pidiéndole que me llevase a la huerta. Me levanté con su ayuda y apoyándome en su brazo salimos. Bajo las palmeras había colocado el lego mi acomodo. Respiré con deleite el aire perfumado. Un buen rato con los ojos vigilantes pasó el lego a mi lado, en silencio. Al rato se marchó.

Al sol puesto, las campanas del Monasterio tocarán a vísperas. Con las primeras sombras de la noche, lo sé, de nuevo me crecerá el antiguo temor de haber vivido una doble vida de continuado fingimiento. Esto ha sido, lo puedo decir ahora, el mayor abismo de mi existencia. Acusado he sido de subversión y de haber desarrollado a la manera del gran maestro Erasmo de Rotterdam, todo un arte del disimulo. Me quiero referir a mi secreta hermandad con mi amigo Cristóforo Plantino y a los años de permanencia en Amberes, los más felices de mi vida. No tengo ahora fuerza ni deseos para explicar este capítulo que tan graves quebrantos me causaron. Tuve que esconder en una cueva oculta en la Peña mis aparatos de discensorios, sublimatorios, crisoles y manos de mortero. En mi casa de la Peña fui detenido y preso en 1559, el 19 de junio. De pronto aparecieron los hábitos dominicos, los guardias, todos precedidos por la cruz verde. Era la terrible comitiva del Santo Oficio. Fui conducido así al Tribunal de Sevilla. Nunca me concretaron ni leyeron los cargos; fui libre a los tres días sin presentación de excusas, señal clara de que las puertas del Tribunal seguían abiertas para mi persona. El delator fue Ambrosio Morales, de Fregenal, de oficio tratante de ganado, y conocido desde niño en el pueblo, diciendo que yo era sospechoso de judaizante, de curaciones de magia y de predicar en contra de la Santa Biblia. La ignorancia del tal Morales sólo la superaba su envidia, esa desmesura española que, en contra de lo que siempre he pensado, bien cercana la tuve siempre a pesar de no creerme yo digno de la envidia de nadie. Gran mal la envidia y mucho peor cuando se junta con la ignorancia y el odio al conocimiento. Buena razón tenía el ilustrísimo y discreto Miguel de Cervantes, agudo conocedor de los españoles, cuando escribió sobre un personaje que preguntado si sabía leer, contestó «no por

cierto, que es cosa que lleva a los hombres al brasero y a las mujeres a la casa llana». Así somos.

Resulta que en la Cuaresma de 1559, me invitó mi paisano Francisco de Arce para que predicara en Llerena, donde estaba como cirujano que era, muy versado en Astronomía y Botánica, conocedor de las obras de Petrus Bonus de Ferrara, Melchor Cibinensis y Georgino Riplaeus, de suerte que mucho deseaba hablar largo y tendido con mi paisano, que vivía en Llerena como náufrago en una isla, imposibilitado de convivir con nadie salvo peligro de denuncia. Quiso mi desventura que el dicho Morales estuviese en el pueblo con un trato de caballería cuando mi primer sermón, que llevó mucho personal a la iglesia.

Numerosos y expresivos parabienes recibí de vecinos principales por los sermones que dije, quedándome en casa de Francisco de Arce casi tres meses con mucho aprovechamiento en el estudio y conversaciones, principalmente en rudimentos de Cirugía y cambios de impresiones sobre fenómenos que se producen en la zona más profunda del cerebro, donde la voluntad consciente del sujeto no tiene acceso ni poder y donde se amalgaman en potencia sueños y visiones, que brotan hacia fuera cuando dormimos en forma de imágenes simbólicas. Algo muy semejante a lo que años después me contaría fray Luis de León a propósito de la toma que hacía él de extracto de láudano que le daba la monja Ana de Espinosa, del monasterio de agustinas de Madrigal, hija de un boticario alquimista, que cuidaba mucho de fray Luis con ese bebedizo, que era enorme consuelo para él, pues le acarreaba al instante un sueño reparador y profundo con visiones de la Santísima Virgen —decía él—, pero decía cosa incierta, pues en el sueño veía a mujeres desnudas que le despertaban grandes pasiones en el corazón y en todo el cuerpo.

Discurrían en paz los días de Llerena, sin sospechar un punto la trama que el Ambrosio Morales me estaba preparando, cuando una mañana que me encontraba escribiendo, perdí de pronto la noción de las cosas; recibí un mazazo en la nuca y caí al suelo sin vista, convencido de que se acababan mis días. Por fortuna Francisco de Arce, que atendía a un enfermo en la habitación próxima, acudió a mi socorro. La ciencia de aquel hombre sabio me salvó la vida. Francisco me dio una medicina que me sepultó en un sueño profundo que no supe las horas que permanecí en el lecho. Cuando desperté parecía que

estaba flotando en el aire, abatido por un estado de grandísima debilidad, del que salí en parte debido a una comida de verduras y frutas que Francisco me ordenó tomar. Por muy poco me había librado de la muerte —me dijo— y de lo que todavía era peor, de la locura. Había sufrido el amago de una rara enfermedad de la que apenas se sabía algo; una intensa calentura en la membrana del cerebro, un recalentamiento interior producido por un exceso de trabajo del intelecto, no compensado por ningún placer del cuerpo u organismo físico, que deja seca y sin riego sanguíneo por unos instantes el interior de la cabeza. Francisco me recetó reposo, baños fríos y calientes, prohibición del estudio, lecturas y conversaciones sobre doctrinas.

Tan diáfana está la tarde de junio que desde la huerta he creído ver en lontananza el brillo de la cúpula de San Isidoro del Campo. Las campanas del Monasterio, en mi obligada quietud, me están haciendo recordar la vida cotidiana de la Orden de San Bruno, que tantas veces comenté con fray Luis. Pobre e inolvidable hermano. No me sale el pensamiento. Cuarenta y cuatro años teníamos los dos cuando se inició el proceso, él catedrático en Sacra Teología en Salamanca, fraile de la Orden de San Agustín, natural de la villa de Belmonte, por las tierras de la Mancha de Aragón. Su padre el licenciado López de León, oidor de la Chancillería de Granada; su madre doña Inés de Alarcón. Enviado por su buen padre, a los trece años, a estudiar Cánones a Salamanca y a los pocos meses de estar allí, tomó el hábito de San Agustín. Año y medio estuvo en Alcalá, cuando nos conocimos, siempre escuchando, leyendo y escribiendo sin levantar la cabeza. En los antiguos entresijos de su familia remota encontró la Inquisición y Diego González ramalazos de judío. Miserables de envidiosos y negros corazones.

Esta noche, desvelado por esta pena y otras muchas de mi historia, oí de nuevo el toque de maitines, y a las seis de la mañana, la hora prima; a las nueve, la Tercia y misa mayor; la hora Sexta es de rezo en las celdas; a la una de la tarde, la señal Nona; Vísperas a las tres; en las celdas, Completas. Vida sin sobresaltos externos ni insidias de la política o la Historia, justo lo contrario a la mía. Cada instante de mi existencia estuvo dominado por un deseo o una pasión del pensamiento. Niño todavía, la ambición de conocer los nombres de todas las estrellas del cielo; a los once años mi maestro Jacobo Vázquez me contagió su pasión por Jerusalén. Me mandaba hacer el plano de

la Ciudad Santa, con la representación del templo de Salomón y del Santo Sepulcro; el jardín y la tumba de José de Arimatea, el Gólgota, el huerto de Getsemaní, el palacio de Herodes y de Caifás. Jerusalén en el sur de Judea. Hacia el comienzo de nuestra era, una forma del llamado arameo occidental era la lengua del pueblo de Palestina y, por consiguiente, la lengua de Cristo. Cristo hablaba arameo. Una y otra vez, añadiendo nuevos detalles, pasando después al estudio de las medidas y monedas en el Antiguo y Nuevo Testamento: el talento, el denario, el sestercio, la milla romana, el codo, la palma, el dígito. Pocos juegos y menos risas tuvo mi niñez, pues vivía con una ocupación y un afán para cada jornada, sin confiar nunca en la felicidad de la inocencia.

Veía con frecuencia a Jesucristo el Rabí agonizando, jadeante el cuerpo clavado en el madero, con un paño rojo en la cintura, la cabeza más lívida que el mármol, los ojos sumidos y apagados, mientras un centurión con los brazos cruzados sobre la coraza, rondaba despacio al pie de la cruz. En mis visiones infantiles nunca veía a Cristo luminoso y triunfante, nunca era el Resucitado entre las tinieblas. Con la edad y el crecimiento desaparecieron aquellos sueños.

Juan de Dios me anuncia la llegada de mi sobrino y el médico. Diego me abraza con afecto y el doctor me cumplimenta respetuoso preguntándome por mi estado. En la celda, guardada la puerta por el lego, el médico procedió a reconocermé. Alarmado me pareció a pesar suyo por el rápido progreso de la enfermedad. Verdad es que nunca he apreciado mi cuerpo; muchas veces fue un obstáculo para realizar mi trabajo. Nunca lo he usado para el placer de la carne y la única vez que lo hice, me pareció torpe e insignificante en comparación con el blanco y espléndido que se me ofrecía delante de mis ojos. No debo poner en juego la salvación de mi alma con remotos y prohibidos recuerdos que siempre han permanecido sepultados en mi alma y encerrados con siete llaves.

Terminado el reconocimiento, el doctor me indicó la necesidad de permanecer recogido toda la jornada, pudiendo sentarme un rato por la tarde; seguir estricto con la dieta y tomar el jarabe tres veces al día. Debo de estar en la últimas a pesar de las palabras de ánimo de Diego, diciéndome de las buenas disposiciones de viajar dentro de unos días a la Peña y librarme de los

ardores del verano en Sevilla. Me consta que nunca volveré a la Peña, ni nunca más beberé su agua. Esto debe ser el final. De nuevo veo los ojos verdes y tristes de fray Luis. En su injusto y arbitrario proceso, la Inquisición quiso acabar y borrar del mapa, ante todo, una nueva forma y manera de enfrentarse con las viejas y ya inútiles ideas. Fray Luis era ante todo un nuevo y peligroso concepto de la Iglesia y de Dios, por eso quisieron silenciarlo para siempre. Ellos se pudrían como gusanos envidiosos en la universidad de Salamanca, pugnando por la cátedras y la gloria del mundo, diciendo que los nuevos estudios bíblicos venían de la mano de los judíos. Pero fray Luis ganó la partida y no por ser precisamente un filósofo, pues aunque teólogo de su oficio y excelente hebraísta, la victoria final de Luis de León fue porque era ante todo un enorme poeta.

Recuperada la salud gracias a los cuidados de Francisco de Arce, dejé Llerena y emprendí viaje de regreso a la Peña, tras cuatro meses de ausencia. Nunca me he alegrado tanto de volver y cuando sentí en el rostro la brisa de sus campos y la belleza de su luz, le pedí a Dios que me permitiera la dicha de consumir allí mis días en paz entregado al estudio. Pero bien poco duró el sosiego de mi ánimo. Alrededor de las nueve de la mañana y encontrándome escribiendo en mi estudio, se presentaron por segunda vez los dominicos y guardias del Santo Oficio. Delante de mis ojos aterrados estaba la cruz verde con la estampa de la espada y la palma; el estandarte con el escudo y el sello del Santo Oficio con la leyenda de EXURGE DOMINE ET IUDICA CAUSAM TUAM. Me requirieron de inmediato por mi nombre y cargos, presentándome y leyéndome pliego de denuncia contra mi persona, diciéndome que preparase a la mayor urgencia para viajar a Sevilla.

A todo esto, mi criado España, al ver llegar la comitiva y reconociendo el temido escudo de la Inquisición en el carruaje que habían dejado en la cancela de la finca, a grandes voces de alarma convocó a los demás criados y pastores que por allí estaban, formándose un grupo como de quince o veinte hombre armados con bieldos, estacas y azadones. A punto estuvo de ocurrir una gran desgracia, pues el compañero Roano, descompuesto de los nervios, se unió al grupo, alentando a los hombres y uno de los guardias le echó el caballo encima, tirándolo al suelo. Pude imponer la paz, sacar a Roano y a España del tumulto y serenar algo los ánimos. Salí de la Peña convencido de que nunca

volvería y a punto estuve de abandonarme a la desesperación. Llorosos e indignados me escoltaron hasta el carruaje Roano y España, seguidos por los demás hombres de la finca. Me veía ya sin saber los motivos, sepultado en los calabozos del castillo de San Jorge, con el sambenito colgado de por vida e incluso condenado al horror de la hoguera. Fui interrogado por el secretario del Santo Oficio, que no encontró fundamentos de pruebas en la sospecha de judaizante presentada por Morales, vecino de Fregenal. A los cinco días me pusieron en libertad y salí de estampida en carruaje alquilado que, a revienta caballo, me devolvió a la Peña de Alájar.

Pero mi vida cambió mucho por dentro, en mi pensamiento y desde entonces me habita el recelo por cada palabra que decía y sobre todo por la que escribía y por las acciones que realizaba, perdiendo mi forma de ser natural y espontánea. Le prohibí terminantemente a Roano las consultas y trapicheos que como saludador me traía y la búsqueda en el campo de plantas e hierbas medicinales y también los experimentos en el laboratorio, que clausuré y cerré bajo llaves. Desde entonces he vivido en sobresalto permanente y sin perderle la cara al enemigo, pensando en mis adentros que el verdadero mal de la Inquisición no estaba tanto en sembrar el miedo a los tormentos y a la hoguera, sino meterle al hombre en la cabeza el pánico al pensamiento. Mucho me consolaba imaginándome el triunfo del frágil Luis de León sobre el imperio de las cadenas, cuando absuelto de inocente salió libre del Tribunal, pasando por las calles con una palma en la mano, acompañado hasta su casa por caballeros principales de Valladolid y que también en Salamanca salió toda la ciudad a recibirlo y se le hizo gran honor en la universidad, a la que llegó montado en la mula del señor obispo. La mucha honra le llegaba a fray Luis a los cincuenta años. *Dicebamus herterna*, hermano.

Por todas estas cosas adversas para mí, mucho me alegró profesar en la Orden de Santiago, el 5 de mayo del siguiente año 1560. Un día muy alto en mi existencia, que en parte borraba el oprobio de la detención del Santo Oficio, pues era notorio y sabido que todo aspirante a ingresar en la Orden debía pasar y superar una rigurosa investigación sobre sus antecedentes familiares, averiguándose si era hijo ilegítimo, de honesta vida, costumbres y fama. Consta que los curas de Cabeza de Vaca y de Calera de León, ambos de la

Orden, llevaron a efecto la averiguación de mis padres, Benito Arias e Isabel Gómez, los dos tenidos por gente honrada, hidalgos y cristianos viejos, siendo mucho de ver la figura de mi padre como relator al servicio del Tribunal de la Santa Inquisición, detalle que no dejaba de tener su ironía habida cuenta de lo ocurrido cuando la denuncia de Morales.

Día de mucho gozo e inicio de una nueva etapa en mi caminar por el mundo. Una mañana radiante de primavera en León. El Monasterio de San Marcos, a orillas del río Bernesgas, estaba iluminado por el sol. Lo primero que recuerdo de aquella memorable jornada es la música invadiendo los claustros. Una mañana musical y redonda. Música e incienso mientras me iba revistiendo en la sacristía. Sobre mi cabeza, en la hornacina, el Apóstol Santiago blandía su espada en la batalla de Clavijo. Avisaron para el comienzo de la ceremonia. Treinta y tres años tenía entonces, ya no era el niño pobre de Fregenal. En doble fila avanzaban los frailes hasta el presbiterio. Detrás el cortejo de oficiantes. Al llegar a la iglesia encendida di unos pasos al frente y arrodillado ante el prior, dije con voz que pretendía ser firme: «Yo, el maestro Benedicto Arias Montano, me ofrezco a Dios y a la Virgen Santa María, nuestra Señora, y al Apóstol Santiago y prometo obediencia al prior de este Convento de San Marcos de León y a sus sucesores canónicamente electos en lugar del Rey como administrador de la Orden de Santiago por autoridad apostólica: hago voto y promesa de vivir en castidad según la regla de San Agustín en manos del Reverendísimo Señor Don Cristóbal Villamizar, prior de dicho Convento. La profesión en la forma sobredicha la hice yo, Benedicto Arias Montano: domingo 5 de mayo de 1560 años; y porque es la verdad la firmo en mi nombre».

Terminada la solemne ceremonia, ya en el claustro, recibí los parabienes de mis nuevos hermanos de religión, que me abrazaron con verdadero afecto. Un rumor de capas de paño negro con la cruz roja de tres brazos que se abrían en flor de lis. Una nueva vida.

Después de la cena muy frugal, dejé de percibir los olores de la huerta. Cuando el hermano Juan de Dios me ayudaba para acostarme, tuve un vómito con dolores muy fuertes en la parte del hígado, seguido de arcadas en seco que me convulsionaron todo el cuerpo, arrojando luego mucha bilis. Con caridad extrema me limpió y mudó de ropa Juan de Dios y aunque con mareos en la

cabeza, pude coger el sueño.

III

Me ha despertado el hedor de mi propio cuerpo. Al tratar de moverme me he dado cuenta de que estoy tendido sobre excrementos y orines, medio asfixiado por la pestilencia. La descomposición debió de venirme durante el sueño y me he vaciado en el jergón. Le pido a Dios que disponga de mí si esto es lo que me aguarda. Boca arriba, jadeante, siento todo el cuerpo sepultado en un lodazal. No quiero soportar una enfermedad tan repugnante. Mi cuerpo es un saco de desperdicios putrefactos.

Sabiendo la vergüenza que me aguarda, reuniendo mis escasas fuerzas, he gritado hermano, por caridad, hermano. El grito debió extenderse por los claustros silenciosos. Todavía no han tocado a Prima. Oigo pasos presurosos en el corredor, se abre la puerta de la celda, aparece Juan de Dios, que se lleva las manos a la nariz, detenido en seco por la peste que desprende. Después, venciendo la natural repugnancia, se me acerca desencajado y levanta la manta que me cubre. Ahoga un grito y sale corriendo sin decir palabra.

Pero el lego volvió al poco rato acompañado por cuatro frailes silenciosos que, con la gran fuerza que tenían en los brazos, cogieron en volanda el camastro y me sacaron de la celda, llevándome rápido por oscuros pasadizos y corredores hasta llegar a una caldeada estancia donde ardía un oloroso sahumero. Me despojaron de mi lastimosa ropilla de dormir y con sumo cuidado me metieron en una tina y me lavaron entero, dejándome luego reposar un buen rato en el agua caliente. Volví a la vida y no supe cómo agradecer tanta caridad para un anciano enfermo. Del sahumero trajeron ropa y me devolvieron a la celda. Me acostaron en un lecho con sábanas limpias y quedé sosegado como un niño.

Pasada la hora Tercia, me visitó el prior para saber de mi salud, concedor del quebranto de la noche, diciéndome si quería confesión. Hice confesión

general con un anciano y discreto cartujo, que me escuchó sin rechistar y posiblemente sin entender del todo la historia e índole de mis pecados. Creo que mis palabras abrumaron al buen hombre, acostumbrado a otras cuitas y pesares del alma. El pecado más grave de mi vida —le dije— no ha sido el de la carne y la concupiscencia, que sólo una vez tuve, huyendo de ella a tiempo; el pecado del que me acuso es el de haber gastado todo mi tiempo en ser agente del Rey Don Felipe y dispuesto siempre y muchas por vanidad, al consejo real y a su política, omitiendo esfuerzo y tiempo a mi principal vocación que fue siempre el estudio de las Sagradas Escrituras y sus conexiones con las lenguas. Vara alta tuve del Rey en asuntos de mucha importancia y no poca influencia ejercí cuando por mi secreta vinculación con la «Famille de la charité», pude lograr cambios del Rey en los enrevesados problemas políticos de los Países Bajos, así como en cuestiones delicadas en Portugal y en la construcción de El Escorial. El cartujo me escuchaba sentado en la cabecera del lecho, con la cabeza entre las manos. Ni se le ocurrió preguntar por el sentido o naturaleza del familismo, que no es más, en contra de lo que dijeron los ignorantes, que una individual actitud espiritual y pacifista; nunca fue el familismo una antesala para la herejía. «Famille de la charité» siempre fue igual a «Familia del amor». A pesar de ciertas contradicciones aparentes nunca he sido hombre servil capaz de medrar al amparo del poder; ni cortesano que pretendía empleos o prebendas. El Rey N.S. fue un iluminado de Dios, al que colocó en el centro de su gran empresa en el mundo. Trató de convertir en moral la acción política, coincidiendo en esto con el pensamiento del familismo.

Temeroso de que el cartujo quedase harto confundido ante tan incompresible discurso, allané la cuestión refiriéndome después sólo a que siempre cumplí con mi estado y condición de sacerdote miembro de la Orden de Santiago, aunque residente las más veces fuera del convento por mis muchas obligaciones y viajes, respondiendo con verdad al cuestionario de la Orden, que me traía el hermano visitante, acerca de si estaba amancebado o mantenía algún trato con mujer que derivara en escándalo; si aún fuera de la comunidad, practicaba los sacramentos; si jugaba a los naipes u otros juegos prohibidos a los religiosos, cumpliendo escrupulosamente con el envío al prior de un inventario anual de mis bienes y posesiones, manteniendo siempre

mi vinculación con San Marcos a través de los conventos de Mérida y Tentudía, más cercanos a la Peña. Dicho esto me recogí en silencio y el cartujo me dio la absolución, diciéndome antes de retirarse que debía procurar pensar en Dios y tener mucho descanso en la cabeza.

Traté de obedecer al confesor, sabiendo que la mayoría de las veces la verdad se oculta debajo del ropaje más sencillo y humilde. Quieto en mi camastro, sin haber probado alimento alguno, ni siquiera agua, mi cuerpo, al no almacenar nada, nada podía arrojar fuera. Prefería morir de inanición al bochorno e indignidad de lo ocurrido aquella mañana. Así estaba pensando cuando apareció el hermano lego con un tazón de leche. Fingiendo una energía inexistente, no quise beber, diciéndome Juan de Dios que era menester hacerlo por obediencia al doctor y por el bien de mi salud, pues estando en ayuna tanto tiempo, una gran debilidad me podría subir a la cabeza, quedándome paralítico de todo el cuerpo, como le había ocurrido hacía poco al hermano Parra. Con mucha aprensión me bebí la leche temiendo lo peor que gracias a la Santísima Virgen, no ocurrió, sino más bien lo contrario, pues tan mejorado me puse que tuve deseos de escribir sobre Desiderii, de manera que levantándome puse el candil sobre la mesa y como en otros tiempos de buena salud, reemprendí la escritura.

Erasmus sacará a relucir su temible ironía, fina como un estilete, contra el rector de Montaigu, el espeso Jean Standouck, austero hasta el histerismo y temido especialista en restaurar la disciplina en monasterios relajados y viciosos. Erasmus lo tacha de mezquino sin caridad cristiana, capaz de rebajarle la dieta, de suyo parca y endeble, a los estudiantes pobres del Collège. Es digno de ser leído para reír con gusto su admirable coloquio «Una dieta de pescado». De tanto pescado nada fresco y de tan a diario comerlo, sufriría Erasmus frecuentes ataques de dispepsia. Mal librado sale el Standouck.

Fue entonces y todavía en París cuando conoció al poeta Fausto Andrelini, una amistad por igual peligrosa y enriquecedora, según he podido documentarme de primera mano. Andrelini era un galán bien plantado, que recitaba a los poetas romanos más decadentes y obscenos, obteniendo grandes aplausos de los parisinos, sobre todo de las mujeres. Los dos, tan distintos, simpatizaron mucho y se hicieron íntimos amigos.

Llegamos a una cuestión que por privada, resulta sumamente enojosa de tratar y que posiblemente no hubiese abordado en la biografía de Desiderii. Dios me libre de ser ligero o simple divulgador de materia escandalosa. Es seguro que por aquellos días de trato y frecuentes salidas nocturnas con Anfrelini, además de beber mucho vino y licores, mantuviera Erasmus relaciones carnales con varias mujeres. Envuelto en la atmósfera festiva que le proporcionaba el trato con el poeta, el joven Erasmus conoció el placer de las mujeres y como hombre que era, mucho le agradó, repitiendo la experiencia varias veces en Inglaterra, no por el amor o el enamoramiento rompedor de la mente, como me ocurrió a mí, sino más bien por los instintos, aunque él se refiera a ellos hablando de la higiene natural del sexo. Digo esto aquí, en lugar secreto y con todas las reservas, pero convencido de mi verdad por razones que tengo, entre ellas tres cartas de Erasmus a su amigo Tomás Moro, de altísimo interés para dilucidar a mi favor dicha cuestión.

Para Erasmus el ayuntamiento carnal, natural y placentero con mujer, se podía dar como normal ejercicio de desahogo que liberaba al varón de la fiebre del mucho semen retenido; despejaba la cabeza, aliviaba la melancolía y demás humores negros y ataques de bilis. Afirmaba Erasmus que este trato entre hombre y mujer se podía realizar sin amor; sólo era necesario el deseo mutuo por conseguir el placer en la fornicación.

Por una vez no pude estar de acuerdo con Desiderii. En cierta ocasión conocí a una mujer que me confesó su amor. Cuando temblando de deseo y miedo penetré en su cuerpo, el trance resultó ser la más intensa y alta experiencia mística de toda mi existencia. La carne palpitante y húmeda de Anne significaba el contacto con Dios a través de la belleza de aquel cuerpo disponible y desnudo, que se ofrecía, como hizo Cristo, para la salvación de los hombres. Imposible para mí realizarlo sin amor, ya que Anne era el ser amado y en aquella unión no podía existir ni la profanación ni el vicio. Acabado el acto y todavía con Anne a mi lado, sentí el cuerpo descansado y ligero como una pluma, la cabeza libre de toda oscuridad. Ya solo en la alcoba, con su perfume todavía en mis manos, caí en el pozo de la angustia y del arrepentimiento, algo que nunca padeció Erasmus. Más calmado, pensé que el cuerpo de Anne era la representación del altar donde celebramos el santo sacrificio de la misa. Estas cuestiones que acabo de esbozar pertenecen

a lo más profundo del ser, a ese espacio oscuro que deberíamos visitar lo menos posible, de forma que hubiese omitido en mi posible biografía estos temas reservados.

En París y poco a poco, Erasmus se fue haciendo un hombre completo, conocedor de las trampas del mundo, indócil a la Teología obtusa, cercano siempre al platonismo, a los sufrimientos y avatares del hombre como ser en el mundo, lejano a las abstracciones de los escolásticos. Así nos vamos acercando a otra zona importante de su biografía. Verano de 1499. Estrecha amistad con William Blount, IV Lord de Mountjoy, el cual, con buenas y cordiales razones, convence a Erasmus para que los acompañe a Inglaterra. Veremos después que Blount era un frívolo poseído por el constante y desordenado deseo carnal hacia las mujeres e incluso los hombres. Ya tenemos a nuestro personaje bien instalado entre gente rica y poderosa, rancios aristócratas que vivían en grandes mansiones, atendidos y servidos por un ejército de criados.

Entonces fue cuando conoce a Henry Colet, un comerciante textil de incalculable fortuna, dos veces lord alcalde de Londres. Es delicado por exageración de diversos autores, el tema de la enorme influencia que Colet ejerció sobre Erasmus. Ambos eran de la misma edad. Colet dictó en Oxford un celebrado ciclo de conferencias sobre las cartas paulinas, que entusiasmaron a Erasmus, allí presente. Oponiéndome a la mayoría, encuentro que no hubo otras influencias que este pasajero encuentro y la humana simpatía que ambos se profesaban, sin olvidar la fortuna de Colet, de la cual Erasmus pensaba sacar provecho.

No se explica bien la devoción de Erasmus por Colet desde el punto de vista de las relaciones intelectuales. Me parece, después de alguna meditación sobre el tema, que Erasmus admiraba en Colet algo que a él mucho le faltaba, que era el valor. Colet jamás se acobardó, ni se encogió de ánimo ante una confrontación personal y pública, cosa que Erasmus mucho temía. El célebre sermón de Colet en la Asamblea denunciando los defectos del clero inglés, significaba para el tímido Desiderii el colmo de la valentía intelectual, la expresión más alta de la integridad. En este contraste radica la admiración de Erasmus por Colet, que murió a los cincuenta y tres años.

Hermosa página y lección de amistad entre dos hombres complejos. A

veces la amistad va más allá del pensamiento de la mente, puede ser más intensa incluso que la inteligencia y el poder de las ideas. Con estas propuestas de reflexión hubiese empezado yo el capítulo de la biografía dedicado a las relaciones de Erasmo y Colet. Rebajando la influencia de Colet sobre Erasmo en el plano intelectual y subrayando la amistad de los sentimientos humanos.

Superados los aspectos de nacimiento, familia, primeros años y período de formación, habría pasado a la parte central del trabajo, la más rigurosa y fundamental. «Análisis de las principales obras de Erasmo entre 1500 y 1518». Un sólido y trabajoso empeño, o mejor decir, la descripción de una mentalidad.

Trabajo nutrido y absorbente que empezando en la Peña en un frío amanecer de septiembre, me hubiese ocupado todo un crudo invierno, para ser concluido en los primeros días de mayo, con los brotes del buen tiempo.

Quizás hubiese empezado señalando que 1500 significaba el nacimiento de un nuevo siglo y que Erasmo había cumplido ya los cuarenta y tres años, una buena edad para el definitivo asentamiento de la cabeza y el orden de las ideas. En 1500 regresa Erasmo a París después de medio año muy gustoso en Inglaterra.

He recuperado el olfato después de un breve sueño. Aparto los pliegos sobre Desiderii. He visto el rostro del mármol del arzobispo Don Gonzalo de Mena, el que fuese el artífice de la fundación de esta Cartuja de Santa María de las Cuevas. Aunque difunto hace más de un siglo, todavía llevaba en la expresión la penosidad de la peste que se lo llevó a la tumba. Cuando desperté sobresaltado, el olor a azahar llenaba la celda y mucho me alegré al percibir el aroma, cosa muy rara en verano. Me consolaba de pasados hedores. Del llamado huerto de las Chinas procedía el olor. Pasada la hora Nona volvió Juan de Dios con una medicina donde habían puesto un poco de azúcar para disimular su mal sabor y que debía tomar —me dijo—, por ser el mejor remedio para asentar el vientre, siendo fórmula del hermano enfermero y de fama en toda Sevilla de buena que era. Cerrando los ojos me tragué el brebaje. Consolado del vientre y algo recuperado, le pregunté al lego en qué día y mes estábamos. Juan de Dios me contestó puntual diciéndome que a 30 de junio del año 1598, terminado con un Padre Maestro Benedicto Arias Montano, dicho

sin duda con la buena intención de recordarme quién era yo, por si la niebla de la enfermedad me hubiese deteriorado la cabeza, detalle que lejos de enojarme, le agradecí, rogándole que si estaba libre de obligaciones, me acompañase un rato, pues la tarde de verano, en todo su esplendor, se me antojaba interminable. Complacido aceptó y se sentó a mi lado.

Llevaba en la Peña retirado casi año y medio —le dije al lego—, entregado en paz a mis escritos, cuando recibí urgente recado del obispo de Segovia, Don Martín Pérez de Ayala, también fraile de la Orden de Santiago, diciéndome que me había escogido como consejero para que le acompañara a la tercera sesión del Concilio de Trento. Al decir yo Trento noté que Juan de Dios se sobresaltó de curiosidad e interés. Se quedó mirándome, pensé que deseoso de la continuación de mis palabras. También yo había quedado impresionado ante la idea de viajar a Italia. De Segovia salimos para embarcar e iniciamos el viaje en abril de 1562. Era la primera vez que dejaba España para salir a tierra extranjera. Noté al viajar que mi pensamiento y también mis ojos se agrandaban. A fuerza de costumbre, tenemos la tendencia muy española de considerar que nuestro pueblo o ciudad componen el centro del mundo, y que nuestro pensamiento es también único y verdadero y eso no es cierto. Después de un viaje muy azaroso que duró casi un mes, llegamos a Trento el 15 de mayo.

Muy preparadas y razonadas de antemano llevaba yo mis dos intervenciones que versaban sobre el divorcio y la comunión bajo las dos especies, pero cuando llegamos al convento donde se alojaba la delegación española, compuesta por treinta Padres y treinta y cinco Doctores, las piernas me temblaban y cualquier cosa hubiese dado por encontrarme en la Peña buscando plantas medicinales con mi colega Roano. Pero en esta vida hay que saber tragarse los miedos y obedecer, creyendo yo entonces que a lo mejor en dicha obediencia estaba el cumplimiento del destino. Basándome exclusivamente en la Biblia, cuya autoridad reconocían nuestros adversarios los protestantes e iluminado por el Espíritu Santo y por la confianza de muchas horas de trabajo y lecturas en la soledad de Alájar, merecí el unánime aplauso de los conciliares. Fue un momento muy alto para mí y desde entonces se empezó a hablar de la erudición bíblica de Arias Montano. Tenía treinta y cinco años. En la última sesión, ya cercana la Navidad, dieron su «placet» 235

Padres, sin contar teólogos y seculares. Fuimos recibidos en audiencia especial por Pío IV y su secretario de Estado Carlos Borromeo, con el que años después mucho me uniría; disputé en privado con el belicoso obispo de Granada Pedro Guerrero y escuché con suma atención a Pedro de Soto, a Melchor Cano y al General de los Jesuitas Diego Laínez. Abandonamos Trento con el erróneo convencimiento de que el Santo Concilio había sido un triunfo para el prestigio de la Iglesia, ante sus propios ojos y los de los protestantes. La deseada Reforma se había puesto en marcha. Se pasaba de un tiempo de inseguridad a un tiempo de confianza y liberación. Poco tiempo después comprendería que estaba muy equivocado.

Temiendo fatigar a Juan de Dios y cansarme yo mismo con la excesiva y densa prédica conciliar, interrumpí mi relato. El lego me besó la mano y me dijo que, notándome con ahogo, mejor sería reposar hasta la siguiente toma de la medicina, anunciándome para la tarde la llegada del doctor y mi sobrino. Cerré los ojos con alivio notando cómo me entraba el descanso en la cabeza.

Pero me parece que un rato después, la enfermedad se agravó; los sonidos y las cosas se fueron alejando de mi percepción, la luz del día se enturbió como en tinieblas; a Juan de Dios lo veía muy lejos. Alguien tiraba de mí hacia abajo, perdí el sentido del espacio y no supe de la visita del médico ni de mi sobrino. Nada me dolía, pero pensé que estaba en la antesala de la muerte. Sí noté el mal sabor de la medicina y varias punzadas en el hígado. No distinguía si era la noche o el día. Se me presentó de repente mi Señor Don Felipe. Ningún temor tuve de verle a mi lado, casi albino de rubio, el cutis fino y pálido. Componía en el rostro un gesto de benevolencia, me miraba, pero nada decía, como hizo tantas veces en la vida. Aunque el Rey continuaba a mi lado, me pareció estar llegando a la Peña, de regreso de Trento, recibido con júbilo por muchos lugariegos de Alájar y Aracena y de las aldeas, que repetían mi nombre porque volvía sano y salvo de lejanas tierras o por haber vencido a grandes enemigos de nuestra religión. El Rey movía la cabeza con aprobación. Don Felipe no parecía enfermo; habrá tomado —pensé— su medicina de trementina y limón hervido antes de ir al retrete. A través de la niebla lo veía agraciado y arrogante. El rostro bien parecido, la frente despejada y ancha, ojos grises, nariz recta y talante de mucha dignidad, bien proporcionado de cuerpo, como en el cuadro de Tiziano, con un aire entre

tímido y decidido.

Debí dirigirle la palabra pues Don Felipe me miró. Aunque muy débil escuché su voz que decía «nadie entra acompañado en el reino de la muerte; debemos hacer el viaje en completa soledad». Después empezó a hablar de las artes cabalísticas de Reuhlin con notoria propiedad de expresión y conocimiento. Se despidió diciéndome que debía marchar a una isla del río Pisuerga para combatir en un gran torneo que allí estaba convocado. Pobre Rey mío —pensé sin decir palabra—, magnífico en su armadura sacada de *El Amadís de Gaula*, el libro que tanto le gustaba y vana locura, pues el barco se hundió de sobrecargado peso y Nuestro Señor se lastimó las piernas y tuvo que andar con bastón varios días. Debemos penetrar en el reino de la muerte en total soledad.

No volveré a la luz. Me consta que la luz está arriba, encima de mi cabeza, pero no llego, trato de subir pero no la alcanzo. Las voces también vienen desde lo alto; luz y voces deben estar en el mismo lugar. De nuevo vuelvo a Trento, poco o nada recuerdo de sus calles y plazas; sólo unos niños jugando con grandes aros de madera, gritando palabras de júbilo en italiano musical. Después regreso a la Peña e inicio mi *Commentaria in XII Prophetas*, pero al empezar la escritura, una mano me detuvo la pluma. Era fray José de Sigüenza. Me miraba con severidad y me dijo «eres un taumaturgo en el templo de Salomón». Turbado en extremo no entendí el sentido de sus palabras. Desapareció. Hermano del alma fray José, pluma elegantísima y a la vez sobria, concedor del Secreto del segundo templo de Salomón. Otra vez en el acogedor escritorio de la Peña, en lo más crudo de un frío invernal que nos hizo gastar mucha leña para las tres chimeneas y la cocina de la casa con sus fogones, cuando abajo, cerca de la cancela, resonaron en la mañana herraduras y relinchos de caballería, timbales y las grandes voces de Roano. Era un mensajero con escolta real que llegaba traspasado por el frío y con el caballo humeante. El Rey N.S. acababa de nombrarme Capellán Real. 21 de febrero de 1566. Otro vaivén en mi vida. Otro golpe de timón. Tan presto y alocado entró Roano en el estudio, que el viento que traía arrojó al suelo varios pliegos de mi *Commentaria*.

Parte importante del Secreto se encuentra sintetizada en uno de los frescos que cubre la bóveda del coro alto del Monasterio. Los pies de la Primera y

Segunda Persona descansan en un extraño y casi incongruente objeto: un bloque de piedra en forma de cubo. Cubo o hexaedro. En la biblioteca del Monasterio se guarda un manuscrito bajo el título de *Discurso de la Figura Cúbica según los principios y opiniones del Arte de Ramón Llull*. Su autor es Juan de Herrera, arquitecto de Felipe II. Pero tal cosa sería casi el final de la historia, que comenzó cuando dejé la Peña para incorporarme a la Casa Real y de inmediato el Rey me vinculó al grandioso proyecto que le mortificaba la mente: el Monasterio de El Escorial, concebido en apariencia como la tumba del Emperador, su padre y como recordatorio de la victoria de San Quintín.

Cuando llegué a Madrid acababa de morir Juan Bautista de Toledo, el primer arquitecto del proyecto. Me destinaron a Las Navas del Marqués y allí conocí a Juan de Herrera, que era una criatura iluminada y mágica. Había intervenido en el trazado del Monasterio al ser nombrado ayudante de Juan Bautista. Muy pronto me percibí que era un hombre excepcional de muchas partes y él supo también de mi condición. Además de entender muy bien de dibujo y las teorías de Vitrubio, conocía la lengua griega y latina, filosofía y matemáticas. Pensaba, como yo mismo, que el Arte era el resultado de un proceso mágico y también la Arquitectura.

Aunque todavía no la alcanzo, la luz se aproxima, se acerca un poco, titilea y desaparece. Herrera me explica que el lugar donde se levanta el Monasterio era un sitio tan arisco que hombres y animales tenían una sola puerta, el común aposento de las cuevas y chozas. Allí, para admiración de escribanos y alguaciles, vino el Rey en persona para descubrir el sitio de El Escorial. De inmediato comenzaron las cuadrillas de hombres a desmontar y quitar la jara de todo el gran contorno señalado y mandó Juan Bautista de Toledo que se acordase el sitio y se pusieron las estacas por donde habían de abrirse los cimientos. Cuando Juan de Herrera me contó los primeros tiempos de la obra del Monasterio, ya éramos hermanos en la idea que, años después fray José de Sigüenza confesaría: «Aquí como en otro templo de Salomón nos miramos».

Herrera me mostró sus libros. Todos los de Ramón Llull; más de cien obras tenía en su biblioteca. Además de mágico, era un seductor y poco a poco se convirtió en *intime carus* del Rey. El estudio del firmamento fue una de sus principales aportaciones; conocía a los clásicos, desde Aristarco a Ptolomeo, Frascotoro y Copérnico. El Rey apreciaba no sólo el profundo saber de

Herrera en la Arquitectura, también y sobre todo su enorme lectura y conocimiento del Secreto, la Astrología y la Medicina. Por eso Don Felipe le pidió que se ocultara bajo su oficio y apariencia de arquitecto, ya que el secretario de la Inquisición de Toledo había recibido varias denuncias contra Herrera, saliendo el Rey al paso, sobre todo cuando el asunto contra una visionario llamada Lucrecia de León, donde se dijo que Herrera era tenido como experto en la interpretación de los sueños. Por ellos José de Sigüenza, con más devoción que cautela, escribió una diatriba contra la Astrología. Fue el propio Herrera el que hizo el horóscopo oficial del Rey, el Prognosticón y no un tal Matías Haco, como se dijo. Yo fui su primer conocedor, pidiéndome Herrera con mucha sinceridad mi acuerdo o desacuerdo. Así lo hice.

Don Felipe era nacido Libra, que es el signo de la justicia, la rectitud y la austeridad; no es causal su conocida afición por vestir de negro, la parquedad de sus palabras, la cautela antes de decidir. Su inclinación al Secreto y a la Alquimia, íntimamente vinculados, fue tanta que en la biblioteca de El Escorial tuve que ocultar los libros sobre el tema en la sección de Chymica, para burlar a los espías del Santo Oficio. Por todo esto y muchas más cuestiones afines, Herrera y yo nos volvimos cómplices en la construcción de El Escorial, cuyo levantamiento, como algún día descubrirán hombres estudiosos del futuro, se apoya en la secreta analogía entre el dicho Monasterio y el Templo de Jerusalén y donde el Rey representa a un nuevo Salomón ungido por el poder de Dios. Debíamos realizar la idea y al mismo tiempo ocultarla por las razones conocidas de la vigilancia que nos tenían en el Tribunal de la Inquisición.

De pronto una arcada me sacude el cuerpo, me impulsa hacia delante y vomito en la oscuridad; pierdo la respiración, me atraganto, arrojo líquido o bilis. Oigo voces a mi alrededor, seguramente Juan de Dios o el hermano enfermero. Manos que me sujetan la cabeza. Me dan de beber. Mejor sería una muerte rápida o un mareo que me fulmine de pronto. Me sostienen la cabeza en la almohada. Aprieto los ojos. De nuevo me veo en la ciudad imperial de Trento, en la alta Italia. Comíamos mal, el concilio había desbordado a la ciudad con problemas de alojamiento, avituallamiento y falta de alguaciles para la seguridad de tanta gente. El cardenal de Trento nos invitó a un banquete en su palacio; celebraba la boda de un noble. Después de la opípara

comida de tres perdices por cabeza, como era costumbre de mucho protocolo, todos los presentes acudieron a la danza y tuvieron que bailar. El cardenal había recibido en su mesa a los obispos de Feltre, Agde, Clemont y Segovia. Al final de la velada, Don Martín nos dijo que todo se había hecho muy honestamente, con la modestia cristiana que convenía al caso. Fue el único ocio y respiro que nos concedimos en tantos días de discusiones y trabajos. Todavía veo con claridad la ciudad de Trento, en el corazón de los Alpes, pequeña en el valle del Alto Adigio, el tumulto de la llegada de los embajadores, las discusiones en las calles sobre los rumores de guerra y epidemias, unos encapuchados quemando en la plaza las obras de Erasmo.

La respiración se va calmando. Tengo la sensación de estar flotando y así puedo ir de un lugar a otro. Erasmo puso toda su esperanza en un mejor conocimiento de las Sagradas Escrituras. No sólo era necesario estudiar los textos originales, sino traducir la Biblia a todas las lenguas. La Escritura contiene la verdadera sabiduría, la filosofía de Cristo accesible a todos los hombres. Erasmo luchó por una Reforma pacífica de la Iglesia, pero como siempre ocurre se impusieron los violentos, es decir, los locos fanáticos.

Pero Erasmo no me acompaña en la oscuridad. Es Juan de Herrera el que está a mi lado, silencioso y recogido. Me observa mientras escribo. Siento que estoy en Amberes a pesar de su presencia; Herrera nunca estuvo en Amberes. Me encuentro en mi cuarto escribiendo el *Apparatus* que sigue a la Biblia. Herrera examina con mucha atención los planos y dibujos que forman el *Exemplar sive de sacris fabricis*. No dice palabra. Estaba escribiendo sobre la visión del Templo que tuvo el profeta Ezequiel, cuyo nombre significa «Dios es fuerte». Se encuentra Ezequiel entre los grandes profetas, al lado de Isaías y Jeremías. Fue exiliado en 597 a.C. de Jerusalén a Babilonia por Nabuconodosor. Realizó el proyecto del nuevo Templo con minuciosos detalles: fachadas, puertas, patios, corredores, fuentes y sótanos secretos. Todas sus medidas correspondían al número simbólico que Herrera conocía muy bien y que trasladamos exactamente a la construcción de El Escorial, concepto mesiánico donde Don Felipe N.S. aparece invisible como Rey Sacerdote.

Algo de este grandioso proyecto supieron los jesuitas, sobre todo el arquitecto Juan Bautista Villalpando, que me atacaron con mucha saña

acusándome de regalismo. Una vez más se equivocaron los hijos de San Ignacio. Nunca me conocieron bien; ignoran que toda la realidad de mi vida y pensamiento se configura a partir de las ideas bíblicas. Las descripciones geométricas de Ezequiel son las mismas que aparecen en la estructura cúbica de Juan de Herrera. Esta idea nuestra, tachada de locura, vana utopía y gravísimo pecado, pudo prosperar gracias al Rey, al que Herrera le había ganado la cabeza y el corazón desde el memorable suceso del agua. Resulta que se interrumpió la construcción de un palacete por falta de agua; Herrera y yo acudimos a la llamada real y sin necesidad de varas, vimos el agua bajo tierra, encontrándose una fuente a veinticuatro pies de la superficie. Entonces Don Felipe quedó convencido para siempre de nuestra naturaleza, aunque a veces, requerido por tantas urgencias, se olvidara de nosotros, principalmente de mí. Seco y adusto lo fue siempre Don Felipe. También Herrera y algo menos yo, dispuesto siempre a la disculpa de las flaquezas ajenas.

El Escorial no fue edificado para gustar por su belleza, sino para sobrecoger por su magnificencia. Apenas si sonrío Juan de Herrera, que va leyendo lo que escribo mirando por encima del hombro, con un gesto infantil de travesura que le dulcifica la expresión del rostro, diciéndome en voz baja «siempre os traicionó vuestra bondad y delicadeza de carácter, hermano Benito; ambas virtudes pertenecen al ánimo femenina de vuestra personalidad. Habéis llegado al Secreto transitando por la debilidad de vuestra forma de ser». Imposible desvelar el sentido de sus palabras. Herrera no era un hombre de cartabón y plomada. Hermano Juan, no me guiaba yo por entonces por los secretos de la figura cúbica. Carezco de preparación para tal empresa. El Secreto del Templo estuvo a punto de aplastar al filólogo que siempre he llevado dentro. En aquella etapa de descreimiento y búsqueda —le dije a Juan de Herrera sin la menor acritud—, nada nuevo estábamos haciendo en la construcción del Monasterio, pues era muy antigua la idea de que la auténtica gloria de los reyes no se encontraba en las grandes proezas de las armas, que se borraban de la memoria con el tiempo, sino a través de las construcciones que dejaban. La gloria de los egipcios está en las pirámides. Todo nuestro afán tuvo como centro la figura del rey Salomón.

Las alegres calles de Amberes, repletas de voces y colores, el sabor de la vida sin la angustia de la cruz verde. Desaparece Juan de Herrera. Bien que

nos saltamos las indicaciones clásicas y el Monasterio se levantó poco a poco, perfecto e infinitamente más que un recinto funerario para honrar al Emperador. Acabo de ver, al fondo de la oscuridad, un breve pero intenso relámpago de luz; extendiendo las manos y siento en las mías el contacto de otras manos. Al aumentar la luz, veo a Cristóforo, mi hermano y amigo Cristóforo Plantino, enternecido por mi presencia. Quizás estemos en el feliz año de mi llegada, 1568, 18 de mayo, bajo un cielo limpio y azul, como el de la primavera del Sur. Diez mil soldados españoles al mando del Duque de Alba. Vergüenza y desolación del terror. Una violenta arcada me sube desde el estómago a la garganta. Desaparece Plantino y el rayo de luz. Abro la boca, no arrojo nada. Las manos de Juan de Dios que huelen a limón. Algo de buen sabor a azúcar me están dando de beber. Muchacho pobre con portentosa capacidad para las lenguas, empezando por el latín y el griego; después con los años, hebreo, arameo, siríaco, árabe, portugués, francés, italiano, alemán y flamenco, todo para mejor servir al entendimiento de Dios. Me acusaron de ser entendido y versado en magia y brujería. El dedo índice acusador del jesuita Juan Bautista Villalpando. Doble vida la de Montano, de constante fingimiento, tibio con la Santísima Virgen y aunque contrario al jamón para comer, de mucha amistad con marranos de Sevilla. Profesa la cruz de Santiago como coraza; la cruz sobre el pecho de antifaz le sirve. Otra arcada seca y honda, como una mano de fuego en las entrañas. Ni saliva me queda. Colocan mi cabeza en la almohada húmeda por el sudor de la fiebre. María Magdalena siguió a Cristo hasta Jerusalén y fue la primera en testimoniar su resurrección. Cristo, nacido de una familia de artesanos, hablaba arameo. El profeta Isaías entiende el término *anawin* (los pobres) en un sentido muy amplio; pobre significa golpeado, desalentado, desgraciado, humillado. *Anawin* o *ebiomín*. El Hombre de Nazaret jamás tuvo cargos ni dignidades. Por orden del Rey N.S. se determinó que para mayor seguridad mía y de los criados, no atravesar Francia, sino que nos hiciéramos a la mar en buena embarcación provisto de todo lo necesario, de suerte que al dicho doctor Benito Arias Montano ni a sus criados se le pida ni lleve cosa ninguna por su pasaje, antes le enviéis tan bien proveídos y acomodados para que lo antes posible se embarque en la primera nave o bajel que saliese de Laredo. Mujeres gordas y chillonas vendían pescado fresco en el puerto. Mucho he visto y viajado por el mundo de

Europa, pensando siempre en el sosiego de la Peña.

Voces que se acercan y se alejan. Subir y bajar como si estuviese acostado con mucha fatiga en el estrecho camastro del camarote de una nave. Camino de Amberes, hacia las tierras de Flandes, el mar se levantó revuelto y una terrible tempestad nos desvió hacia las costas de Irlanda. Casi dos meses duró el viaje. Otra vez aparece a lo lejos una luz pequeña y débil, no mayor que la de un candil. Juan de Dios está hablando con alguien, será con el prior que alarmado, habrá avisado al médico. Juan de Herrera, con gesto conciliador, me dice en un susurro «bien sabemos que el Templo de Salomón fue edificado conforme a un proyecto y unas dimensiones provenientes del mismo Dios». Eso es bien cierto, hermano —le contesto—, pero las fuentes de la Biblia, de las que nunca me he apartado, describen el Templo como un edificio de dimensiones reducidas e incluso modestas, de ahí mi choque con los jesuitas, que suelen ser soberbios en el pensamiento, pues ellos opinaban que era inconcebible que Dios hubiera deseado que su Iglesia quedara simbolizada por un edificio casi mezquino. En mi *Apparatus* dejé escrito que el Templo no había sido más que un importante acontecimiento en la larga historia de Israel. De nuevo se opusieron los jesuitas diciendo que el Templo de Salomón era medida a medida el descrito por Ezequiel en su profecía. Juan de Herrera mueve la cabeza y sonrío con complicidad. Teniendo en cuenta todos estos antecedentes e historia, levantamos el Monasterio sobre cálculos superiores al Templo de Jerusalén, locura nuestra que los hombres ignoran. Fray José de Sigüenza murió en la creencia de que todo lo realizado en El Escorial se debía al canon de Marco Vitrubio.

No sé en qué día estamos, ni tampoco recuerdo mes, ni año, ni el lugar donde me encuentro. Tengo por cierto que es verano por el calor ardiente del cuerpo cubierto de fiebre. Navego en la oscuridad como un pez ciego. El Monasterio se me pone delante de los ojos como un fantasma que me llena de zozobra. En la puerta principal de la iglesia se mueven hombres iracundos agitando cinceles y martillos; algunos llevan cuchillos y uno de buena estatura toca un tambor gritando palabras descomedidas. Caigo en la cuenta de la visión, que corresponde a un motín que hubo en el Monasterio por parte de los oficiales canteros de la obra, porque debido a cierto delito de poca monta, el Alcalde mayor de la villa de El Escorial mandó prender a unos canteros

vizcaínos. Pobrecillo fray Juan de la Cruz, cuando era un niño con el padre recién muerto y la viuda Catalina Álvarez queda sola y desamparada, sin medios para comer, en los peores y más estériles años de Castilla, donde no se hallaba pan por ningún dinero. Me vuela la cabeza.

Esta oscuridad por donde me deslizo está llena de cosas remotas y casi olvidadas en el pasado. Se me presentan delante para mi mortificación. A Dios le ruego que me lleve hasta la luz. Una noche víspera de la Magdalena, con todo el Monasterio bajo una tempestad de viento enloquecido, gran lluvia y truenos. Las nubes se desgarraron y cayó un rayo con ruido horrísono de explosión, dejando ardiendo el chapitel y derretida la campana. «Anunciado estaba», me dijo Juan de Herrera con aquel porte sereno que nunca perdía. «Julio de 1577, que es el mes siete, a veintiuno del mismo mes, que son tres sietes y es el séptimo de la Luna, habiendo entrado el Sol en el séptimo grado del signo León». Así se lo repetí al Rey, que quedó admirado ante lo razonado por su arquitecto, al que mandó llamar en persona, diciéndole que fuese extremadamente prudente, ya que era cosa sabida que para los del Santo Oficio no había perdón para la Astrología. Silencio y recato prometió Herrera, que salió de la entrevista muy fortalecido y bien sabe Dios que falta nos hizo, pues a los pocos días de haber sido reparados los daños de la torre, nos afectó una indigna leyenda que hizo fama por todo el Reino.

Alguien me destapa y con una bayeta caliente me va lavando el cuerpo, incluso mis vergüenzas y partes húmedas, haciéndolo con mucho tiento y caridad. Ni siquiera ahora, cuando noto la presencia de los demás, puedo alcanzar la luz y sigo sepultado en la oscuridad. Apoyo la cabeza en la almohada. Veo en la oscuridad los ojos brillantes del perro. Es el perro inocente que aparecía maldito en la historia, cuando empezaron a decir los peones y los muchachos que por las noches en el Monasterio un perro enorme de color negro, arrastrando cadenas, daba aullidos pavorosos. El perro negro de San Lorenzo, el mismo Diablo. Lo veían cada noche andar alrededor de la fábrica e incluso saltar por las grúas de la iglesia, como si tuviese alas. Harto simple resultó el cuento, pues un alano del Marqués de las Navas, habiéndose perdido el pobre animal, salía de noche para buscar a su amo. En el silencio de la hora y en la bóveda de los nichos, retumbaba mucho el ruido y así nació la fama.

Pero las obras del Monasterio continuaban sin demora, creando los capataces una pugna tal entre las cuadrillas, que competían con denuedo y destreza, causando admiración. Sólo en la obra de la iglesia había veinte grúas de dos y cuatro ruedas, y sobre ellas los tablados y andamios que subían al cielo. Y los peones atentos que preveían con puntualidad los materiales de carretería, piedra, cal, agua y madera. Una multitud en apariencia dispersa de aserradores y carpinteros moviéndose sin parar. Aquellos hombres parecían ajenos a la fatiga y no trabajaban sólo para ganarse la comida, sino para dar forma y remate a una perfección que hasta el último peón parecía llevar dentro.

Ahora mi cuerpo se aquieta y se detiene. Mi mente desea descansar de tantas visiones del pasado remoto, aunque la oscuridad permanece intacta a mi alrededor. Nada se mueve ni se altera, como si estuviese en la Peña, recién despertado y fresco, esperando el amanecer para subir al estudio y ponerme a escribir. Oigo los pasos cautelosos de España preparando la leña para encender la chimenea. Roano estará todavía dormido, pues con los años tiene mucha relajación y evita la lectura y el estudio; sólo le interesa llevar bien las cuentas de la finca, los aparceros y preparar de sus manos la matanza de diciembre y que nadie le quite esas industrias de plebeyo. Ni miró por encima los papeles que me traje de Trento, con apuntes resumidos de las definiciones del Concilio; nada pude comentarle de los ejemplos de los ortodoxos sobre el Antiguo y Nuevo Testamento, o sobre los sacramentos y la eucaristía, de manera que el amigo Roano se convirtió en criatura doméstica de mente pueblerina. Puede que Dios bendiga muy en especial a los seres del común y deje para pocos el estudio de las materias esenciales de la Iglesia. Dios tiene en cuenta a cada uno de los hombres, incluso a los que prestan más atención a una morcilla que a la lectura de *De libero arbitrio*.

Todavía veo el imponente trajín de las obras del Monasterio, hombres moviéndose como hormigas, gastándose en cal, yeso, estuque, azulejos y ladrillos cantidades descomunales. Garruchas, poleas, troclas. Traían carros de esparto para fabricar sogas, serones, espuestas, guindaletas y maromas, todo ello entre un gran ruido, pero todo y a todos dominaba sin levantar la voz Juan de Herrera y sus capataces de confianza, recorriendo con vista larga todo el contorno repleto de talleres y fraguas, parándose cuando era menester en

alguna tabernucha allí puesta para ampararse de la lluvia o de la nieve y recobrar fuerza con una jarra de vino y luego retornar con aplomo al dominio de muchos bueyes y peones, que eran elementos muy de la discordia y que mucho se debía controlar, pues eran los que arrimaban las grandes piezas de basas, cornijas, capiteles, pedestales, linteles y otras necesidades. Hormigas dispuestas en orden, subiendo y bajando. Juan de Herrera en su tablero, impasible. Descomunal industria con una idea secreta dentro. A veces se ausentaba Herrera semanas enteras; él mismo en persona buscaba y elegía el mármol blanco en las sierras de Filabres, en Las Navas y en Extremos, incluso en Aracena y Granada y en otras partes cuando había necesidad de mármol pardo, verde, negro o rojo.

No cesaba el trabajo; sólo los domingos y fiestas de guardar y en Semana Santa, pues entonces llegaba el Rey acompañado por la Reina Ana y el formidable aparato se detenía, pues los Reyes, con los Príncipes de Alemania y las Infantas, se ejercitaban en la oración y los Divinos Oficios, repartiendo ganancias en las cuadrillas. Por mucho que me esfuerzo, no puedo ver la luz.

IV

Aunque envuelto en la oscuridad e inmóvil de cuerpo, siento la imperiosa necesidad de volver a Erasmus. Erasmicior Erasmo. Al llegar a este punto propiamente científico, también como ahora me hubiese asaltado la misma duda. ¿Qué puede saber un hombre sobre otro hombre? Quiero decir sobre su más profunda interioridad. Me consta que durante sus años en Francia e Inglaterra, Erasmus dudaba de Dios. No de su existencia, sino de las grandes dificultades de su conocimiento, que formuló muchas veces al preguntarse qué era Dios para sí mismo.

Erasmus escribió que el sistema solar no se formó al pasar una estrella muy cerca del Sol. Todo se hubiese desintegrado. El Sol y los planetas proceden de una inmensa nube de polvo y gases. Esta nube apareció hace aproximadamente 4.500 millones de años. De lo contrario no se habría podido llegar al cuarto día descrito en el *Génesis*, cuando Dios dijo: «Haya lumbreras o cuerpos luminosos en el firmamento del cielo, que distingan el día de la noche y señalen los tiempos, los días y los años».

Erasmus estaba atenazado en los círculos de la duda. El universo, tal como él creía, no proviene de la Biología ni de las combinaciones moleculares. La gran nube de polvo y gases fue también creación de Dios, la creación caótica para llegar luego a la creación ordenada, que nos dice el *Génesis*. Por lo tanto en mi trabajo debía yo desvelar estas líneas secretas de su pensamiento. Ya en París en 1500, Erasmus se asustó de estas ideas; renunciando a la Biología, la Astronomía y la Medicina, se centra en la escritura de *Enquiridion o Manual del caballero cristiano*.

Se aleja cada vez más del espinoso campo de las dudas científicas para retornar a su humanismo peculiar: *cum elegantia litterarum pietatis christiana sinceritatem copulare*. Pienso también que más que puramente científica, la desazón de Erasmus se debía al momento histórico que estaba

viviendo. Él supo escuchar mejor que nadie el crujido que se produjo en la Historia cuando el siglo XV le cedió el sitio al XVI. Europa quedó entonces convertida en el centro donde se rige el mundo. Colón, Vasco de Gama, Magallanes, llevan a cabo sueños imposibles. Desiderii los ve claro. La nueva y fantástica medida física del universo podía sepultar al hombre en la oscuridad de la duda o en la banalidad del entusiasmo. Antes que nadie Erasmus siente el vértigo de la nueva existencia que imparable se presenta delante como una realidad desconocida.

Tuvo que vivir Erasmus, y con él algunos de nosotros, la necesidad de divulgar a los hombres un cambio tan gigantesco como el que se estaba produciendo en la sociedad del mundo. La torre de la escolástica se derrumbaba como un juguete infantil construido en la arena. Todo cambiaba a nuestro alrededor, aunque pocos hombres tomaron preocupación por ello. La nobleza se hundía en su propia inutilidad y orgullo. Todo se fue transformando menos la pobreza secular de los campesinos.

Extenso desarrollo hubiese tenido la escritura de este capítulo de la biografía de Desiderii. Dieciocho años son muchos días cuando se han vivido como trabajador infatigable. Pensar, escribir, corregir, escribir de nuevo. Publica sus inefables Adagios en 1500, sobre los que me hubiese detenido con sumo gusto; se establece en Lovaina. Algunos encuentros carnales con mujeres, cuestión menor que el biógrafo benevolente no debería mencionar; publica el *Enquiridion* y el *Panegírico*, dedicado al archiduque Felipe. No basta para un trabajo como el que yo pretendía la mera fase enunciativa. Resulta insuficiente decir que Erasmus hizo esto, publicó aquello, viajó o investigó en tal asunto. El de Desiderii fue siempre un recóndito paisaje del alma. Esta es tal vez la razón oculta por la que no fui capaz de cumplir con la tarea. No tuve fuerza ni tiempo para abarcar un alma tan grande y sobre todo tan múltiple. Me quedo pues en la insuficiente tarea de describir las principales experiencias de un sabio, a modo de «introducción a Erasmus», pues introducir significa también guiar hacia adentro, hasta llegar a la significación del célebre *Non placet Hispania*, dicho por el propio Desiderii y que desde nuestro punto de vista, tiene su explicación.

Nadie es nadie para irrumpir en la vida secreta, en el pensamiento privado de nadie y menos tratándose, como en este caso, del pensamiento de Desiderii

Erasmi Roterodami. Dicen los que bien le conocieron que tenía un rostro musical y una personalidad parecida a un abismo sin fondo. No tuve el inmenso placer de conocer a Erasmus en persona. Ya dije aquí que mi buen hermano murió en Basilea cuando yo era un niño de ocho años.

Pero el hecho de no haber cruzado con él ninguna palabra, ni una mirada, es lo que ahora me mueve la mano para esbozar este escrito, que nadie leerá. Mi deseo es dialogar sin voz ni réplica con un alma gemela, rebosante de los mismos afanes. Trazar aunque de manera provisional el itinerario que recorrió por dentro y por fuera un gran hombre al que nunca vi.

Reflexionando sobre sus desdichas, llegué a la conclusión de que muchas de las que padeció fueron también propias de mi persona. La primera hace referencia al cuerpo. La madre naturaleza no fue benigna ni generosa con ninguno de los dos, ni siquiera en la juventud, que es cuando más se necesitan tales virtudes físicas. Ambos tratamos de disimular la cosa sobrellevándola con la difícil compensación del espíritu, aunque bien sabíamos que de entrada y a primera vista, las mujeres no se fijan en el espíritu sino más bien en el grosor de la bolsa y las insinuaciones de la bragueta. Ya dije aquí con anterioridad algunos datos sobre este asunto.

Ambos nacimos, fuimos muchachos y después hombres de talla menuda y cabeza pequeña. He puesto aquí escrito que Desiderii tenía la piel muy pálida; yo morena y sin muchos pliegues en la vejez, mientras a él, con los años, la piel del rostro se le puso como pergamino arrugado. Mi cabello fue siempre negro, mientras lo tuve; el suyo escaso y descolorido de rubio. Manos las mías de campesino, pues gusté labrar la tierra con el azadón, cortar leña y gobernar los carros de labranza. Las de Erasmus eran manos femeninas, como sin huesos. Mi nariz, bien lo sé, no es noble por pequeña, ancha y ligeramente achatada. La de Erasmus afilada y mejor tirando a larga, diríamos que una nariz con autoridad. Su cuerpo siempre precavido y bien abrigado, la cabeza tocada por su birrete de terciopelo. Yo de cara al campo, junto a una hoguera olorosa, sin mayores fríos ni quebrantos bajo las estrellas de Sierra Morena.

Un rostro adelgazado y absorto, con la aparente impasibilidad de los hombres dedicados en cuerpo y alma a la creación, siempre envuelto y protegido por la soledad y el silencio. Incansable trabajador del espíritu. Muy leve de huesos y músculos; huesos quebradizos para el tormento y la hoguera,

de estómago delicado al máximo, atormentado por los cuchillos de la gota, atravesado por los espasmos cristalinos del mal de piedra, quejoso de médicos y remedios imposibles, de sangre tan fría que fue siempre un hombre tembloroso, muy necesitado del vino caliente. Mortal enemigo del pescado. El mundo era para él un enemigo obstinado y poderoso, una especie de calleja oscura y pútrida. Pobre Desiderii, lo que le hubiese gustado vivir en la Peña, al menos un año, a salvo de cualquier ruido agresivo, sólo los pájaros y el crepitar del campo, alimentándose de frutas, verduras de nuestra huerta, paseando y escribiendo desde muy de mañana, reposadamente, sentado junto al fuego, diciéndole yo y también el médico de Alájar que por estos campos nunca se supo de la presencia de la peste, para así quitarle un poco de la cabeza el horror que le tenía a la enfermedad. Las montañas y el aire de la Sierra, tan puro y recio, no le han permitido a la epidemia negra poner sus huevos envenenados en este territorio bendecido por Dios.

Una luz lejana se mueve y avanza hacia mí. Por un largo corredor la luz se va aproximando. Parece una antorcha que flota en el vacío, cada vez más cerca, tanto que me deslumbra y su calor me llega al rostro sofocado de la fiebre. De pronto la luz se aquieta y puedo ver el rostro del hombre que sostiene la antorcha.

Alabado sea Dios. Es el mismísimo Francisco de Aldana, erguido y apuesto en su juventud heroica. Me besa las manos.

Me hace una señal como rogándome tranquilidad. No puedo hablar para decirle mi agradecimiento por su presencia. Muchas cosas me gustaría preguntarle de los últimos tiempos de su vida, *armas et litteris*, como Manrique y Gracilaso, él que por sus ojos vio la batalla de San Quintín. Aunque no lo distingo bien por mi niebla en los ojos, siento que Aldana está a mi lado, los dos envueltos en una luz cegadora como la del sol al mediodía. Murmura algo. En Flandes nos conocimos cuando ya tenía en el cuerpo el cansancio de cien batallas libradas bajo las banderas de Don Juan de Austria en los sitios de Haarlem y Leiden, capitán intrépido y soñador, grandísimo poeta de «las caderas de mármol liso y duro/ las partes donde Amor el centro tiene/ y allí con ojos muertos se detiene». Bien conocí los vericuetos de vuestra presencia en Lisboa —le digo— y por boca del mismo Don Sebastián, entonces joven, fogoso y harto inclinado a desafortadas hazañas, cuando me

explicó la locura de África y qué sentía en Castilla su tío de ella. Ensoñaciones de mucho peligro, disfrazado de mercader judío por vuestro color moreno, imponiéndose luego vuestra clara inteligencia en el informe muy adverso escrito por vos, que no pudo disuadir a Don Sebastián de aquella cruzada. Sonríe Aldana y mueve su noble cabeza.

Noto mucho ardor en el rostro. Aldana respira fatigosamente a mi lado. Llegando está al Monasterio de El Escorial con la arrogancia de pronto debilitada, tendría entonces por los cuarenta años. «Soy un hombre desvalido y solo», me confesó. Después del gran tráfago militar y del amargo sabor de las batallas, el capitán me necesitaba porque debía encontrarse consigo mismo. Abandonar la espada para buscar al hombre interior a punto de despertar. Indagar en el fondo de su propio ser. Me dijo que se retiraba del mundo y que venía hasta el Monasterio para despedirse de mí antes de esconderse en el monte Urgull, que sería para su espíritu lo que para el mío la Peña de Alájar. Aventura del alma. Buscar la contemplación pura, el aislamiento en la naturaleza. Igual que el alquimista convierte en oro el metal, el fuego interior te llevará a la verdad. Aldana logró alcanzar una actitud neoplatónica y se transformó en un iluminado. Al separarnos me pidió que fuera en alguna ocasión hasta el monte Urgull para pasar con él una temporada.

Ahora suspira a mi lado. Adivino a qué se debe su pesar, pues no llevaba ni tres meses en su atalaya frente al mar cuando de nuevo fue requerido por el cruel y absurdo dios de la guerra. El Rey Don Sebastián, con mucha terquedad, no cesaba de pedirle a su tío Don Felipe que le enviara al capitán Aldana como consejero militar, y aunque mucho se demoró el Rey, no tuvo más remedio que acceder. Con pena y desaliento partió Aldana para África. Otra vez con la espada en la mano para cumplimentar un destino adverso. Los sueños alucinados de Don Sebastián se derrumbaron con estrépito. A poco de la desigual batalla en las ardientes llanuras de Alcazaquivir, agotados por el sol africano y sobre todo por el poderío de la funesta caballería enemiga, Aldana aconsejó la retirada. El capitán y el Rey se encontraron en lo más recio de la batalla, acosados y sin cabalgaduras. Con la espada tinta de sangre, el capitán se lanzó solo contra un bosque de lanzas y flechas. «Ya no es tiempo sino de morir, aunque sea de pie». Después desapareció entre una oleada de mandobles y gritos. Era el aciago día 4 de agosto de 1578.

Alguien me empuja hacia arriba, subo, sigo subiendo, abro los ojos y de pronto me encuentro en la luz. Parpadeo asombrado. Es la luz. Reconozco a Juan de Dios. Estoy de nuevo en la celda de La Cartuja y esta luz que me envuelve como una bendición es la del verano de Sevilla. Me llegan los olores de la huerta. Levanto un poco la cabeza y veo a Diego Núñez, mi sobrino. Todos me están mirando como a un resucitado. He regresado de un larguísimo viaje. No sé de dónde, seguro que de regiones muy oscuras, de constelaciones amargas y desconocidas. Diego se me acerca solícito y le pregunto en qué día estamos. «Descanse usted, tío», me contesta. Debo tener ya un pie en la tumba. Le repito la pregunta y me dice que es el día 1 de julio de 1598.

El médico me palpa y ahogo un grito de dolor cuando sus dedos me rozan el hígado. Ahí está el mal. Bebo con gusto un tazón de leche fresca. Juan de Dios me besa las manos conmovido. Me dice algo que no entiendo. Que Dios te bendiga, hermano, le contesto. No quiero cerrar los ojos porque de nuevo me puedo hundir en el pozo negro y perder la luz que ahora me inunda. He debido recorrer muchas leguas sumergido en la más absoluta oscuridad. Tengo que enfrentarme a la muerte con los ojos abiertos; ya me los cerrarán manos piadosas cuando llegue el final. Estamos en el primer día de julio. Crepitará el verano en la Peña de grillos y pájaros, el campo y los árboles serán como una pacífica tormenta de colores y sonidos. En el estío no hay lugar más fresco y ameno que mi rincón de Alájar, ni de mejor agua, ni de mejores frutos, ni de noches más estrelladas. Procuro mantener los ojos abiertos y la cabeza firme para no pensar en ensoñaciones que puedan quebrantarme. Mi vida está concluyendo, pero el flujo de mi cabeza es incesante y sin reposo. Aunque la luz se mantiene delante de mis ojos. Veo un río ancho y caudaloso que no es el río de Sevilla. No debo separarme de la luz. Angustiado llamo a mi sobrino Diego, que se acerca de inmediato; algo me dice para tranquilizarme. Voy caminando sobre el agua sin mojarme los pies, como hizo Jesús, pero el río no es un lago evangélico, es un río inmenso con muelles repletos de grúas y aparatos, fondeaderos y hombres que se mueven sin parar. No, la luz, tengo luz, me sobra la luz. Un enorme y denso trajín, voces extranjeras, carga y descarga, barcos y banderas de todo el mundo. Bajo por la empinada escalera de la nave, que lleva bandera española. Soy un modesto clérigo que viste el hábito de Santiago, acompañado por sus criados, que portan cofres cargados

de libros y pliegos de documentos. No disminuye la intensidad de la luz. Entre la multitud del puerto he reconocido a Jerónimo Curiel, el administrador de confianza de Don Felipe. No pensaba yo cuando estaba sano que la antesala de la muerte pudiese consistir en una arbitraria repetición de hechos ya vividos. Curiel se abre paso entre el gentío y me saluda con reverencia. Según la tradición, Tales, el primer físico griego, investigador de las cosas como un todo, predijo el eclipse que tuvo lugar en 585 a.C. La luz se estremece y pierde intensidad. No puedo caer de nuevo en el pozo. Grito con los ojos muy abiertos. El doctor me pone un paño frío en la frente. Jerónimo Curiel nos precede entre cargadores, talleres, silos y tabernas. Desde el final de las instalaciones portuarias acabo de ver en la lejanía la aguja de la catedral envuelta en la bruma. El corazón me golpea en el pecho. Es Amberes.

Las manos del médico me sujetan la cabeza afiebrada y temblona. A Dios gracia la luz permanece intacta en su lugar. Pero no me dirijo a Amberes, no es el camino. Viajo en un carruaje de la casa de Alba acompañado por Jerónimo Curiel. No sé hacia dónde vamos. Las amables palabras de Curiel tranquilizaron mi ánimo un tanto sobrecogido. Vivíamos sobre un polvorín. Ese mismo año, no recuerdo bien si 1568 o 1569, el Duque de Alba sofocó de manera brutal la rebelión de Guillermo de Orange, ejecutando a más de mil personas. El Duque me recibió con deferencia y mucho me llamó la atención que aquel caballero, que le gustaba tratar conmigo de materias excelentísimas, entre ellas la poesía, fuese visto y acusado entre los flamencos de muchas crueldades, persecuciones y tormentos. Poco tiempo me duró la buena impresión, pues cuando lo creía metido de lleno en una cruzada de la fe, resultó que todo había sido fanatismo atroz en contra de criaturas no católicas. Y más adelante, estando yo todavía en Flandes, ocurrieron terribles circunstancias de las que cumplidamente informé al Rey N.S., cuando los condes de Egmont y Hern fueron decapitados en la plaza de Sablon de Bruselas y convertidos en mártires por una multitud que se mojaba las manos en la sangre de aquellos hombres.

La luz se estremece y adelgaza. El pánico me hace gritar. No quiero volver a la oscuridad. Los dedos del médico me recorren y me palpan el brazo, despacio y con mucho tiento. Siento una breve lancetada; al rato disminuye el dolor de cabeza y la tirantez en la frente, encima del entrecejo. Los párpados

me pesan como el plomo. Con mucho miedo cierro los ojos y la luz no se esfuma. Con los ojos cerrados veo claro y luminoso; la voz familiar de mi sobrino me llega muy distante y no entiendo lo que me habla. Mi Señor Don Felipe, refulgente en su coraza, me ciega de resplandores y con el rostro bendecido de benevolencia, me dice «para vuestro entretenimiento os habemos mandado señalar trescientos escudos del Sol al año y juntamente con esto se os han de contar, librar y pagar los ochenta mil maravedís que ahora tenéis de nuestro capellán». Beso su mano helada y desaparece como una puesta de sol. Dice Terencio «*altate rectius sapimus*», pero digo que si la muerte es la máxima sabiduría que tenemos los hombres, no parece ley justa que debamos morir con la vida presente delante de los ojos. Voy hacia la muerte despidiéndome de la vida. La luz me ilumina. Me sostienen los brazos, estoy inmovilizado pero siento un gran sosiego en todo el cuerpo. Nadie pensará que pretendo escapar de la celda, infeliz de mí, con menos fuerza que un gorrión mojado. En la Peña aprendí el lenguaje de los pájaros. En pura humildad convertí mi prosa cuando, todavía horrorizado, le escribí por segunda vez al Rey N. S. un largo informe para decirle la muy mala situación en Flandes y de la rebelión en estos territorios. Nada tenía que ver esta segunda carta mía con la anteriormente enviada, que rebosaba acuerdo con la política del Duque de Alba y donde hablaba yo de la mucha gloria ganada en la batalla de Flemmigen, cuando los soldados españoles fundieron los cañones del enemigo para levantarle una estatua al Duque de Alba en Amberes, estudiando yo el diseño de los simbolismos que debía tener. Pero muy pronto, no siendo ciego ni sordo, ni de vivir aislado, dime cuenta que los flamencos no podían ser súbditos de España mediante la política de la mano de hierro, y mucho mejor por la lengua y su palabra, pues sin palabras de entendimiento común nos veríamos amenazados por la grave sospecha de la mutua desconfianza, como los sordos, que siempre recelan y sospechan mal de las palabras que se hablan delante de ellos y que no entienden. Mucho mejor crear cátedras de lengua española que el ahorcar comerciantes en las puertas de las tiendas, delante de sus mujeres e hijos.

Estoy reposado y sin opresión en el pecho. No encuentro mis anteojos de leer y escribir. Me veo de pronto en una ciudad sin tulipanes que no es Amberes ni Bruselas. Las campanas repican al vuelo. No son las campanas de

La Cartuja, que llevan mudas muchos días. Se oyen repetidas salvas de morteretes. No sé lo que ando buscando en esta ciudad, ni tampoco reconozco el tiempo por donde discurro bajo una luz que podría ser de primavera avanzada. Alabarderos enlutados escoltan al Papa Clemente VII, lo he reconocido al instante. Las tropas de Carlos V, Emperador Invictísimo de Europa, han saqueado Roma, la Ciudad Eterna, el saco de Roma. Alguien me toca en el hombro con premura y me encuentro cara a cara con Alfonso de Valdés o quizás sea su hermano Juan, tan iguales los dos. Con ceño grave, me dice «buen Montano ilustre, que muchas apariencias nefastas debéis de vencer para seguir creyendo que toda la ruina de Roma es para manifestar la justicia de nuestro Emperador Carlos V y cómo el Emperador ninguna culpa en ello tiene y lo hizo por la iniquidad de aquellos que lo desafiaron; de manera que aún reparando en los soldados y cómo llevaban por las calles a las pobres monjas sacadas de los monasterios y otras doncellas, sacadas de casa de sus padres, hubiérades la mayor compasión del mundo, pero que no manchan ni salpican la honra y reputación del Emperador».

Alfonso de Valdés se esfuma. Muy claro de cabeza era Alfonso, pero se equivoca y disimula en su descripción de las cosas acaecidas en Roma, que fueron de mucha sangre e injusticia. Quizás esta ciudad por donde deambulo sea Valladolid. Camino por un sendero entre álamos y olivos. Luis de León me llama agitando las manos. «Íñigo de Loyola —me dice— acaba de ser procesado por el Santo Oficio; se le acusa de alumbrado». Larga, interminable y grave locura la de España nuestra, cerril e intolerante, donde los mejores espíritus son perseguidos por pensar, humillados y encarcelados sin el menor recato. O eres persona dócil bien reconocible de una pieza o te cuelgan el sambenito de por vida. Mucho de esto le ocurrió a mi humilde persona. Algunos me han tenido por santo e incluso por asceta, que nunca fui, pues he gustado vivir con comodidades y bañarme con frecuencia. Otros me han acusado de iluminismo y de hereje; muchos, cercanos al Rey N.S. me denunciaron por servilismo y falsos halagos para acrecentar la vanidad de Don Felipe, sacando así prebendas y mucha fortuna personal. Bien sabe Dios que jamás pretendí tales cosas, como tampoco he sido cultivador de las ciencias ocultas. Esas y otras mentiras me envolvieron poco a poco como una espesa nube y estoy a punto de morir en la consideración de ser una criatura

enigmática, como por ejemplo me dice la mirada del lego Juan de Dios. Mucha es la ignorancia con la que nos tropezamos cada día y muchos los hombres principales y dirigentes de nuestro país que recorrieron dominadores el mundo sin bajarse del caballo y sin enterarse de nada. A falta de otras cosas mejores que decir de mí, quizás me recordarán por mi facilidad para la sonrisa y por una notoria tolerancia que algunos confundieron con las debilidades de la bondad.

A Dios suplico con toda fe que acorte esta interminable agonía, apague de una vez el pensamiento de mi cabeza y me lleve a la muerte. Es verdad que, además de algunos enigmas que ni en esta hora final debo desvelar, me voy al otro mundo con un saco lleno de secretos. No me quiero referir ahora a que he sido confesor de Felipe II, menester muy suficiente para sepultar en la enajenación a la cabeza más recia y ejemplar; tampoco quiero referirme al iluminismo, que al fin y al cabo no fue un secreto, sino más bien una manera interiorizada y profunda de vivir el cristianismo. Muchas veces he tenido arrodillado delante al Rey más poderoso de la cristiandad y de su boca he oído en ocasiones el crujido de la Historia. Mal que bien de todo pude salir, por eso digo y afirmo que el único secreto de mi existencia está presente en que todo cuanto he escrito es un punto único, el mismo que impulsó toda mi vida, la búsqueda del centro, el prima y principio de la luz interior, que es la Biblia. *Omnia sunt, quae scripsimus*. Así fue y al lado de esta verdad, nada es comparable, ni siquiera el Rey N.S. con toda su gloria.

Me levantan la cabeza y me acercan a la boca un tazón, un líquido caliente y recio de espesura que voy bebiendo y que me sabe a la sustancia que me daba mi madre cuando de niño estaba enfermo. Faltando estoy me parece a las reglas del comer vegetariano, pero Dios perdonará la debilidad de un anciano enfermo. Antes estaba ciego por las tinieblas y ahora no veo a causa de la mucha luz y no oigo bien lo que dicen las voces que suenan a mi alrededor. Mis compañeros de Alcalá me llamaban «el Jerónimo español». Mi hermano Pedro de Valencia se me pone delante. Trae al brazo un águila real.

La más fuerte y robusta de las aves, nos dice Job y, como reina de todas ellas, es el águila clasificada en el *Deuteronomio*. Dentro de su género, la más veloz, según está escrito. ¿Acaso por tu mandato se remonta el águila y coloca su nido en las alturas? Pedro de Valencia parece entender mi pensamiento,

levanta la cabeza y el brazo, lo sacude ligeramente y el águila inicia el vuelo majestuosamente, se eleva, roza el campanario de la ermita y se aleja en el azul del cielo, hacia la Sierra. Antes incluso de llegar a estos parajes de la Peña, yo admiraba al águila. Leyendo *Naturalis Historiae*, de Plinio el Viejo, me enteré que el águila es, por una parte, símbolo de gran tristeza y por otra de prosperidad y renovación.

Mis días se han deslizado como una nave por el mar. Pedro de Valencia, inclinado sobre su mesa de trabajo, finge no escucharme. Está pasando a limpio las notas que escribía ayer. Tiene la edad de treinta años y por ser esbelto y agraciado de rostro, aunque poco aficionado al baño, pensando podría estar, como otras veces, que se podría ocupar en cosa de mayor enjundia, creyendo que copiar lo puede hacer cualquiera. Hasta llegar a la conquista plena de la voz propia, si es que alguna vez se consigue tal cosa, hacen falta muchas horas de estudio, de ver con muy diversos textos y ejemplos cómo se construye la escritura por dentro con sus oraciones y espacios de silencio. Me conforta oír el roce de su pluma sobre el papel con la agilidad de la juventud. Atestada tiene la mesa de libros, los tomos del Talmud de Babilonia y los de Maimónides; también José de Sigüenza y Lucas de Alejos. Los tres conocen los secretos del *beatus ille* y a través de mi disciplina sabrán encontrar el apartamento que permite el estudio del Secreto, que tanto nos puede salvar de los peligros del mundo y de nuestros enemigos. Muchos, sin yo querer, he tenido en la vida, algunos bien conocidos, otros oscuros, casi todos mediocres. Se equivocaba mucho el que dijo que la grandeza de un hombre se mide por la talla de sus enemigos. No es así. El hombre es más grande cuando mayor bondad sea capaz de sacar del alma de los otros. Si a la ortiga le quitamos los pelos que segregan el venenoso líquido urente y la ponemos en un lugar fresco dentro de un vaso con agua, a las pocas horas se transformará en una pequeña rosa amarilla y roja que, al secarse, dejará sobre el fondo del vaso un finísimo poso de plata. Muchas veces, siguiendo las lecciones de Simón de Tovar, hice este experimento, recreativo en su apariencia, en el laboratorio de la Peña, hasta que tuve que clausurar el gabinete, temeroso como siempre estaba de la vigilancia del Santo Oficio y de sus constantes avisos y amenazas.

Precisamente la sustancia venenosa del kiensonien, bien macerada en el

mortero, fue lo que me permitió, justo el día que cumplí 58 años, transformar en azules un puñado de blanquísimos jazmines, no siendo los jazmines, como al principio se malició el simple Roano, de una planta holandesa, sino de un frondoso jazminero que siempre estuvo plantado detrás de la ermita. Cuando Roano vio y contempló largo rato lo que el ignorante creyó un milagro, no siendo más que evolución de la naturaleza botánica tratada y modificada por la alquimia, el muy insensato corrió hacia la pirámide dedicada a Gabriel de Zayas, donde estaban colgadas las tres esquilas y empezó a tocarlas como loco, sabiendo que estaban convenidos los toques y que entendían los de Alájar lo que se tocaba para subir según los toques anunciando de alarma de fuego y otras peticiones de socorro. En efecto, así lo hicieron hombres, mujeres y hasta niños, diciendo Roano el asunto de forma retorcida y ajena a la ciencia, llevando a mucha gente hasta el gabinete para ver el prodigio, que me afianzó para siempre como mago alquimista, con el tremendo disparate de fiel seguidor de una escuela o secta denominada «la Cruz de Palenque». Muy malamente me vino el título de tal desatino y a punto estuve de volver a Sevilla preso y escoltado. Como tantas otras veces me llegó Roano contrito y lloroso y por no excederme con él y su ignorancia, le olvidé el trance, pues en el fondo no era más que un pueblerino aliviado por la sotana, que se había embrutecido, como ya he dicho, comiendo jamón sin medida, morcillas y chorizos por él aliñados.

Otra vez se estremece la luz. No me quedan fuerzas para pedir auxilio. Un caballero alto me está mirando sin pestañear. Lleva en la diestra una preciosa esfera terrestre. Nada me dice. Juraría que es el mismo Cristóbal Colón y así se lo digo con un hilo de voz, cayendo en la cuenta de que el Almirante estuvo enterrado algunos años en este Monasterio y su espíritu se pudo quedar vagando en esta atmósfera. Lleva en el pecho su propio blasón, con las armas de Castilla y León en sus cuarteles y las anclas, que simbolizan su título de Almirante. El caballero me hace una leve señal de asentimiento. Con voz honda y pesarosa me dice que dejó por muerte este mundo sin haber conseguido su gran empresa que, como bien sabía yo por ser docto, había sido ir a conquistar la Casa Santa, destinando para ello todas las ganancias de sus viajes, y que todo se gastase en la conquista de Jerusalén, pero los Reyes nada se creyeron, diciendo él que a la vuelta de siete años podía costear cinco mil

hombres de caballo y cincuenta mil de pie para esa guerra y conquista, pues si pensó y se movió para ir a descubrir las Indias, fue con la intención de suplicar después a los Reyes esa determinación, pues Jerusalén y el monte Sión debían ser a toda costa reedificados por manos de cristianos y así hubiese cumplido el sueño en el que vuesa merced en mucho participó, ilustre Montano, que fue la edificación del Templo de Salomón, según dejó escrito Joaquín de Fiore en un pergamino que tuvo Juan de Herrera y que aplicó a la fábrica de El Escorial, ya que los peregrinos cristianos que en edad tan remota fueron a Jerusalén, por ignorantes que eran confundieron la mezquita de Omar con el Templo de Salomón.

Abro los ojos sobresaltado por el extraño parlamento. Al tratar de moverme, una punzada me sacude el brazo vendado. Cristóbal Colón se derrite en la luz, su figura se difumina y desaparece. Me estalla la cabeza. Dios Nuestro Señor en mi larga agonía me está afligiendo mucho con la visión de tantos seres y cosas, que parece que estoy asistiendo a un juicio universal. Como bibliotecario mayor que he sido de El Escorial, nunca aprendí en ningún tratado, ni en los apócrifos, ni en la biblioteca vaticana, que Colón, varón entero e iluminado, hubiese empeñado lo mejor de su pensamiento en semejante empresa. Pienso que nuestras secretas cuitas en la edificación de El Escorial, en mucho se parecen a las suyas, cuando le propuso a Don Fernando el Católico conquistar la Ciudad Santa y restaurar el Templo para el culto cristiano. Acaso sea esto una gran locura de visionario producida por la mucha fiebre que padezco. Y lo peor es que esta pesadilla llena de sentido me está mortificando a plena luz, esta luz blanca que me impide el reposo. He olvidado consignar en mi testamento que en el humilde mármol de mi sepultura y debajo de mi nombre, aparezca escrito lo siguiente: «Toda su vida fue un trabajoso camino».

La luz se esfuma, parpadeo y de pronto vuelvo a la claridad natural que me permite reconocer las paredes encaladas de la celda, mis propias manos afiladas y pálidas y al lego Juan de Dios que, sentado a los pies del camastro, reza ensimismado de recogimiento. Digo su nombre en un susurro de lo débil que me encuentro y el lego se sobresalta y acude, poniéndome la mano en la frente. El cuidar de mí le puede costar a este inocente una enfermedad. Haciendo un esfuerzo de ánimo, me mira con ojos espantados y sin

preguntarme me dice «padre y maestro, estamos a día uno de julio, es por la tarde. Mucho hemos rezado por vuestra salud toda la comunidad. Gracias a Dios que habéis despertado. Os visitará el doctor al sol puesto con su sobrino de usted». Después me ofreció una jarra de agua fresca que apuré con ansiedad. El cuerpo exhausto pero sosegado el espíritu, debido a lo natural de la luz de una tarde de verano con sus olores a campo y la proximidad del río que, por esta parte de su cauce y antes de llegar al torbellino del puerto, discurre entre naranjos, sauces y cañaverales.

Le he rogado al lego que vuelva a sus rezos. Mi debilidad es extremada. Nunca podré levantarme. He vivido lo justo o quizás un poco menos. Algunos años más me habrían venido bien para dejar rematadas algunas cosas, muy principalmente la biografía de Erasmo de Rotterdam, que no puedo apartar de mi cabeza. Pero sea la voluntad de Dios, que siempre dispone lo justo. Recuerdo que en esta especial y rara ciudad de Sevilla estaba bien asentado como prior del convento de Santiago de la Espada, cuando la vida que tantos recovecos nos ofrece, me deparó por la espalda uno de los peores trances que nunca tuve, pues siendo el 23 de abril de 1592, me dijeron personas de mucho crédito que la Inquisición había puesto preso a mi hermano fray José de Sigüenza, conecedor del Secreto y en especial del *mysterium regni Dei* y al que dejé puesto en mi sucesión de bibliotecario de El Escorial y con el que había pasado inolvidables temporadas en la Peña, sobre todo cuando nos visitó Isabel de Tovar, que tanta alegría sembró entre nosotros. De inmediato le escribí a Zayas pidiéndole la caridad de ver al Rey, aunque no eran momentos propicios para Don Felipe. Muy pronto me contestó Zayas, que con su habitual inteligencia, me rogaba la mayor prudencia en el asunto por el mucho peligro que para mí guardaba, diciéndome que el 6 de junio se llevaron preso a fray José a Toledo, después de secuestrar todos sus libros y papeles, estando ahora detenido en el monasterio de Las Sisle.

Con el infame proceso a fray José me herían en el corazón. Abandonado me creía de la mano de Dios y desesperado como estaba, maldije mil veces a los inquisidores, acérrimos enemigos del pensamiento, capaces de humillar y secuestrar a uno de los hombres de mayor valía de España, el autor del más incomparable estilo de escribir de nuestra lengua, el más perfecto después de Alfonso de Valdés, comparable con Miguel de Cervantes y en ocasiones

superior a él. Empezaron con fray José diciendo con vileza que era hijo natural de un clérigo, hecho en sí verdadero pero ajeno a la Teología, siendo él inocente del desliz de su padre. Profundizaron después los del Santo Oficio sobre la formación y las lecturas de fray José y al punto comprendí que más que a fray José, la Inquisición me estaba juzgando a mí, y por mi culpa el buenísimo Sigüenza, gloria de su padre San Jerónimo, estaba encarcelado. Pocas veces he pasado mayores indecisiones y angustias. Con la ayuda de Pedro de Valencia establecimos la investigación de las causas del proceso, sacando algunas conclusiones. La primera muy elemental: que fray José, pese a su genio pronto para la polémica, era y fue entonces cándido como una paloma, olvidando el consejo evangélico de ser astuto como la serpiente. Bien saben y conocen al dedillo los espías inquisidores que su mayor ayuda es la de explotar el disimulo de la envidia que los hombres se tienen, sobre todos los que conviven en comunidad. Fueron sus propios hermanos jerónimos los que traicionaron a fray José por su cercanía e influencia con el Rey. Todo empezó cuando llegué a El Escorial por última vez para enseñar hebreo a un grupo de jóvenes capaces y dotados. En mi total confianza, fray José fue el responsable de formar el grupo y los que quedaron fuera montaron una complicidad de envidia y odio contra él.

Aquellas clases en El Escorial resultaron desde el principio tensas e incluso desabridas, pues algunos dijeron al Rector que mis explicaciones no se fijaban preferentemente en la gramática hebrea, sino que iban por caminos herméticos contra la doctrina escolástica, estableciéndose discusiones a las que yo contestaba con inusitado brío de autoridad y soberbia por mis muchos conocimientos, humillando a los asistentes. Para gran disgusto de fray José fueron suspendidas las clases por orden del Rector, sublevándose mucho Sigüenza, que en el púlpito y utilizando su estudiada oratoria, dijo cosas admirables pero muy imprudentes, que sirvieron de base para la denuncia del Santo Oficio, afirmando fray José que la lectura de la Biblia se ofrece como texto suficiente en sí mismo, sin necesidad de interpretaciones interesadas. De nada sirven los libros santos y menos los manuales devotos. Y sobre todo cuando afirmó y aquí se perdió del todo, «que me dejen la Biblia y a Benito Arias Montano; no se me da nada que me quiten los demás libros».

De inmediato apuntaron tales palabras para ellos repletas de Erasmo y

sabor luterano y, ya en mi ausencia del Monasterio, emprendieron la preparación del proceso que tanto nos hizo sufrir. Con mucha prudencia, aconsejado por el leal Zayas, hice todo cuanto pude y Dios escuchó mis oraciones, pues fray José fue tratado con benignidad, sabiendo los inquisidores que el Rey no estaba ajeno al asunto. Después de seis meses recluido, fue puesto en libertad, siendo el 22 de octubre de 1592. Pero en la prisión se dejó fray José lo mejor de sí mismo y ese fue el mal irreparable que le afligió el Santo Oficio, pues igual que a Luis de León, el buen jerónimo enmudeció de su ímpetu y lloroso me confesó que había perdido las ganas de vivir y de pensar. Aunque algo se recuperó con el tiempo y volvió a escribir, ya nunca fue el mismo. Lo que la Inquisición destruye no es sólo la libertad externa de la persona, que es mucho, sino lo que es más importante e infinitamente peor, la conciencia y la mente de los hombres que piensan.

Cuando estaba escribiendo mi última obra, que ya no podré concluir y cuyos pliegos puse en manos del meritísimo Pedro de Valencia, quise despedirme desde sus páginas de mis queridos amigos, que tanto bien y consuelo dieron a mi vida. A fray José le dediqué el Salmo II, «a quienes sufren peligros y trabajos de la justicia por la verdadera caridad». Hombre docto, piadoso e inocente para las intrigas de la vida. A Dios rogué para que, después de tan duras pruebas no te hundas, hermano, ni en la tristeza ni en el resentimiento, pues la auténtica virtud consiste en soportar la carga de los otros y así fue desde el principio del género humano, como nos muestra el drama de Caín y Abel.

Juan de Dios me habla al oído pero no consigo entender sus palabras. Es la luz natural la que tengo delante de los ojos y sin embargo todo lo veo borroso y muy distante. No he visto llegar a mi sobrino ni al médico. Tampoco entiendo cómo en pleno día me ponen delante una vela encendida que alguien mueve despacio de derecha a izquierda y al revés. No puedo moverme. Muerto no estoy y parece que se han dado cuenta, pues retiran la vela. Mi sobrino me habla. Le digo que llame a mi abuelo Rabí Baruj Abarbanel, pues quiero volver con él a la rústica cabaña que entre los dos levantamos en el corral de la casa de Fregenal. La voz no me sale del cuerpo y eso es señal de que el espíritu quiere abandonar el esqueleto físico y salir volando, porque al morir uno sale suavemente despedido hacia lo alto, viendo incluso antes de

desaparecer su propio cuerpo inerte y las personas que lo rodean.

Sigo inmóvil. Necesitaría ver al hermano Pedro de Valencia para componerle algunos consejos, aunque él ya está bien impuesto de todo. Mi herencia pasa a sus manos y mejor que yo él sabe entender los oráculos divinos a través de la piedad. Joven todavía, desveló el difícil *mysterium regni Dei*, que en sus inicios hacen del hombre una débil caña azotada por el viento. Salí de la Peña avanzado el otoño de 1597, sabiendo bien que nunca volvería. De todos me despedí sin aparentar trato de separación definitiva. Embalamos el bronce de Antinoo con sumo cuidado para su traslado a Sevilla, junto con la cabeza de Sócrates. Visité Aracena y hasta Galaroza fui acompañando a un amigo, fallecido en accidente.

Con tantos afanes como he tenido bullendo en la mente, siendo siempre el primero las Sagradas Escrituras, me parece justo morirme con la cabeza ablandada pero libre de los disparates de la locura, siendo verdad que aunque me encuentro bien cuidado en esta celda, puedo caminar todavía por la Peña, El Escorial, Roma, Lisboa o Sevilla, pero sobre todo por Amberes, los tejados de pizarra, mi capa de recio paño flamenco, los ojos de Anne que cambiaban del azul al verde, su perfume de limón. Siempre he buscado la soledad pero sin despreciar la compañía de los demás, y si bien me encontraba en el silencio de mi rincón de Alájar, del mismo modo me he deleitado por las calles de Rotterdam. Una pena grande tuve en años de mucho sufrimiento interior y quebrantos de la política, pues recelé con amargura de los españoles, siendo yo entonces más apreciado por los extranjeros. No pude sentar plaza de cargo en Venecia, cosa que me obligaba al retorno a España, donde me sabía con muchos enemigos. Años oscuros me cayeron encima, como un gran exilio.

Pocos conocen las penas y la soledad de aquel tiempo, cuando me ordenaron abandonar Flandes y regresar a la mezquina vida española, siendo por septiembre de 1575. Partí de Amberes sabiendo de primera mano por Zayas que Luis de León había caído en las redes del Santo Oficio y también los doctores Grajal y Martínez, grandes hebraístas de Salamanca. Todo se derrumbaba. Perdida la situación en Flandes, en España la conspiración de los enemigos estaba en marcha. Fatalista y de negro humor, el Rey tenía muchos asuntos como concederme contestación a través del paciente Zayas. Fue

entonces cuando padecí una rara enfermedad del espíritu, que empezó con un golpe en la nuca y un estremecimiento que me oprimía desde la garganta al estómago, causándome vértigos y una indecible angustia, sudor frío y falta de sueño, amén de una inesperada torpeza para leer, escribir y pensar en los asuntos de mi incumbencia de siempre, permaneciendo en mi habitación sin querer ver a nadie, mortificado por un constante mareo en la cabeza. Meses terribles pasé así, adelgazado y ojeroso por noches en blanco y con los rebrincos de la muerte en el pensamiento. Fue el propio Requeséns el que retrasó unos meses mi temido regreso. Pero en la primavera de 1575 emprendí el regreso en muy malas condiciones. De repente, en un raptó de enajenación, me desvié de la ruta prevista y me encaminé a Roma. Por primera y única vez en mi vida había desobedecido una orden del Rey N.S.

En Roma le escribí a Zayas una carta confusa diciéndole con falsas excusas que no había encontrado embarcación en Milán y que me había venido a Roma para ganar el jubileo y presentarle al Papa algunos escritos propios que habían salido a la luz. Demasiado hizo Zayas en contestarme, reiterándome el regreso a España, diciéndome como de pasada las intrigas y murmuraciones de León de Castro contra la Políglota. Lleno de miedo y preocupaciones, sin licencia del Rey, decidí quedarme en Roma y más de un año permanecí allí, viviendo como un alma en pena. Muchas veces creía morir de enajenación de la cabeza y si no lo hice fue debido a la mucha ayuda de un compañero de la Familia, Abrahán Ortelio, que me atendió como a un padre. En Roma las penas y los agravios me cayeron como la lluvia sobre la cabeza. El Vaticano se pronunció entonces en contra de la *Biblia Regia*.

V

Una nueva aventura carnal con mujer, esta vez más consistente y comprometida, hubiese enredado considerablemente el siguiente capítulo de la biografía de Erasmo. Por honestidad el biógrafo no podía ni debía pasar la mano sobre los hechos, de por sí muy importantes para el retrato humano del personaje.

Otoño de 1505. Erasmo llega a Italia con malos humores en el cuerpo, de suyo siempre debilitado. Padece dolores reumáticos intensos. Viaja a Italia por una serie de conveniencias. Había aceptado el encargo de preceptor de dos hijos de Giovanni Boerio, notable médico al servicio de Enrique VII de Inglaterra. Pero el verdadero motivo era adquirir un título doctoral en Teología por la Universidad de Turín.

Padeció Desiderii en Turín un grave encogimiento del ánimo, un trastorno interior que algunos médicos han reconocido y que describen como «melancolía negra», con la sensación de dolor y pesadez en la nuca, mareos, insomnio continuado y estrechamiento en el pecho, con dificultades para respirar. Bien que conozco los síntomas. Cuesta mucho vivir y sobre todo pensar y escribir; la mano se vuelve de plomo y las ideas banales. Todo el existir es negro; los hijos del doctor Boerio, en verdad despiertos y gentiles, le parecían al maestro dos parlanchines. Malos tiempos debido a que las crisis nerviosas que algunos padecemos, se pegan como lapas a las paredes del cerebro y estropean el gusto por la vida. Debemos entonces buscar recreaciones y pasatiempos, dejar la escritura, comer dieta ligera y nunca carne, realizar largas caminatas por el campo hasta caer rendido de cansancio en el lecho, a la espera del sueño, que es la única liberación. Esta crisis atacó a Desiderii en Turín y le duró el trance más de un año.

A lo largo de su vida, muchas veces padeció Erasmo esta enfermedad de la mente, que algunos llevamos agazapada como un tigre o mejor como un toro

negro, que nos embiste sin avisar. En mi irrealizable biografía que tanta desazón me está causando cuando ya nada puedo hacer, salvo escribir a vuelapluma estos modestos apuntes, pensaba yo establecer una influencia positiva entre los intermitentes bajones de Desiderii y su *Elogio de la locura*. Vaya por delante por bien sabido que Erasmus fue siempre todo lo contrario a un loco, pero cuando se le deprimía el pecho y el ritmo de la respiración y todo empeño resultaba baldío y una tristeza mortal se apoderaba de su mente, Desiderii tocaba con sus dedos sensitivos los primeros compases de la locura. Ninguna base documental tengo para decir tal cosa; más bien se trata de una intuición rara por mi parte, pues me consta que el *Elogio* fue escrito por ocio, en casa de su amigo Tomás Moro, en Londres, durante la primavera de 1509. Erasmus lo escribió en el increíble tiempo de una semana, en un grato ambiente de amigos y buen humor, con influencias de Luciano y de S. Brant, el autor alemán de la *Nave de los locos*.

El primer encuentro con Beatriz Manuzio, sobrina del doctor Boerio, tuvo lugar en Venecia, durante la primavera de 1505 y posiblemente cuando Desiderii arrastraba con disimulo una de sus peores crisis de ánimo. Aldo Manuzio, el más importante artífice y editor de libros de la época, había invitado a sus sobrinos y al preceptor a pasar una temporada en su casa de Venecia. Con la burlona complicidad de los muchachos, Beatriz Manuzio rodeó a Erasmus de sutiles trampas femeninas. Encantado y disfrutando en el círculo de humanistas que rodeaban al impresor, Erasmus no le prestó atención a la hermosa Beatriz.

Y es que cuando un hombre tiene ocupado lo mejor de su ser en una tarea absorbente referida al intelecto y al espíritu, difícilmente repara en cosas del cuerpo, aunque fuese como en este caso el de Beatriz Manuzio, cantado por los poetas e inmortalizado por los mejores pintores de su tiempo; un cuerpo como una joya, esculpido en mármol sonrosado y palpitante. No tuvo Desiderii más remedio que ceder a tales encantos y durante unos días, en el secreto nocturno del caserón veneciano, la pareja vivió un ardiente romance, que por cierto acabó de manera algo cómica y muy al estilo del maestro. Después de una jornada de fornicación delirante, agotados los cuerpos, pero más el de Erasmus, los amantes se sentaron a la mesa a reponer fuerzas. Entre los manjares servidos, celebró Erasmus el gusto exquisito del marisco veneciano,

que gozaba de mucha fama. Tumbada en el sofá y todavía con ojos soñadores, Beatriz le explicó al maestro que tan rico sabor provenía de la costumbre de criar el marisco en las cloacas de Venecia. Erasmus tuvo un vómito copioso y parece que las relaciones se enfriaron notablemente.

Si unimos esta fatigosa aventura con la imagen de Bolonia, cuando Desiderii presenció la entrada triunfal de Julio II en la ciudad al frente de sus tropas, podríamos decir que la permanencia del maestro en Italia no fue del todo placentera. A su amigo Tomás Moro le confiesa la intimidad de que en ciertos trances amorosos con Beatriz, temió seriamente por su vida, pensando incluso que podía ser devorado por la insaciable muchacha.

Por otra parte, durante estos años italianos, el maestro no parece entusiasmado con los estudios teológicos; sus lecturas, como casi siempre, parecían encaminadas a los clásicos antiguos. Y en este discurrir sin mayor orden por la vida de Erasmus, llegamos a un profundo agujero negro, al que sólo puedo aludir de pasada.

Coincidiendo con el trato y gran amistad con Alexander Stuart, arzobispo de St. Andrews, joven prelado que era en realidad hijo ilegítimo del rey Jacobo IV de Escocia, Erasmus, en la plenitud de la madurez, se convierte en un feroz misógino. Hecho sorprendente en un hombre bien dotado para el juego carnal, que había conocido y gustado a fondo al menos de una docena larga de mujeres a lo largo de su vida.

Se entiende que después de haber padecido el desordenado y enfermizo ardor de Beatriz Manuzio en Venecia, Desiderii cambiase algo con respecto a las mujeres, tal vez asustado o desalentado por aquel trance. No parece tal cosa. Su extensa correspondencia con el refinado arzobispo de St. Andrews, que comenzó a modo de lecciones sobre Derecho Canónico, derivaron pronto en teorías sobre los efebos, su moral y el concepto de amor en Platón. Después surgió un feroz ataque a la mujer como criatura no sólo inferior, sino también diabólica. Muchos quebraderos de cabeza me hubiese causado este capítulo, en el caso improbable de haberlo tratado a fondo en la biografía.

Desiderii había descrito el cuerpo de la mujer como un templo levantado en honor a la belleza. Sin mediar mayor espacio, rectifica en sus cartas a Stuart y afirma rotundo que la mujer no es más que un inmundo orificio con ropaje de tela de araña negra, algo parecido a la boca del lobo, verdadera

antesala del infierno. Un volcán que escupe lava roja y quemante, una baba espesa que emporca las sábanas. Parece un ataque de enajenación. Compara después los cuerpos desnudos del hombre y la mujer, diciendo cuán sincero, simple y limpio resulta el del hombre, con todos sus atributos a la vista, siempre dispuesto para el trance amoroso, mientras la mujer aguarda con astucia, pues su principal tesoro permanece escondido en la oscuridad de una cueva donde el hombre penetrará por fin en desigual batalla.

Este cambio profundo continúa siendo inexplicable para muchos estudiosos de Erasmo y también para mí. Rechazo la muy indigna interpretación de algunos frailes franceses y españoles, cuyos nombres y jerarquías no son dignos de figurar aquí, que dijeron sin pruebas y divulgaron a los cuatro vientos la calumnia de que el hermano Erasmo se había prendado viciosamente y contra natura del apuesto Alexander Stuart, que gozaba de merecida fama de lascivo y doble degustador de mujeres y hombres. Maldigo esos insultos a la verdad, que tanto daño hicieron a la memoria del gran Erasmo, que sólo pecó, si eso es pecado, seducido por el amor a las tentaciones naturales de la mujer. Que después se revolviese contra ellas con tanto furor, sigue siendo para mí un enigma, una de las muchas cosas que sigo ignorando de su rica existencia. Atacar, fulminar a lo que nos hizo pecar es una reacción propia de nuestra humana condición.

En la misoginia de Erasmo no se debe descartar la lectura del *Tercer abecedario espiritual*, de Francisco de Osuna, que leyó precisamente en Italia. Muy identificado con la idea por la cual el alma busca a Dios en su propio seno, Erasmo inicia una limpieza de fondo, una poda externa, que significaba a su vez un intento de desprendimiento total de las cosas del mundo. Los que deseen llegar a la alta y pura contemplación de Dios, deben abandonar a las criaturas de la Humanidad para subir así más alto y recibir sin obstáculos la amistad de Dios. Purificación total de pasiones y deseos. Con varias sombras de mujeres muy dentro, el hermano Erasmo decide destruir el objeto amado, que tanto le pesaba en su subida hacia la espiritualidad. Por esta vía de razón y no por la degradante acusación de pecado nefando que se le hizo, se debe abordar el problema de Erasmo misógino.

El viento helado del Escalda me tonificaba el rostro y le agradecí a Dios el buen conformar de mi naturaleza, siempre dispuesta a la pronta adaptación en

los muchos lugares extranjeros donde he tenido que estar a lo largo de mi vida. Mucha niebla y frío. Acomodado por Curiel, ordenados libros y papeles en mi nuevo aposento, apalabrada con los impresores la primera reunión para la mañana siguiente, me dispuse a cumplimentar con uno de los mejores ritos del humano conocimiento, que es el de explorar por vez primera una ciudad desconocida. Una ciudad es una criatura viva, con su piel y su respiración, con sus propios olores. Algunas son como mujeres, principalmente Sevilla, Lisboa y Roma. Amberes era entonces una matrona de carnes exuberantes y prietas, blanquísimas; una matrona de muslos marmóreos, recién bañada en zumo de limón.

Me adentré por sus calles una mañana de mayo de 1568. Era caminar por el interior de un aguamarina, yo que tanta afición tuve siempre por las piedras preciosas, sobre todo las que aparecen citadas en la Biblia, como las esmeraldas, las cornerinas, amatistas y jaspes. Las calles de Amberes, entre la niebla y los destellos del sol, brillaban aquella mañana. Autwerpen, ciudad del Escalda. Nos fuimos alejando del puerto por estrechos callejones hasta llegar a la Plaza Mayor, espléndida de trazado irregular, rodeada de casas gremiales. Delante de las puertas se agolpaban una multitud de comerciantes y compradores. Confundido y anónimo en aquel bullicio de voces extranjeras, pensé para mis adentros que mal negocio tenía yo entre aquella gente, pues dejando el protocolo del recibimiento y los discursos en latín, el recelo de los flamencos no se podía ocultar cuando alguien llegaba de España. La experiencia y el buen sentido de Jerónimo Curiel me dieron la razón en lo referente a este delicado asunto, pues desde Flandes y sus estados, convertidos en un baluarte, todo se podía dominar y no estando seguro aquí, en ninguna parte se estaba firme.

La luz blanca me impulsa hacia arriba y me deposita suavemente sobre el camastro de la celda del Monasterio de las Cuevas. Un hilo de claridad ilumina el ventanuco. A los pies del lecho, con la cabeza apoyada en los brazos, duerme Juan de Dios, agotado de velarme toda la noche. Me ha despertado un dolor agudo y punzante en la pierna derecha, desde la nalga al tobillo. Debe de estar amaneciendo un nuevo día de verano. No estoy en Amberes. Agonizo desde hace muchas horas. Dios no quiere todavía disponer de mi persona. Amberes era entonces conocida como la ciudad de las cinco

catedrales. Extasiado me quedé delante de la iglesia de San Andrés y de la catedral de Nuestra Señora, una maravillosa empresa gótica, con 7 naves y 125 pilares, que le confieren al templo una profundidad extraordinaria. Pero no estoy en Amberes una mañana de mayo, cuando mi cuerpo se encontraba disponible y ligero para la percepción del arte y el placer de vivir.

Juan de Dios levanta la cabeza sobresaltado. Habrá notado que lo estoy mirando. Se acerca servicial como siempre y repite la cantinela de cada despertar diciendo «doctor y maestro, estamos a 2 de julio». Sigo pensando que al pobre lego mi permanencia aquí le puede costar una enfermedad de los nervios. Le pediría al prior que le diese relevo y descanso del cargo, pero temo desatar con ello una intriga mala para su persona. No sería la primera vez que he tenido roces con estos monjes, desde la sonada polémica con Don Esteban de Salazar, denostador furibundo de mis comentarios bíblicos.

Entonces Don Felipe le dijo a Don Luis de Requeséns, sucesor del Duque de Alba en Flandes, que tuviese muy en cuenta mis juicios y que se dejara llevar por mis consejos, por ser el Doctor Arias buen entendedor de aquellos problemas y así lo hizo para mi satisfacción, pues demostraba el asunto que Don Felipe me seguía considerando y respaldando en horas tan difíciles. Con Don Luis llegaba la hora de la amnistía y el perdón general. Por Dios bendito que demasiado tarde. Se había derramado mucha sangre y la sangre no se olvida; la sangre riega el odio y lo fertiliza para la venganza. El 6 de junio de 1574, Don Luis leyó en público el edicto del perdón, arropado por una brillante fiesta militar y religiosa. El pueblo flamenco contestó con un helado silencio. Nada se podía hacer ya, pues el daño estaba enconado. Irritado, me consta que el Rey se volvió entonces contra mí, diciendo mal de mis informes sobre el Duque de Alba, al que de nuevo creyó cargado de razón en su política de «mano de hierro». Zayas me dijo entonces que me había dejado influenciar por mis amigos de Amberes. Me sentí injustamente tratado y con los días contados en Flandes. Me adelantó Zayas que el Rey quería dedicarme a otros menesteres. La vida como zozobra me tenía la cabeza maniatada.

Al propio Don Sebastián de Portugal tuve que mentirle sin mover un músculo del rostro, aunque sí de la conciencia, pues el Rey, a poco de mi llegada, me mandó llamar, diciéndole yo que ningún negocio tenía en Portugal salvo visitar algunos amigos y compañeros de estudios. Don Sebastián parecía

escapado de un poema épico. Apuesto, veinticuatro años, repleto de ardor e imaginación viciosa, que es aquella que labra y edifica en el interior del hombre ensueños sin sentido y no creaciones y proyectos de provecho. Para mayor abundamiento había sido educado por los jesuitas y en su cabeza hervían ideas ignacianas.

Tres largas entrevistas mantuve con el monarca portugués y en ellas me refirió su idea, que mejor sería decir locura, donde se mezclaban elementos de mucho desorden y disparate, además de rescoldos caballerescos a lo divino de los años oscuros. Una obsesiva e irrealizable idea de proyectar una santa cruzada con el fin de ganar las tierras africanas para el Cristianismo, aprovechando que el rey de Fez, enfrentado con el de Marruecos, le pedía ayuda, ofreciéndole en pago la ciudad de Larache. No se podía tener en una cabeza humana mayor número de confusiones, de manera que con la habilidad que dan los años y la complicidad con el embajador de España, don Juan Silva, desviamos su propósito, llevando la conversación por otros derroteros de mayor conveniencia y momento. Difícil fue también cuando Don Sebastián preguntó por derecho qué pensaba su tío de aquella determinación de ir a África y qué se decía en Castilla de tal cosa. Cerca de dos horas le estuve explicando que su descomunal empresa estaba falta de razones como sobrada de voluntad y espíritu heroico. Me enteré después por consejeros y cortesanos que el Rey había quedado muy interesado por las cosas dichas por mí, no escuchadas antes sobre su empresa. Esto, unido a la favorable carta que sobre mi gestión y persona le envió al Rey Don Felipe el embajador Silva, me hicieron volver a España sin mayores logros concretos, pero sí conforme con lo realizado en Portugal.

De repente la luz se vuelve roja delante de los ojos, estalla, se deshace en fragmentos brillantes, como gotas de sangre que brotan incontenibles de una arteria palpitante. Me asfixio. Grito pidiendo socorro. Manos afanosas, dedos en la boca que me llegan a la garganta, lengua dolorida atrapada como un pez. Terrible dolor en la pierna derecha. Voces. Mi sobrino y el médico. Me pinchan en el brazo y cede un poco la roja tormenta delante de los ojos. Arcadas. Recobro la respiración. Cuesta mucho trabajo morirse. Me levantan la cabeza para ayudarme a respirar. El aire penetra en los pulmones. Deberían dejarme morir sin mayores trabajos, pero luchan por mi vida, me quieren vivo

cuando ya no soy nada, sólo un amasijo de huesos doloridos. Estoy ardiendo de calentura. Un hermoso caracol plantado en la mano abierta de mi amigo Francisco Cano. Me gustan las conchas y los caracoles. He pasado horas en el campo observando la vida de los caracoles, del latín *cochenleolus*, molusco testáceo de la clase de los gasterópodos y los he dibujado en mis cuadernos e incluso me han servido para ilustrar mi *Natural Historia*. Mucho se afanó Cano por esas playas de Portugal para enviarme curiosas conchas marinas. Pero tanto retroceder y volver sin yo quererlo a las cosas del pasado, me duele la cabeza de tanta que tengo la piel de la frente. El descanso de la muerte debe ser dejar de pensar, que se borre de la cabeza toda la memoria y así, con la mente en blanco, penetrar en el nuevo orden del Más Allá.

Mi actitud conciliadora para cambiar la política del Rey en Flandes, se debió en buena parte a mi secreta vinculación con la Familia del Amor. Esto no lo sabe nadie, salvo Simón de Tovar y algunos de mis discípulos. Al llegar la primavera de 1572, la política del Duque de Alba había fracasado totalmente. Con un ejército díscolo e indisciplinado al borde del motín por falta de paga, el Duque acentuó su peor vicio como gobernador, que era la maldita habilidad que poseía para exacerbar el sentimiento antiespañol, que se fue extendiendo a su alrededor como una tormenta.

Se esfuma la luz. Abro los ojos y apenas puedo ver algo, como con la vista cansada después de una larga caminata por la nieve. Amberes y la nieve. Parpadeo. Es de nuevo la luz natural del día. Varios bultos se mueven a mi alrededor. Parpadeo, aumenta la luz, distingo a Diego, a Juan de Dios, al prior del Monasterio. Me miran en silencio; el médico sostiene una palangana salpicada de sangre. Trato de hablar. Todos se acercan. Dios no puede ser simplemente —les digo— el triángulo equilátero, el círculo y el cuadrado, que son figuras planas. Dios es un pensamiento en la niebla, es Uno y Trino y por tanto cúbico. El Templo de Salomón no es sólo de planta cuadrada, sino que reviste forma de cubo. Vitrubio, que está aquí a mi lado, os lo puede confirmar, pues recibió estas enseñanzas de San Agustín a través de su *De Ordine*. Nada me dicen ni contestan. Tan sólo los ojos del lego son expresivos. Los demás deben estar muy cansados de mi enfermedad y larga agonía; en el fondo aguardan impacientes mi muerte. Pero lo que pretendo decirles es que en el cubo de la bóveda pintada por Luca Cambiaso o Lequeto está contenido

y presente todo el secreto de El Escorial, pues dentro de dicho cubo aparece íntegra la organización del Monasterio y todo el cuerpo místico de la Iglesia, con la Santísima Trinidad, la Virgen, los santos y las almas bienaventuradas. O no me oyen o no puedo hablar. El hermano José de Sigüenza lo explicaría mejor que yo y con superior elocuencia.

Olor intenso a papel recién cortado, resmas de papel, tinta fresca. Crujidos de las prensas. En el centro del taller, como el capitán de un barco en plena navegación, Cristóforo Plantino con su cuidada barba rubia, me sonrío acogedor. Habían terminado para siempre los recelos y los tensos silencios, cuando él pensaba con sobrada razón que yo era un español intransigente enviado para vigilar su trabajo. Por mi parte comenzaba el primero de aquellos ocho años en Amberes, el tiempo más feliz de mi vida, cuando disfruté de la compañía de mis mejores hermanos y amigos. Con un pliego recién impreso en la mano, Plantino me saluda. Bien sé lo que desea decirme: el Pentateuco estaba concluido; la primera etapa de la Biblia Regia acaba de coronarse con éxito.

Se han detenido las prensas, el ruido de las ajustadas maderas de los tornos; se han parado impresores y cajistas. Plantino viene hacia mí. Nos abrazamos. Le entregué aquella misma noche la segunda cédula de crédito para habilitarle un nuevo préstamo por valor de seis mil escudos, en presencia de Jerónimo Curiel, agente de finanzas de Felipe II en Amberes.

Juntos pues en el mismo pensamiento y corazón, empezamos y concluimos una obra que quedará como un tesoro para los hombres de todos los tiempos. Contemplamos embelesados la belleza y pulcritud de los caracteres semíticos, griegos y latinos ordenados y dispuestos en columnas paralelas, las hermosas ilustraciones de Van der Hyden, Pierre Hys y Philippe Galle. Plantino explicó la portada de la obra. Nunca lo había visto tan atractivo. Rubio tirando una pizca a pelirrojo, sobre todo por la barba suave; azul claro el color de los ojos, el cuerpo magro pero recio, dividido entre el cansancio y su ilimitado fervor, la noble cabeza nimbada de luz, la voz grave salpicada de pausas; sencillez y pulcritud en el vestir. Una criatura para la adoración y la amistad; para las mujeres el mejor hombre en los tumultos del amor.

Habló aquella tarde Cristóforo del contenido de la portada, que representaba el emblema de la concordia, donde animales fieros y encontrados

cohabitaban en paz, igual que los asirios, griegos y latinos estarán unidos en el Reinado de Dios, pues dijo Isaías que habitará el lobo y el cordero; el leopardo se acostará con el cabrito y el ternero y el león estarán juntos. Encima de la alegoría, una palmera trenzada de ramas de cuatro árboles, palmera, sauce, olivo y encina. Palmera de la tierra israelita; sauce de Babilonia, olivo griego y encina de los latinos.

Dichas estas palabras y otras de rigor y solvencia, con ademán gentil, Plantino me invitó para que continuase el parlamento expositivo, diciendo yo que debajo de las columnas se veían dos símbolos; a un lado Arquímedes desnudo, corriendo con un libro en la mano; al otro lado el emblema del maestro Plantino, una mano que dirige un compás de oro y el lema «constantia et labore».

Al levantar la vista, Plantino no estaba. Entonces vi a una mujer joven que me miraba con una leve sonrisa nunca vista por mí en rostro humano. Reparé que Cristóforo estaba a su lado. Se me aflojaron las piernas y me subió al rostro un sofoco que ni de joven había sentido. Los discursos habían terminado y Plantino me hacía señas para que me acercara. Supe con certeza que mi vida estaba a punto de cambiar.

Me han despertado mis propios gritos de terror. Me he visto bajando a lo más profundo del Infierno, encadenado, conducido por fray Tomás de Torquemada y fray Jerónimo de la Santa Faz. Una pesadilla disparatada. Juan de Dios me seca el sudor y la baba de la boca. Cuando estoy al borde la muerte, me debo apartar de su ensoñación porque mi alma peligrá. Muchas veces he pensado que harta exageración de cura de pueblo le puse al asunto, que siendo grave por mi condición, nunca fue pecado contra la humana naturaleza, que tiende siempre a la unión por el amor. Juan de Dios me da de beber y me tranquiliza con palabras que no entiendo. Debe de estar atardeciendo sobre las aguas del Guadalquivir. Voy recobrando el aliento. Estoy ardiendo de fiebre. No podría decir los días que llevo agonizando en esta celda. En la huerta enloquecen los pájaros ante la llegada de la noche.

Veo de nuevo a Plantino, llamándome benigno de expresión. Despacio llegué a su lado. No escuché bien su nombre cuando lo dijo Cristóforo en la cortesía de la presentación. Mantenía intacta la breve sonrisa. Llevaba un vestido como cualquier otra muchacha de Amberes, pero sin el casquete de

lana en la cabeza. Como en un sueño me fijé en sus trenzas rubias recogidas alrededor de la cabeza, como una corona del color de la miel; el ajustado corpiño que no ocultaba el esplendor del cuerpo. No debía tener entonces ni veinte años. Era la ahijada de Van dar Cruyce, Anne Herents. Ojos azules o verdes. Me olvidé de San Jerónimo, de la Biblia, de los muchos afanes que me quedaban por hacer y escribir, de mi vida pasada. Como un potro desbocado e inoportuno se me levantó el cuerpo y tuve la vergonzosa intuición que ella lo estaba adivinando, pues sus ojos se volvieron entonces brillantes y reidores. Tenía una voz contradictoria, hacia abajo, un poco ronca, que no se correspondía con la suave armonía del rostro ligeramente sonrosado y la roja carnosidad de la boca. Había crecido en el taller de su tío, recogida por su familia al quedar huérfana de madre. Fue educada intelectualmente como un muchacho por la rigurosa mano del propio Plantino, que la quería como a una hija. Conocía el latín, había leído a Juan de la Cruz y era hábil tocando el laúd. No era ni se comportaba como una mujer usual. Recordé a Luis de León, aquellas turbadoras palabras que veía cumplimentadas delante de mis propios ojos: espesura y redondez de las piernas; los pechos como dos cabritos saltadores.

A pesar de mis años y complejas circunstancias que me habían traído a la ciudad de Amberes, se me nubló la razón y perdí la medida interior; me pasaba el día vagando como un sonámbulo, vanamente sentado delante de los papeles, sin orden ni rigor en la mente, abusando mucho y por primera vez de mis colaboradores, a los que pasaba el trabajo más delicado, que me resolvían Cornelio Kiel, Antonio Spitaelo y Teodoro Kemp, faltando yo a mis obligaciones, desalentado e inquieto, esperando desde el alba la hora del anochecer para reunirme en casa de Plantino, situada en los altos de la imprenta. En la puerta Anne recibía gentilmente a los visitantes y al verla de nuevo, el mundo recobraba el sentido y su razón de ser. Fue a la vez un descenso a los Infiernos y una subida a la desconocida felicidad. Cristóforo descubrió pronto mi locura, pero jamás salió de su boca ningún reproche. El fuego de la chimenea le daban a los cabellos de Anne una tonalidad entre el trigo y la cerveza. Tuve el denuedo de pedirle a Dios que detuviera el tiempo, que transformara en eternidad aquellas veladas, los cristales empañados por el frío y la lluvia, la nieve, la sombra alargada de la catedral, la figura de Anne

sentada junto a la esposa de Van der Cruyce. Era tanto como pedir el pecado mortal del escándalo, que significaba la eterna condenación del alma. Muy pronto descubrió Anne el tamaño de mi tormento interior. Borró de la boca su media sonrisa, que se transformó en un gesto reflexivo, que nunca supe si era o no fingimiento de mujer que se sabe deseada hasta el delirio. Y yo que había pensado que las mujeres no fuesen habladoras, ni bachilleras, ni presumidas de sabias, ni mucho menos tenidas por doctas, ni con apetito de diversas y vanas doctrinas.

Como hechizado pero sin perder el recato ni el disimulo, seguía cada uno de los movimientos y palabras de Anne. Era muy discreta en el hablar, solícita cuando nos ofrecía una taza de café al avanzar la noche. Plantino y sus amigos proponían para el diálogo los más diversos temas de exégesis, geografía, literatura o medicina. Cuando ella estaba cerca y me miraba, sacaba yo lo mejor de mí mismo porque me encontraba con la impagable dicha de tener un testigo para mi pensamiento.

La primera vez que escuché el nombre de Henrick Janssen van Barrefelt, también llamado Hiël o «luz de Dios», fue de la boca de Anne. Atravesaba yo por el período más álgido y empobrecedor por el que un hombre temeroso de Dios puede pasar, que es el del hechizo absoluto por otra persona, de tal manera que lo que ella diga o haga parece cosa bendita caída del Cielo. Es un lamentable estado de enajenación propia de los enamorados, que suele llevar a irreparables errores. Ella dijo «luz de Dios» con tanta devoción que los celos, esa nueva locura que por vez primera me invadía, se apoderaron de mí como una desgracia. Mucho me tranquilizó saber que Hiël era un hombre de avanzada edad con venerable barba blanca. Mayores sospechas tuve cuando supe que una persona de la talla intelectual de Plantino, sentía por el tal Hiël auténtica veneración, y mucho más al averiguar que su imprenta había nacido con el propósito de editar y publicar las obras de un profeta que no era erudito ni sabía latín. Estas cuitas se las dije a Anne, que muy segura me dijo que no era necesario saber griego, arameo o latín para entender que la esencia del hombre era la caridad del amor, que nos coloca por encima de todos los fanatismos y al margen de las luchas entre papistas y protestantes.

Pero su boca tan fresca, el tono de la voz, su propio cuerpo me distraía del sentido de sus palabras, que yo siempre aceptaba al margen de su razón

verdadera. Así es y será siempre la naturaleza del hombre cuando se encuentra malherido por el amor. Fueron los días más difusos y extraños de mi vida. Poco a poco me fui acercando a los secretos de la Familia, pero sin caer nunca del caballo y sin el camino de Damasco, muy lentamente y, debo confesarlo, por permanecer al lado de Anne y también por el enorme prestigio que para mí tenía Plantino, acérrimo seguidor de Hiël, al que desde entonces y por el mal sentido del secretismo, yo llamaría en mis escritos el Poeta. Lo primero que retomé de las iluminaciones del Poeta era la piedad como norma principal de la vida interior; inmediatamente después el pacifismo, que tan difícil me resultaba estando yo tan cerca del Rey Don Felipe y del Duque de Alba. Anne, conociendo mis vacilaciones y los imposibles sentimientos de mi persona hacia ella y pensando yo vanidosamente que a pesar de tantas dificultades no quería perderme, ofició sutilmente y al final de cada velada en casa de Plantino, me deslizaba al oído una reflexión del Poeta, que después yo rumiaba en la soledad de mi alcoba, mezclando pecadoramente la piedad de la cita con el ardiente recuerdo de su cuerpo. Respetar ante todo la voluntad de Dios, primer peldaño de la «Famille de la Charité». Renunciar a todas las posesiones y obedecer a los ancianos. La Peña no era una simple propiedad, ni tampoco un lucro de vanidad, sino una morada para el cultivo del trabajo y el alma.

Dedicarse a la tarea divina de la paz, otro de los puntos fundamentales de la Familia, un resbaladizo peldaño difícil de superar. El mundo entero estaba dispuesto de espaldas a la paz. La pasión que Anne me contagiaba me robaba la paz de mi cuerpo; el sexo contrario se me antojaba como una guerra capitaneada por el deseo. Mi misión en Amberes, la lucha diaria con la imprenta, la magnitud de la edición de la Biblia, las exigencias del Rey, todo era contrario a la paz, contraria era a su vez la intriga política y sus constantes vaivenes, la mano de hierro y fuego del Duque de Alba, el terror y la sangre. Sólo en la Peña, aislado del mundo, la paz llegaba como un bálsamo en la contemplación de la naturaleza sencilla y pacífica del mundo. El cuerpo de Anne era la mejor y la peor guerra, pues cada rincón de ese cuerpo significaba en mi imaginación una batalla irrealizable.

Con más disimulo que verdadero convencimiento religioso, fui penetrando en los círculos de la Familia y lo hice creyendo que así no perdería a una

mujer. Fea maniobra llena de cinismo e hipocresía alentada por la pasión de la carne. Entonces comprendí a los que venden, a los que traicionan e incluso a los que matan por amor. Engañado por mi argucia, Plantino acogió mi interés por la Familia con los brazos abiertos. Aceptó mis críticas al pensamiento de Niclaes, el mediocre y oscuro antecesor del Poeta, que parecía propio de un déspota engreído exigiendo ante todo ciega obediencia. Mayor oposición encontré en Plantino cuando iniciamos la discusión del siguiente peldaño que decía «no habléis mal de ningún gobernante, porque los ha puesto Dios para la protección y bienestar del pueblo». Aunque algo disminuido por el tumulto de los apetitos carnales que me poseían, la afirmación sobre los gobernantes era de una ingenuidad infantil y pude rebatirla sin mayores esfuerzos. Dios no elige a ningún gobernante; al gobernante lo elige el político de superior influencia para poder satisfacer su propia ambición; también es elegido por el azar sucesorio y sus mecanismos. Ni siquiera nuestro Rey Felipe II fue elegido por Dios y digo esto en secreto y muy en mi contra.

Con estas cuitas en la cabeza y en los trabajos de la Biblia, sobrevolando siempre por encima el pájaro negro de mi deseo por Anne, cuando una mañana al levantarme, caí desplomado al suelo con la vista perdida. Casi treinta días permanecí enfermo, atendido como un verdadero hermano por los miembros de la Familia. Al parecer fue un estallido del cerebro, un serio aviso de la locura.

El bueno de Juan de Dios me repite el día que estamos, que inicia su atardecer en la celda del Monasterio, a 2 de julio de 1598. De nuevo me encuentro en el mundo real de Santa María de las Cuevas, en Sevilla, con los olores de la huerta, noche de verano. Le digo al lego que mi interpretación del lenguaje arcano que aparece en el Apparatus me valió la acusación de cabalista. Para sorpresa mía Juan de Dios mueve afirmativamente la cabeza, como si la cuestión le fuese conocida o estuviese en antecedentes del tema. Con voz templada me dice «padre, descanse vuesa reverencia ahora de tales menesteres antiguos, que bien sabemos los que profesamos en este Monasterio, de vuestra sapiencia y trabajos y de la mala ira de envidia que desató contra la Biblia Regia el dogmático León de Castro, que el demonio confunda y que Dios me perdone. Debéis pensar que Gregorio XIII os concedió en Roma el *nihil obstat*».

Me maravillaron las palabras de Juan de Dios, al que de repente vi, a pesar de la mucha fiebre, como a un joven cartujo lleno de futuro, con nobleza de semblante, ojos de inteligencia y palabra de estudioso. Pensé que por alguna razón lo habían puesto a mi servicio, de manera que quedé complacido y mucho más cuando me dijo que afirmar, como había hecho León de Castro, que yo prefería la Sinagoga hebrea a la Iglesia Católica, era un pecado fuera de cualquier medida, pues mi labor sobre el texto hebreo, la paráfrasis caldea, la versión siríaca del Nuevo Testamento y las versiones griegas y latinas, eran meritísimas y únicas en el mundo de nuestra civilización.

Después y con la misma naturalidad con la que me había hablado, Juan de Dios me trajo de cenar unas alcachofas cocidas que a gloria me supieron. Con mucha paz y mejoría del cuerpo, aunque con fiebre, me sorprendió el sueño y dentro caí deseoso de encontrarme con Erasmo de Rotterdam.

VI

En 1506 Erasmus obtiene por fin su Doctorado en Teología por la Universidad de Turín, un título burocráticamente útil, pero logrado sin brillantez. Pasa por Bolonia, huye de Venecia y de sus muchos recuerdos dulces y adversos, recalca en Padua, visita Roma y parte con alivio para Inglaterra en el año 1509. Comienza a escribir *Elogio de la locura*.

Su existencia se hace con los años más rica y errante. Cada una de sus vivencias parecen auténticos acontecimientos del espíritu, sobre todo para un hombre como yo, siempre indeciso y alicortado. Erasmus, por el contrario, aunque nunca del todo dueño de su vida por carecer de fortuna personal, se nos presentaba cada día dotado de mayor audacia y honestidad intelectual. Bastaría para demostrarlo la lectura atenta de sus cartas desde Roma (1509), donde describe indignado y con pena la Ciudad Santa, el vivir principesco y vicioso de los prelados, la avaricia desaforada del clero romano, los cortesanos, la decoración teatral y falsa del Vaticano. Volvió entristecido de Roma y se refugió buscando la paz en la acogedora casa de Tomás Moro, en Bucklesbury, en las afueras de Londres, donde tan a gusto estaba siempre. Atacado por dolores renales, esbozó el plan de *Elogio de la locura*. Tiempos de mucho aprovechamiento en el trabajo.

Un autor llamó a este período de la vida del maestro «los años diluidos», que he localizado entre 1509 y 1514, cinco años en Inglaterra, donde un pacífico Desiderii descansará un poco de su impenitente condición de viajero para dedicarse a empresas más apacibles. Precisamente fue entonces cuando John Fisher, obispo de Rochester y canciller de la Universidad de Cambridge, llama a Desiderii con urgencia.

Fisher le ofrece una cátedra de Teología en Cambridge, con un modesto estipendio de 13 libras anuales, mas comida y alojamiento gratuitos en el Queen's College. Algún que otro estudioso descuidado podría pensar a estas

alturas de la vida de Erasmus que el maestro había triunfado y que por lo tanto era un hombre feliz. Nada más lejos de la realidad. Cómodamente asentado en Cambridge y con sus necesidades cubiertas, Desiderii se siente interiormente oprimido y preso en la mediocridad provinciana, a la que tanto temía. Piensa que su vida se había desviado peligrosamente de su principal empeño y razón.

Desiderii fue siempre un espíritu desazonado, atormentado por las dudas; dudas en el pensar y en el vivir. Cualquier otro, yo mismo por ejemplo, se hubiese afincado y complacido en paz con la cátedra, halagado por la consideración del obispo Fisher y el creciente prestigio de sus clases, pero Erasmus siempre prefirió enseñar a través de sus libros y no discutiendo con jóvenes engreídos con las cabezas salpicadas de tomismo. Además el vino de Cambridge era repugnante y el clima frío y ventoso; añoraba la amenidad luminosa de Italia.

La cabeza e incluso el corazón de Desiderii daba la impresión de estar siempre ocupado por un ejército de incansables carcomas. Aunque sereno y de movimientos lentos, de porte mayestático, Desiderii sufría un constante sinvivir, una sobreexcitación del cerebro que le impedía conseguir la felicidad, ese estado que a veces el hombre obtiene mediante claudicaciones o alejamiento de mayores empresas. Nunca fue Desiderii hombre simple de buen conformar. Para colmo de sus fatigas llega a Cambridge un rebrote de peste, que vació las aulas. Horrorizado Erasmus duda si volver a Londres, donde la plaga se mostraba más virulenta o permanecer encerrado en el Queen's College. Finalmente se refugió en Leudbeach, una aldea a cinco millas de la universidad.

De esa larga dubitación de Cambridge lo libraré una propuesta de Johann Froben, una carta inesperada con invitación para acudir a Basilea al objeto de colaborar en un importante proyecto editorial. A Basilea llega después de visitar Maguncia y Estrasburgo. Nunca se fatigaba de recorrer Europa. Él, casi apátrida, se siente ciudadano del mundo y del país que pisa. «Una habitación cómoda para los libros y encerrarme en ella con mis papeles», fue el ideal de su vida. Desiderii encontraba ese refugio en cualquier cuarto modesto de una posada del camino, pues era capaz de escribir en todas partes y se conformaba con tres o cuatro horas de sueño.

Llega a Basilea en el otoño de 1514. Froben resultó ser un tipo complejo,

un erudito con mente práctica y olfato comercial. Su empresa consistía en la publicación en diez volúmenes de las obras de San Jerónimo, primorosamente preparadas. Desiderii es el encargado de supervisar la edición. Trabaja doce o quince horas diarias, sin fatiga aparente. Erasmus el gigante. Escribe como prefacio una biografía del santo, donde retoma el tema de su ataque contra los «barbari», esos clérigos pueblerinos y retrógrados, incapaces de entender las grandes coincidencias entre la cultura clásica y la cultura cristiana primitiva. Desiderii y Froben intiman en tales empresas.

Digo y repito que en Basilea se mostró Erasmus como un gigante. Tenía ya cuarenta y cinco años y la espalda algo encorvada, pero la cabeza le funcionaba como una noria que nunca se detiene. Todavía le aguardaban muchas tormentas al hijo del cura Gerard y de Margarita, que fueron sus padres. Sigue llevando a San Jerónimo en la cabeza como yo he llevado en la mía al propio Erasmus, a saltos intermitentes, dejando y retomando la idea de escribir una obra definitiva sobre el santo, al igual que yo he vivido más de media existencia con la obsesión de crear a un Desiderii completo. En lugar de San Jerónimo, Erasmus escribió su *Enquiridion*, un libro que en mi inexistente biografía hubiese merecido capítulo aparte.

Enquiridion Militis Christiam tiene por debajo una historia desconocida, casi secreta y sobre todo contradictoria para el autor del *Manual del caballero cristiano*. Una historia procaz, aún reconociendo la debilidad de la carne. Guardo datos y papeles que lo demuestran con razón. Aquí no desvelo nada más que la superficie del asunto. Una biografía no debe ser nunca un retrato falsificado.

Como en su lugar dejé referido, en 1499 Desiderii huyó de París porque una terrible epidemia estaba matando a muchas criaturas. Llegó a los Países Bajos y se detuvo en Toururhem. Por mis datos debía ser el verano de 1501. Entonces tuvo conocimiento con un curioso personaje cuyo nombre nadie parece conocer. Sabemos que era gallardo, militar de poca consideración y menos prestigio, debido a su afición a las borracheras y a las mujeres. No parece un tipo digno de la atención de Desiderii, pero lo cierto fue que los dos intimaron desde la primera conversación que tuvieron en la plaza del mercado, es de suponer que bien regada de vino, al que también Erasmus le tenía afición.

En tono muy llano, el militar le confesó a Erasmo su profundo desprecio por los teólogos. A Desiderius le interesó mucho aquella desfavorable opinión. El militar le completó el dicho añadiendo que los teólogos eran como hechiceros encerrados en una habitación en plena oscuridad, buscando una pulga escondida en el forro de un sombrero de luto.

Esta es la primera capa de la historia. La segunda, más grave y vergonzosa para el obstinado misógino que Desiderius se decía, surge cuando la esposa del militar, mujer maltratada en su matrimonio y dueña de belleza singular, acude llorosa a Erasmo para que intentara encaminar a su marido hacia la vida honesta, cosa que Erasmo, conmovido y con el fuego del deseo ardiendo en sus venas, promete hacer. Parece que la mujer fue seducida por las palabras del maestro, agradeciendo con su espléndido cuerpo los consejos de éste. A poco, el militar dejó la lujuria y el vino y retornó feliz al hogar.

Anne me aguardaba en el portal oscuro de la casa. Me acerqué con el corazón palpitante y entonces ella desapareció. Un hombre de porte severo me detuvo con gesto enérgico. Tenía los ojos acorados y la voz ronca. «Si no te apartas para siempre de esa mujer, marcharás sin rumbo ni descanso por el mundo hasta el día del Juicio Final».

Reconocí al hombre que me había impedido con sus palabras llegar hasta los brazos de Anne. Era Ahasverus, el judío errante, el zapatero de Jerusalén, el mismo que vio a Jesús encorvado bajo el enorme madero. Jesús había caído ya bajo su peso, con el sudor y la sangre resbalándole por el rostro, la boca abierta por el dolor y la fatiga. Jesús se desplomó junto a la puerta de la casa de Ahasverus y el zapatero, al ver que se apoyaba la abatida cabeza en el umbral de piedra que allí había, le gritó «vete de mi casa». Así empezó la maldición. Pasaron años y siglos; Ahasverus continuaba recorriendo el mundo sin descanso y cuando alguna vez se detenía para recobrar el aliento, una voz misteriosa le repetía al oído anda, anda, anda. Las huellas del judío errante han sido localizadas en caminos y montañas. Algunos han contado los gruesos clavos de las botas. Pablo d'Eitzen, obispo de Sleswig, encontró al judío en Hamburgo e incluso pudo hablar con él. De esta relación escribió Christobal Centzer.

Yo me lo encontré una noche en Amberes, inmóvil como una estatua, en la puerta de la casa de Van der Cruyce, donde me esperaba Anne. Comprendí

para mi desgracia la claridad y razón de sus palabras. Gozar de Anne significaba, además de mi derrota en el mundo, la eterna condena del alma. Pero no fue éste el último quebranto. El martirio se prolongaría durante años.

Extiendo la mano para acariciar el rostro de Anne y decirle perdóname, tuve miedo del judío errante; me dijo que tu cuerpo me sepultaría en el fuego del Infierno. Abro los ojos pero Anne no está. Sólo veo la expresión adusta y preocupada del médico, que me observa en silencio. Una luz radiante invade la celda. Al lado del médico está Juan de Dios, que me informa de inmediato. «Padre, es el día 3 de julio». Algo grave está ocurriendo a mi alrededor. El doctor apoya su oído en el lado izquierdo de mi pecho desnudo y así permanece un buen rato. O no se recata o está convencido de que a causa de la fiebre me he quedado sordo. «El corazón está a punto de pararse», dice. Pensaba que la muerte me vendría por el mal del hígado y resulta que es el corazón el que está cansado de latir. Por el camino que le plazca, le pido a Dios que la muerte me venga pronta para librarme de tanto cansancio. Sin amor, todos somos como el judío errante que he visto en el sueño. Señor, perdóname, pero no basta con tu infinita bondad, pues si estamos en el mundo por tu superior designio, es justo que aquí encontremos también un amor hecho a la medida de nuestra humana condición. Yo he tenido ese amor muy a mi pesar, pero no pude realizarlo y se me escapó como el agua entre los dedos. El médico me reconoce de nuevo. Me sobresalta la voz de Diego diciéndome que muy pronto nos iríamos a casa de doña Ana Núñez, que muchos deseos tenía de verme allí, donde bien estaría asistido. Las personas sanas que tienen que soportar la servidumbre de velar a un enfermo grave, deberían dejarlo morir, no con descuido, pero sí ofreciéndole un poco de paz en sus últimas horas.

No sé los motivos por los que debo ir así como estoy de débil a casa de doña Ana Núñez, cuando tan bien acomodado me encuentro en esta celda del Monasterio, cuidado y acompañado por Juan de Dios, mi lego ilustrado que calla por humildad lo mucho que sabe de mi pensamiento y quehaceres. Siempre he procurado ser hombre bondadoso y mucho más ahora que tengo la muerte encima. Escrito ya mi testamento, poco importa lo que hagan conmigo o dónde me lleven para morir, Ana Núñez Pérez, mujer soltera y muy piadosa, de muchos posibles, criados y caballerizas. Dejarán pasar el peso del calor y saldremos por la tarde.

Ahora nadie me acompaña en la celda, que sigue iluminada por la luz de la mañana. Es raro que me hayan dejado solo, sobre todo el fiel Juan de Dios. Cuando muy enfermo estuve en Amberes a causa de la pasión enfermiza provocada por una mujer, los miembros de la Familia me cuidaron sin abandonar mi alcoba un solo instante. Afirmaba el Poeta que no se debían cultivar en exceso los ritos religiosos ni las prácticas externas, cuidando sin embargo de no crear conflictos ni escandalizar a los débiles. Las prácticas externas sólo para los simples pueden tener utilidad, ya que lo importante es la vida interior, que es la espiritualidad esencial.

Encontrarse con Dios escuchando al principio un rumor vago y distante que poco a poco se convertirá en voz interior, como nos dice Teresa de Ávila. Piedad recogida y secular, muy unida a los aspectos sencillos de la vida ordinaria, que ya aparece en la *Philosophia Christi*, de Erasmo. Pero debía, me dije entonces y muy presente lo tuve toda mi vida, llevar en secreto mi unión espiritual con la Familia, corriendo el riesgo de aparecer ante los demás en exceso enigmático, hombre con oscuros secretos, cauteloso, muy en contra de mi normal y espontánea forma de ser. He tenido que vivir, pensar y escribir ocultando siempre, como un converso y mucho más cuando Anne apareció en mi vida como una revolución pecaminosa.

Sin embargo todo fue ocurriendo despacio y por sus pasos contados. Al principio de mi llegada a Amberes poco o nada percibí, salvo el trato exquisito de Plantino y sus amigos, el buen discurrir de los muchos trabajos de la Políglota y las urgentes instrucciones del Rey. Quizás fuese hacia 1573, con la Biblia ya terminada, cuando desde Roma llegaron rumores sospechosos y desde Madrid los ecos de León de Castro echando leña al fuego, en una polémica donde «el fiero León» no podía disimular su odio hacia mi persona. Mal tiempo el de ese año y el de los venideros.

Terminados por fin mis largos y costosos trabajos en Flandes, la amenaza de la vuelta a España se podía cumplir de un día para otro. Caí en profundo desaliento y fue entonces cuando los hermanos de la Familia me mostraron verdadera caridad. No había cilicios en aquella religión, ni culto a la angustia de la existencia, ni siquiera reflexiones sobre el pecado original, ni retorno a la idea tan propia en nuestro catolicismo intolerante de que la vida era un valle de lágrimas. Mis amigos de Amberes me hicieron cultivar sin

remordimientos el bienestar e incluso la comodidad, el refinamiento de las costumbres, la placentera libertad interior que surge cuando no hay inquisidores ni anatemas amenazando la libertad de las palabras. En aquella atmósfera de fraternidad, la idea del retorno a España se me hacía un martirio y muchísimo más cuando una noche, Anne apareció en la imprenta de Plantino.

Siendo muy cierta esta concordia con mis amigos de Amberes, yo no podía olvidar que era un servidor de Felipe II, al que debía por encima de todo lealtad y obediencia. Las relaciones entre españoles y flamencos eran como saltar encima de un polvorín. Mucho tuve que afinar en público y en privado, y aunque Anne nunca me expresaba cosa alguna sobre la cuestión, presentía en sus ojos ciertos reproches que con razón estaban en el ánimo de todos.

El día que logré, con mayor suerte que méritos, la retirada por orden del Duque de Alba, de diez banderas de soldados españoles, mis hermanos de la Familia me abrazaron, achacando yo el logro de la cuestión al mucho humor que envolvió al trance y no a mis inexistentes actitudes heroicas. Cuando volvía a casa ya avanzada la noche, vi una sombra que se movía. No sentí inquietud, ni mucho menos miedo, pues supe al instante de quién se trataba. Anne me puso la mano en la boca, como intentando ahogar mi grito de sorpresa. Subimos sin decir palabra la breve escalera rechinante y fue ella la que abrió la puerta de mi estudio. No sé cómo logré encender el candelabro que estaba encima de la mesa. Al volverme la vi inmóvil, con el pelo dorado suelto sobre los hombros. Noté que el suelo temblaba bajo mis pies y cuando me di cuenta ella estaba tendida sobre la alfombra, libres como un milagro los pechos que resplandecían. Fui obedeciendo todos sus mandatos hasta que Anne, desnuda, me atrajo con fuerza inesperada y guiado por su mano, penetré en su cuerpo embargado por un placer desconocido. Cuando abrí los ojos Anne ya no estaba. Avergonzado me cubrí el cuerpo. Al mover la mano, algo cayó al suelo. Era un siclo antiguo de purísima plata. No me sentía como el pecador que acaba de condenar su alma para siempre. Besé el siclo y me quedé dormido en paz.

Hoy debe ser 3 de julio de 1598, pero ya no recuerdo qué día llegué al Monasterio, quién me trajo y cuándo caí enfermo. Juan de Dios reza a mi lado. Ocho años pasé en Amberes que ahora me parecen que pasaron en un instante. Tengo el cuerpo empapado en sudor por la mucha fiebre y el calor que hace.

No recuerdo la despedida de Amberes, ni las palabras de Plantino, ni siquiera el adiós de Anne. Salí con el alma rota camino de Roma, sabiendo por Zayas que mi regreso a España era inmediato e inevitable. Desde Roma le escribí a Abrahán Ortelio diciéndole que en aquellos momentos críticos no ansiaba más que una vida privada y que para eso trataba por todos los medios de librarme de los negocios de la Corte, y si lo logro —le dije—, cuanto antes volveré a vosotros, es decir, volveré a mí mismo. Pero muy a mi pesar, nunca pude regresar a Amberes.

En Roma me encontré con la hoguera encendida y la astuta confabulación bien preparada desde Salamanca por León de Castro. Como siempre esgrimían contra mí, más que pruebas de razón, los propios resentimientos personales con los que me perseguían desde hacía años. Me espantaba despertar tanto odio. Me acusaban, y no era cosa nueva, de que los diez tratados del *Apparatus* estaban inspirados en los rabinos, enemigos tradicionales de la religión cristiana; que todos los textos de *De arcano sermón* se apoyaban en la ciencia cabalística y que para nada se respetaba la autoridad de la Vulgata, como ordenaba el Concilio de Trento. De esta manera mi pensamiento y mi persona no sólo se acercaban cada vez más a Erasmo y a los protestantes, sino sobre todo a los judíos. Con estos lastres tan sospechosos para el olfato de la Inquisición, el retorno a España se presentaba como un sacrificio y un grave peligro para mi persona.

Al amanecer del 30 de mayo de 1576, desde la cubierta del barco, divisé tierra española. Había concluido la más fructífera aventura de mi vida. Las murallas y los puertos de Barcelona se iban acercando lentamente. Ruidosos, los pasajeros mostraban la alegría de la llegada. Me sentía inmensamente fatigado y vacío por dentro. Un año había tardado en realizar el viaje de vuelta; todo un largo año de demoras, excusas e incluso de medias verdades. Estuve peregrinando como alma en pena por Italia, Alemania y Austria, huyendo de la evidencia, de lo que tenía que llegar, mortificando a Zayas con repetidas cartas de súplicas y lamentos, aguardando vientos de bonanza que me permitieran salir del temporal donde me encontraba. La liberación de Luis de León se presentaba como una leve esperanza.

A Zayas le escribí con harta sinceridad que yo era muy ajeno a la ambición de dignidades y otros estados y que el mayor que siempre había deseado era

poder volver a la Peña; jamás me había pasado por el pensamiento escoger oficio, sino dejar a Dios el arbitrio entero de mi persona y cosas. Habiendo plaza en Venecia, podría yo servir allí porque no habría tanta distracción como en otras partes podría haber y aprovechar para estudiar, o en otra cosa que se ofreciese en Roma o que v.m. pudiese o supiese rodear por allí.

De esta y otras cartas, obtuve la callada por respuesta, cosa que en Zayas era nuevo y significativo y que bien expresaban mis relaciones con el Rey. Presentí que mi vida se adentraba por un callejón sin salida. En los primeros días de junio, lleno de temores y malos augurios, llegué por fin a Madrid. La Inquisición no dio señales de vida. Fui recibido con la frialdad que esperaba.

A las pocas semanas de mi regreso, me enteré del saqueo de Amberes. El corazón se me heló en el pecho; en voz alta dije los nombres de mis amigos flamencos empezando por Anne y Plantino. Quedé tan lastimado que rehuí las escasas amistades y las palabras de consuelo. Amberes había sido ocupada por los calvinistas, que desataron una oleada de violencia y luego brutalmente saqueada por las tropas españolas, que se levantaron amotinadas. No cobraban la paga desde hacía seis años. Centenares de casas fueron incendiadas y murieron ocho mil personas en una bacanal de sangre. Por valija diplomática pude tomar contacto con mis amigos de Amberes y enterarme con indecible alegría que todos estaban bien y sin graves daños la imprenta de Plantino. Anne vivía, por lo que di gracias a Dios.

Con mal pie y peor suerte volví al Monasterio de El Escorial. Sólo la presencia de fray José de Sigüenza me reconfortaba el ánimo. El Rey Don Felipe, sabedor de mi vuelta, ninguna señal me daba para recibirme. De una grisura completa se volvió la vida, rota por repetidos golpes de adversa fortuna, como fue el grave motín de los canteros, a los que se les debía muchos sueldos; los altercados con motivo de la alcabala y el rayo que provocó un incendio en la torre de la iglesia, dañando las campanas. A través de Zayas, siempre fiel en la amistad, me enteré de unas palabras del Rey, que me dejaron triste impresión, pues dijo Don Felipe «crece la carga y se acabaron los ayudadores, que es terrible cosa». Así era todo a mi alrededor y dentro de mí mismo, una gran soledad.

Ensimismado en su propio recogimiento, Juan de Dios sigue rezando. Tiene un perfil noble y agraciado, enjuto el cuerpo, todo él irradia fuerza y

espiritualidad. Tal vez esté rezando por mi próxima partida, pues por lo escuchado, parece que esta noche será la última que pase en el Monasterio. Atravesaré las calles de Sevilla, que en verano y al anochecer cobran un aspecto singular, como de hormiguero repleto de criaturas que salen al aire fresco después del calor del mediodía. Me tranquiliza pensar que mi sobrino Diego quiere lo mejor para mi persona. Juan de Dios, como adivinando mis pensamientos, levanta la cabeza y se queda mirándome fijamente. Se me acerca. Me besa respetuosamente las manos. Buen miembro de la Familia podría haber sido este humilde lego que bien y con mucha caridad me ha cuidado estos largos días. Mucho me sosiega su presencia ahora que está cayendo la tarde sobre el campo repleto de olores.

Tuve algunos quebrantos con el Rey cuando volví de Amberes, le digo a Juan de Dios, que se acerca para mejor escucharme. No sabía bien qué deseaba el Rey de mi persona, si sólo el Índice General de la biblioteca de El Escorial, que era trabajo rutinario, o alguna otra cosa de mayor entidad y que no me confiaba por enojo contra mi por el año que estuve perdido por Europa sin licencia. Cercana y cálida siento la respiración del lego. Después supe que Don Felipe tenía asuntos y requerimientos de muy grave importancia como para concederle su tiempo a mis cuestiones. Un suceso terrible me llegó como un mazazo. El 31 de marzo, cerca del Palacio Real, el secretario del Rey, Escobedo, fue muerto a puñaladas por unos desconocidos. Mucho he discernido sobre este asunto, amigo Juan de Dios; mucho he pensado entre el temor reverencial y la obligación moral de saber la verdad. Después de tantas indagaciones, la conclusión es cierta. El Rey, ayudado por la intriga de Antonio Pérez, planeó y ordenó la muerte de Escobedo. Aunque bien entiendo que en este asunto, que muchos trataron de convertir en misterio, nadie tendrá nunca la última palabra, pero ya te digo, hermano Juan de Dios, que Escobedo fue muerto por voluntad y orden del Rey. El mismo Rey que estuvo presente como piedra espiritual en la mítica construcción de El Escorial. El mismo Rey que generosamente patrocinó la Biblia Regia, cometió un vil y oscuro crimen y convirtió la Corte en un nido de víboras. Mientras tales cosas sucedían, yo, sepultado entre los muros de El Escorial, esperaba el favor de un monarca capaz de tales cosas y al que le había dedicado las horas más largas de mi existencia.

El último gesto de confianza y consideración que hacia mi persona tuvo Don Felipe, fue enviarme a Lisboa, en el lluvioso invierno de 1578, con el encargo de una misión harto delicada y cuyos entresijos, por confusos y enojosos, desisto de contarte. Aunque sabiendo bien las dificultades de la empresa, dejé con alivio El Escorial, donde me consumía de rutina y soledad. Mucho tuve que disimular e incluso mentir en la hermosa ciudad del Tajo. Toda embajada política enmascara una o dos grandes mentiras, un fraude y a esas faltas debemos ceñirnos los que algunas veces nos vimos en la obligación del ejercicio político. No fracasé en la empresa y algo más reforzado, volví a España.

Juan de Dios me ruega que deje de hablar, pues mucho me fatiga la respiración. El lego me da de beber, pero no se me calma el ahogo y el malestar del pecho. Cuando se recuerdan los días aciagos, hasta el cuerpo de uno se resiente. Pero no todo fueron desdichas. A las pocas semanas de mi regreso de Portugal, Zayas me comunicó que la Casa Real me concedía licencia para trasladarme a la Peña de Alájar. Volví con gozo, como nunca lo había hecho. Atrás quedaron los trabajos del Monasterio, los andamios y poleas. Abril estallaba en los campos de la Sierra; toda la Peña, contemplada desde la ventana de mi estudio, era una llamarada de colores. En pocos días aquella tierra sin igual actuó como un bálsamo para mi persona, me arrancó el cansancio y la melancolía, lavó mi corazón y mi cerebro. Reemprendí el trabajo de escribir, que llevaba tiempo abandonado y me sobraron fuerzas para reparar el tejado de la cuadra.

Fue aquella una de las mejores temporadas de mi vida, a pesar de haber encontrado, por negligencia de los criados, muy descuidada la casa y la huerta, cosa que nunca ocurrió en vida de Roano, que murió estando yo en Amberes debido a sus excesos en el comer y beber. Francisco España, mi hombre de confianza, ya no contaba para las labores, pues estaba achacoso y con la cabeza medio perdida. Viví avariciosamente mi tiempo interior durante aquellos seis meses que pasaron como un suspiro, aunque tuve muchas distracciones de visitas y huéspedes que Sergio, mi nuevo criado, no sabía bien quitarme de encima. Seguían pensando los lugariegos de Alájar e incluso los de Aracena, que yo era una eminencia en medicina y artes de curar y sobre todo personaje muy cercano al Rey y, por ambos motivos, en especial por el

segundo dicho, me visitaban pidiéndome mil cosas dispares, favores, recomendaciones y recetas, gastando en ello mucho tiempo que necesitaba para mis propios asuntos.

De nuevo Juan de Dios, que en verdad no se separaba de mi lado, me dice que debo permanecer en silencio por la mala respiración y los pitidos que me salen del pecho. Aprieto los labios. La respiración sigue siendo muy débil y forzada, interrumpida por golpes de tos que me dejan sin aliento. Al comenzar el invierno de 1579 y estando todavía en la Peña, me llegó la triste noticia de la muerte del capitán Aldana, mi buen hermano. Aunque esperado, el trago me resultó amargo. Se cumplía un destino a la vez heroico y absurdo. Acudí obligado por los disparates de un rey a un empeño vano, de cuya inutilidad era él conocedor desde el principio. Ya en la primavera, que era en la Peña cada año un renovado milagro, me llegaron noticias del asunto de Antonio Pérez. Una nube negra y siniestra, de difícil entendimiento para el común de los hombres, amigo Juan de Dios, que no conviene recordar ahora y ni mucho menos indagar sobre su naturaleza.

Pero todo en la vida, incluso el dolor, cesa y se acaba. Cuando estaba pensando que se habían olvidado de mí, recibí un billete de la Casa Real. Me ordenaban volver a El Escorial y allí llegué en septiembre. En octubre empezaron los preparativos para pintar los frescos de la biblioteca. Fray José de Sigüenza y yo analizamos cuidadosamente los bocetos de Pellegrino Tibaldi, un destacado discípulo de Miguel Ángel, con su mismo concepto de grandiosidad anatómica en los desnudos. El Rey aprobó la representación alegórica de la Astrología. Advertido por fray José, Tibaldi tuvo mucho cuidado de que las estrellas estuviesen colocadas en la misma posición que tenían cuando nació Don Felipe. Pocos saben que el Rey viste de negro no por guardarle luto a sus muertos, sino para atraer los beneficios de Saturno. Sigo respirando muy débil y con mucha dificultad, con una tos que me deja exhausto. Debo tener el corazón en las últimas.

Nos vino la noticia de que los Reyes llegarían a El Escorial el 12 de octubre, donde estuvieron hasta fin de mes. Aunque Don Felipe me cumplimentó en el protocolo del recibimiento, no me llamó a su gabinete para departir sobre los temas que teníamos pendientes, ni Zayas, que venía en el séquito, nada me dijo. Quizás más por su cuenta que por indicación del Rey,

me comentó que éste tenía especial interés y empeño en mi tarea de organizar la biblioteca de El Escorial, habiendo sido de su agrado la división por mí realizada de las lenguas y disciplinas en sesenta y siete facultades, poniendo orden así en la primera partida formada por 4.000 volúmenes, 1.886 manuscritos árabes, 586 griegos, 2.086 latinos y 7.000 estampas. Un trabajo paciente y laborioso que cualquier ilustrado podía hacer y muy astutamente pensado con la intención de controlarme y hacerme preso con disimulo entre cuatro paredes y mucho más cuando me enteré del fallecimiento del embajador español en Venecia y que nadie había propuesto mi nombre para el cargo, que tanto convenía a mi persona, cumplidos ya los cincuenta y tres años. Una vida nada corta pero mal aprovechada.

De manera que como el Rey no me quería ni me necesitaba para asuntos de mayor relieve e importancia, apliqué mi mejor disposición al trabajo de la biblioteca, tomando el objetivo de rivalizar con la del Vaticano. Me olvidé del tiempo y de los requerimientos de la política, que tantas horas vanas me habían hecho gastar y me entregué de lleno a una labor que bien mirada, podría ser de utilidad para los estudiosos del futuro y que así me recordarían por mi nombre y también por el de fray José, que me sirvió de mucha ayuda y colaboración en la larga tarea. Porque una biblioteca como la de El Escorial no podía ser un espacio inerte, un gigantesco mausoleo de papel, sino justo lo contrario, un ámbito lleno de vida y de pensamiento activo, una magia bien catalogada, el diálogo entre vivos y muertos.

Por la luz y los olores me parece que debe estar anocheciendo. Aunque no distingo bien sus facciones, siento a mi lado la presencia de Juan de Dios, que habla con alguien en voz baja. Varias sombras se mueven a mi alrededor, se agitan encima de mi cabeza; me parece distinguir el perfil de moneda antigua de Ahasverus, pero no es el judío errante, es una sombra humana parecida a Lutero. Nada quiero con ese hombre o con ese demonio encarnado en hombre y menos a la hora de mi muerte, ya tan próxima. No quiero seguir interpretando el mundo, de esa forma jamás se consigue la felicidad; la tan ansiada felicidad me llegó acariciando y explorando el cuerpo de una mujer. Qué enorme sorpresa, una mujer, la única que he conocido, me ofreció la imagen más completa del universo.

Deben ser mi sobrino y el médico, que hablan con Juan de Dios. Estarán

preparando la marcha a la casa de Doña Ana Núñez, que mucho afecto me debe de tener, pues recibir en sus aposentos a un viejo moribundo es trance de mucha caridad y sacrificio. Para quitarme de las calores del día están pensando hacer el traslado de noche. Debo indicarle a mi sobrino que disponga de algunos dineros para favorecer al lego Juan de Dios, sabiendo por las reglas de la orden que nada pueden percibir para su persona, pero que bien se podría invertir en libros para la menguada biblioteca del Monasterio, ya que Juan de Dios arde en deseos de leer y aprender. Pocas veces me han cuidado con tanta caridad y amor como este humilde lego que aquí encerrado desaprovecha su buena cabeza. Me están moviendo de mi postura; me quejo y grito del dolor que me entra en el vientre. Unos labios suaves me besan la frente y las manos.

No veo nada, pero me están moviendo. Me levantan. Han debido de acomodarme sobre unas parihuelas. Juan de Dios no viene en la comitiva. Por última vez me llegan los olores de la huerta, la sensación de frescura del río cercano, la brisa que corre entre los árboles. A punto estoy de salir del Monasterio de La Cartuja como un ladrón nocturno; nunca sabré qué calles de Sevilla tendré que recorrer hasta llegar a la casa donde voy a morir. Las personas que me trasladan se mueven acompasadamente. Me voy acercando al canto de los grillos. Nadie me dice nada o quizás he perdido el oído. Me llega un ligero olor a establo, el tufillo de una caballeriza, el sonido seco y compacto de los cascos de un caballo contra el suelo empedrado. Debo estar en el patio principal de la Cartuja, a punto de iniciar la marcha. Me levantan con mucho cuidado. Ya estoy en el interior del carruaje, que debe ser amplio y cubierto, pues no veo las estrellas. A mi lado está el médico. Seguramente mi sobrino habrá subido al pescante. En el silencio de la noche resuena el chasquido del látigo, la voz bronca del cochero. Nos ponemos en marcha. En las manos de Dios me entrego como siempre. Durante un buen rato pude oír el sonido acompasado de las ruedas y los cascos del caballo, señal de que la marcha era lenta. Mucho tardamos en recorrer el paseo de entrada al Monasterio. Después el carruaje dio un pequeño salto y cesaron los ruidos; parecía que se deslizaba sin esfuerzo. Imposible saber en qué parte de Sevilla estábamos.

La medicina que me había administrado el doctor antes de salir debía de

estar causándome efecto. Dejé de oír ruidos. Me deslizo hacia abajo por un túnel oscuro que finaliza en una luz suave y junto a la breve claridad, me detengo. Otra vez he vuelto a El Escorial, reconozco todos sus detalles. Dios me mortifica de manera muy peculiar, obligándome a vivir dos veces la misma adversidad, el hastío, la soledad, la sensación de tener el alma rota por la ausencia de Anne y de mis hermanos de la Familia. Tanto era así que recelaba en aquel tiempo de entablar nuevos conocimientos, a lo que me impulsaba mi natural bonanza de carácter, de la que no podía despojarme. Y Dios me afligió de nuevo con visiones y sentimientos del pasado, cuando debería estar ya descansando en el sueño eterno. De nuevo estoy en la biblioteca de El Escorial, ordenando libros, manuscritos y estampas, como un leguleyo escribiente, aunque el bueno de fray José de Sigüenza me repetía una y otra vez que mi presencia en el Monasterio estaba dejando una huella indeleble entre los monjes jerónimos, capaces de crear un reducto selecto de pensamiento al margen del control de la Inquisición. Con tan buena voluntad insistía fray José en ello que hasta pensé en crear un añadido familista, de manera que con el habitual disimulo y reservas, propicié relaciones epistolares entre algunos monjes y los humanistas flamencos. Así poco a poco fui saliendo del desfallecimiento interior, diciendo muchas veces a los monjes que junto a la erudición y disciplina en nuestro principal trabajo, debíamos ofrecer también el ascetismo, la humildad y sobre todo la amabilidad con las personas que se nos acercaran. Pero tales cosas, buenas sin duda, sólo paliaban mi gran tristeza, la opresiva sensación de estar prisionero y vigilado, interrumpido mi trabajo creativo a causa de la rutina de la biblioteca, que tanto me demandaba el Rey. El único alivio eran las cartas de Plantino, que me llegaban con disimulo, escondidas entre poemas y eruditos comentarios sobre los enigmas del Apocalipsis.

Estoy recogido como un feto moribundo junto al calorcillo de esta luz débil situada en lo más profundo de mi cabeza, mientras mi cuerpo, sobre unas parihuelas, va recorriendo las calles de Sevilla, camino de mi última morada. Seguro que ya hemos dejado atrás la Vereda de Miraflores, con su hacienda, la huerta del Corzo, las populosas calles de la Macarena, con sus chozas alrededor del hospital de San Lázaro, o tal vez estemos transitando por la Calle Real de San Luis, camino del centro de Sevilla, que a esta hora de la

noche estará repleto de matones, tahúres y gente brava del hampa.

A causa de la medicina que me han dado, voy recogido en el útero materno, alumbrado por una luz parecida a la de un candil. Estoy al final de mis últimas horas. Desde que salí de Campo de Flores, mil veces me he despedido del mundo. A escasos mortales le habrá concedido Dios una agonía tan larga y lúcida. He recorrido y repasado mi existencia con muchos detalles. Hasta he pensado que Dios me estaba invitando a rectificar graves errores por mí cometidos para purificarme antes de comparecer ante el Juez Supremo.

Me han sacado de mi celda de Santa María de las Cuevas, donde empezó la agonía, en la orilla del río, frente al barrio de los Humeros; en unas parihuelas que colocaron en el carruaje y así sigo todavía, profundamente dormido, camino de la casa de Doña Ana Núñez y caigo ahora en la cuenta que dicha casa, visitada varias veces por mí, debe estar por los alrededores de la antigua Isleta, cercana al paseo de la Alameda, por las estrechas calles de los Hurones. Seguro que vamos en esa dirección. Ojalá estuviese joven y sano, pasando el verano en la Peña, ocupado en escribir la biografía de mi hermano Desiderii.

VII

Con la razón de su propio conocimiento y experiencia, Erasmus escribe en *Enquiridion* que el primer pecado de todos es la lujuria. Ningún otro, ni siquiera la envidia o la avaricia, ata al pecador más pronto ni con mayor fuerza, ni más largamente, ni lleva más gente a la ruina.

Desiderii escribe de un pecado que conoce bien, tanto en su idea como en carne propia; escribe de una pasión como el fuego, que largamente acompañó su vida. Sin embargo siempre la combatió, como a la mujer, asegurando que la lujuria es un deleite que rebaja al hombre a la condición de animal y que un hombre fornicando, como él hizo tantas veces, era como un cerdo, un chivo o un perro, lo más bruto de los brutos. En esta manera de pensar y decir se percibe una mezcla atormentada de amor y odio. Seguro que mientras lo hacía con la hermosa Beatriz no se sentía un cerdo, lo mismo que yo no era un perro cuando, ofuscado por el placer, poseía a Anne.

Desde mi razón entiendo que a pesar del poder de su mente equilibrada, Erasmus exagera sus consideraciones sobre la lujuria, quizás por la ausencia de algo fundamental, como fue fornicar sin amor, movido sólo por el apetito carnal. Las mujeres de Erasmus poseían todas hermosos cuerpos, pero ninguna, salvo Beatriz, tuvieron un nombre memorable capaz de ser musitado con ternura cuando saciada su pasión, volvemos pesarosos a la realidad. Confiesa Desierii que después de realizar el acto, sentía la tristeza invadiendo su corazón y unos grandes deseos de despedir sin gentileza a la mujer que acababa de abrazar. Pensaba en lo fugaz que era el placer y se sentía sucio; que el placer era sólo una fugaz sacudida del cuerpo. Además la lujuria dañaba gravemente la salud y arruinaba el patrimonio; engendraba enfermedades, ajando la flor de la juventud. Sin embargo, hasta llegar a la vejez, abandonado por la fuerza de las ilusiones, el maestro cayó una y otra vez en el mismo pecado. Terrible debió ser su lucha interior entre alma y

cuerpo. Conociendo estas cuitas, es pues muy difícil aceptar a Erasmo como declarado misógino, teniendo en cuenta que siempre que Desiderii se refiere a la lujuria, lo hace dirigiéndose y pensando en el apetito carnal del hombre hacia la mujer, cosa que está en la humana condición.

Más o menos en la línea expuesta, aunque con mucho más aparato y fundamentos, hubiese yo perfilado el capítulo correspondiente a «Erasmo, la lujuria y las mujeres», materia, como se habrá visto, nada fácil de discurrir sin graves errores.

Bien pasado el dicho capítulo, volveríamos al meollo, comprobando por las hojas escritas en limpio que nos encontrábamos hacia la mitad de la obra biográfica. Así pasaríamos al tiempo en que Desiderii estaba escribiendo *Enquiridion*, que según tengo entendido esbozó en 1501, invitado como estaba de la señora Veere, en su castillo de Tournehen. Como ya he dicho mi desprecio por los biógrafos aduladores que falsifican el modelo elegido, aún con el peligro de pesadez en la misma espinosa cuestión, no deja de ser significativo y contradictorio que la señora, veinte años más joven que su marido, le entregara a Erasmo una elevada cantidad de dinero en pago a los muchos favores recibidos. De manera que un fervoroso libro de devoción espiritual, es posible que fuese pensado en el lecho de una dama rica e insatisfecha.

Otra mujer. ¿Puede un hombre de tan poderosa cabeza y rico pensamiento como Erasmo ser tan débil para defenderse de la mujer, para él maligna portadora del pecado? Sorprende tantas caídas en el mismo conflicto. Tomás Moro, buen amigo y mejor conocedor de su personalidad, nos dice que los hijos criados y educados lejos de sus padres, suelen caer con frecuencia en hábitos de soledad y malos pensamientos. Con dieciséis años pierde a su madre y poco después al padre, que fue un buen hombre que le hubiese aconsejado cosas positivas, de haber estado a su lado, pues Geerd o Gerardo, que durante un tiempo se había ganado la vida como copista de manuscritos, tenía bastante cultura clásica y discreta biblioteca. Pero apenas salido de la adolescencia, Erasmo se encuentra solo, sin perder de vista que en San Agustín, en Steyn, se tropezó con varios compañeros que se tocaban impudicamente el cuerpo, buscándose el placer solitario, cosa muy dañina que Erasmo pronto aprendió.

Es pues paradójico que este singular monje sin hábito, que comenzó recuperando a los autores de la Antigüedad clásica, a Cicerón, Séneca, Plutarco y Terencio, el lector de Eurípides, Luciano y tantos otros, se muestre obsesionado por el pecado de la lujuria y la anatomía de la mujer, identificando siempre hembra con demonio. Algo de esta rareza de carácter o anormalidad, por unos dibujos que hizo a los nueve años en la escuela de Gouda, sorprendió a su maestro Peter Winckel. Tocamientos deshonestos parece que tuvo también con algunos compañeros de la escolanía de Utrecht. Las fiebres que padeció a los diecisiete años en Bois—le—Duc, no fueron debidas a la peste, sino a una irritación aguda en el caño de la orina, a causa de la excitación continuada del miembro viril.

Se podría afirmar sin caer en injusticia, que Desiderii fue una criatura vacilante que, junto a todo un riquísimo mundo expresado en sus obras, también tenía fija en la cabeza esa rara y deseada raja que las mujeres tienen entre las piernas. Así deberíamos aceptar el litigio y utilizar buena dosis de comprensión para este gran hombre que tuvo en vida mucho más de bueno que de malo.

Apartando de una vez este tema del fornicio, que a tan alto precio pagará Desiderii en su conciencia al llegar a la vejez, cuando por fin se apaga el deseo, bien entendemos que los años indicados entre 1500 a 1518, son los más densos y fértiles en su trabajo, pues encontramos en ellos una plena madurez intelectual, las primeras traducciones del griego, el «Panegírico de Felipe el Hermoso», su *Carmen de senectute*, la iniciación al arameo, el *Elogio de la locura* y tantas y tantas cosas de su creación, que no se pueden desarrollar en estos apuntes.

Después aparecerían en la composición del libro biográfico una serie de cortos capítulos a modo de ligeros comentarios, para así completar obra y vida del singular personaje. Esbozo aquí una muestra abreviada; son como preguntas dirigidas a ese lector amigo, que nunca podrá contestarme.

—¿Por qué gustaba a Erasmo mofarse de los clérigos?

—¿Por qué se empeña tanto en decir los fracasos de la Iglesia medieval, sin referirse nunca a sus logros?

—¿Por qué fustiga el culto a los santos, especialmente a los ficticios?

Superado este divertimento, ameno pretexto de reflexión sin la pesadez de

la cátedra, iríamos ya buscando la parte final del libro por los siguientes años de la vida de Desiderii, que como se habrá adivinado, no es otra que Erasmus y Martín Lutero.

Muy frío y experto el discernimiento para desarrollar con rigor la verdad de este apartado, situado en el centro del libro y que marcaría lo más intrincado e importante de toda la biografía.

Erasmus tiene cincuenta años cuando en 1517, Lutero fija en la puerta de la catedral de Wittemberg sus 95 tesis. Todavía me tiembla el pulso cuando escribo Lutero, Martín Lutero, contra el que tantas veces arremetí con o sin razón en mi juventud, hasta convertirse, ya en la madurez, en una bestia negra, en el objetivo de un odio descomunal y seguramente injusto. Imaginaba el rostro de Lutero siempre poseído por la ira, hinchado por la gula de la cerveza y las salchichas, el cuerpo bajo y rechoncho pero con la fuerza de un gladiador, la voz como el trueno que estalla en una caverna. Pues bien, de haber tenido que escribir en verdad el largo capítulo dedicado a Lutero, hubiese necesitado apartar de mi pluma todas estas y muchas más cuestiones negativas, para poder llegar al meollo de las relaciones de Lutero con el hermano Erasmus, que aunque siempre sesgadas, fueron de una decisiva importancia.

Dos polos opuestos, la noche y el día, el frío y el calor, pero ambos destinados al mutuo conocimiento. Lutero nació en 1483. Diecinueve años tenía entonces Erasmus y ya era persona propia en el pensamiento. Probado tengo, en mis datos y documentos, que Desiderii conoce por primera vez el nombre de Lutero puesto en una carta que recibió de Sergio Spalatin, hacia 1517. En ella se expresaba que en la ciudad vivía un joven monje agustino, que admiraba y respetaba sobremanera a Erasmus, pero que discrepaba de él en la cuestión del pecado original. En 1517, concedida la dispensa papal para prescindir del hábito de monje, Erasmus vivía entre Inglaterra, Amberes, Anderlecht y Lovaina, trabajando en la *Paráfrasis del Nuevo Testamento*. Poca o ninguna atención le prestaría al tema tan ocupado personaje, que solía recibir cartas de toda Europa.

Cuántas veces, de estudiante en Alcalá, he visto a los dos gigantes frente a frente, en un imposible encuentro que sólo tenía lugar en mi exaltada imaginación. Nunca se vieron las caras, ni se miraron a los ojos; se

mantuvieron alejados por puro instinto, como dos meteoritos que evitaban chocar entre sí porque se temían mutuamente.

Yo me esforzaba en imaginar aquel encuentro que nunca tuvo lugar, al menos en este mundo.

El fornido hijo de un minero delante del hijo ilegítimo de un sacerdote. Desiderii mantiene en la mano una copa de Borgoña; Lutero levanta con júbilo una jarra rebosante de cerveza. Habla Lutero con voz ronca y potente; Erasmus, en silencio, escribe despaciosamente. Nunca se entendieron, aunque a veces lo intentaron sinceramente. La salud física de Lutero era insultante; el rostro de Desiderii poseía una cuajada palidez de pergamino antiguo. El intelecto de Lutero era como una mirada limitada, abarcadora de un mundo pequeño. La mente abstracta de Erasmus era capaz de penetrar en todas las grietas del pensamiento. Lutero calienta y empapa las ideas con el volcán de su propia sangre; Desiderii las deposita en la mesa de operaciones y bisturí en mano, procede como un cirujano; Lutero se aferra a la ira y escupe su pensamiento. Y lo verdaderamente curioso es pensar que ambos luchaban por lo mismo. Para Erasmus la negación del fanatismo en todas sus facetas era la base de la existencia. Lutero era el fanatismo en estado puro y la reflexiva serenidad de Erasmus a la fuerza le debía de parecer tibieza imperdonable. Bien que repetía que a los hombres tibios los vomitaría Dios. Lutero disfrutaba con el fragor de la guerra.

No es pecado de inmodestia, pero buen capítulo me hubiese salido de esta comparación sostenida entre Erasmus y Lutero, aunque con pena deberíamos decir al final de la dicha comparación, que en esta lucha de titanes el vencedor fue Lutero. La victoria del Diablo, digo yo, porque esa criatura llamada Martín Lutero, mucho tuvo de reencarnación demoníaca. Eso se comentaba entre los estudiantes de Teología de Alcalá de Henares, que la madre de Lutero, llamada Anne Ziegler o Lindemann, que trabajaba en una casa de baños, tuvo acceso carnal con el mismísimo Satanás.

Dios misericordioso me perdonará estos excesos de la juventud, pues en verdad pocas razones, por no decir ninguna, tenía para pensar y decir que la madre de Lutero fuese una ramera porque trabajó de criada en una casa de baños. Supimos después, sin el menor agrado por nuestra parte, que Anne Lindemann pertenecía a una digna familia burguesa de Eisenach, compuesta

por una larga lista de juristas, médicos e incluso algunos profesores y maestros. Tuvimos que cambiar de opinión a regañadientes y admitir incluso que Lutero había recibido una buena educación.

Su sensibilidad religiosa se forjó en la iglesia de Eisenach, escuchando atentamente los sermones de los predicadores, sobre todo los del célebre Kaisersberg. El padre de Lutero, el antiguo minero Hans Lüder, fue siempre un hombre rudo pero muy ambicioso. Deseaba que el hijo estudiase Derecho y convertirlo en un personaje famoso y respetado por todos. Mientras tanto la madre, mujer piadosa en grado sumo, rezaba en silencio para que el hijo entrara en la religión. Triunfó la fe de la madre y Lutero ingresa en un convento. Desde joven Lutero vivió convencido de que la salvación eterna no se podía comprar ni con bulas, ni siquiera llevando una vida de hombre justo. Todo dependía de la voluntad de Dios.

De manera que en este capítulo de la biografía hubiese descrito y analizado al detalle, apoyándome en datos consultados, como fue la formación de este hombre singular que tantas batallas tuvo que librar con Erasmo. Johannes Stanpitz, un solicitado predicador de aquella época de grandes sermones, le enseñó a Lutero que su fe, su amor a Dios y a la Iglesia, debían ser puestos a prueba después de permanecer una temporada en Roma. Envenenado consejo. Lutero acabó sus estudios de Teología en la universidad de Wittemberg y llega a Roma. Un viaje que trastornaría toda su vida. Igual le ocurrió a Erasmo y a mi mismo.

Lutero en Roma. Erasmo en Roma. Un humilde servidor en Roma. Los tres esgrimiendo el Evangelio como espada refulgente, el corazón lleno de ira y la garganta apretada por la congoja. Malditos los que escandalizan a los hombres creyentes, justos y formados en los textos de las Sagradas Escrituras. Redescubrir en Roma el Evangelio, lleno de indignación. Hermosa ciudad podrida. El pequeño David Lutero Erasmo Beneditto enfrentándose al gigante Goliath con una honda y cinco guijarros.

Johannes Tetzel vendiendo indulgencias de León X y musitando entre dientes «cuando oigas cómo cae la moneda en el cofre, adivinarás que sale un ánima del Purgatorio» Tetzel era un experto comerciante que ganaba en comisiones enormes cantidades de dinero. Tráfico de almas en Roma, mercado de la gracia de Dios. Erasmo volvió de la Ciudad Santa más silencioso y

pálido que nunca; yo volví a la Peña con el estómago revuelto y la cabeza en blanco. Lutero, al regresar, escribió y gritó al mundo «verdaderamente he aborrecido vuestra Sede, la Curia romana. Ni Vos ni nadie podrá negar que está más corrompida de lo que estuvieron nunca Babilonia y Sodoma». Toda una declaración de guerra.

Mientras tanto el hermano Erasmo observa, estudia, analiza en precavido silencio, su actitud más característica. Acaba de conocer en Brujas a Juan Luis Vives. Una extensa conversación. Deduce por las palabras de Vives y por otras pruebas y evidencias, que se le considera afín a la Reforma. Estamos en 1519. Erasmo recibe una larga carta de Lutero para atraerle a la Reforma; Desiderii vacila y titubea, pero le responde con una lúcida declaración de neutralidad y afán de paz.

Sin embargo las hostilidades primero y después el conflicto tenían que llegar de manera inevitable. ¿Cómo reconciliar la noche y el día, el fuego y el agua, la guerra y la paz? Por lógica, los primeros ataques partieron de Lutero, cada vez más rabioso y vociferante. Sus palabras penetraron en la piel de Desiderii como un cuchillo afilado. El hombre echaba espuma por la boca; al hablar, las protuberancias del rostro se le hinchaban como pequeños volcanes a punto de vomitar lava, siempre movido por lo que él llamaba «la certeza de Dios», que no era más que la posesión de la verdad absoluta. Al contrario que Erasmo, Lutero era un ser antiestético; su estética era su bilis. No era posible pues el acuerdo. Lutero acusa a Erasmo de tibieza e indecisión, dos blasfemias en tiempos de guerra.

Desiderii sigue silencioso y apartado. Siente que se le hiela la sangre con el episodio de Thomas Münzer, cuando miles de campesinos fueron ejecutados y Lutero se jacta de tener las manos manchadas de sangre por defender a la Iglesia. «Un cristiano —escribe— tiene que ser un buen guerrero». Erasmo, bien lo sabemos, jamás concibió a un Cristo belicoso, ni agresivo, ni mucho menos guerrero. Como un potro desbocado, Lutero va mandando al Infierno a todos sus adversarios con palabras envenenadas por el odio. Al llegar a Erasmo, vacila. No lo maldice según su costumbre; sólo tiene hacia Desiderii palabras de compasión.

Las 95 tesis clavadas en la puerta de la iglesia de Wittenberg se convierten en flechas y recorren todo el Imperio alemán. El pueblo clama el nombre de

Lutero y saca sus propias conclusiones. Era una vergüenza pagarle tributos a la Iglesia en forma de bulas; convertir en moneda la salvación del alma era una indignidad, una blasfemia. Erasmus por fin asiente y escribe: «La gente de bien ama la franqueza de Lutero».

Olor dulzón a dama de noche, el rumor delgado y adormecedor del agua de una fuente. Debe ser la casa de Ana Núñez, en la calle del Rosario. Me hubiese complacido cumplimentarla y agradecerle su sacrificada hospitalidad, pero no veo nada, apenas unas sombras alargadas que se mueven a mi alrededor. Tengo mucho dolor en la espalda y en el cuello, seguramente por la postura del viaje. Manos delicadas me ponen un paño mojado en la frente. Manos de mujer, aliento femenino.

Creo recordar que Doña Ana vivía con Isabel Acosta, viuda de mi entrañable Simón de Tovar, noble amigo, hombre cabal y una de las mejores cabezas de este país. El gran Simón, generoso con los pobres y astuto con los poderosos, bendecido por todos los conversos de la ciudad de Sevilla, que impartía desde su cátedra de la Universidad clases magistrales que decían heréticas ignorantes y envidiosos. Se rumoreaba que cultivaba en su prodigioso jardín plantas y árboles únicos en el mundo. De alta estatura, delgado, barba negra y ojos grandes. Gracias a Dios murió antes del desdichado episodio de su hija Isabel, la niña que yo había conocido y que ya hermosa muchacha, su padre me mandó a la Peña porque había enfermado contagiada su respiración por las miasmas del Guadalquivir desbordado. Tenía diecisiete años de una belleza turbadora. Simón me la confiaba una temporada para curarse con mi ciencia y sobre todo con el sosiego y el aire puro de la Sierra, alimentación sana y el agua riquísima de la Peña. La recibí con los brazos abiertos, pues nada le podía negar a mi amigo Simón. Ojalá no lo hubiese hecho. Resulta que Isabel se encaprichó con malas artes de mujer de mi discípulo Pedro de Valencia, que convivía conmigo en la Peña, dedicado al estudio de las Escrituras y del hebreo, persona noble pero hombre entero y joven, de férrea voluntad, que pudo resistir con muchos quebrantos el acoso de la hembra en celo, rechazándola finalmente por respeto a mi persona y sin levantar escándalo. Acabó el trance cuando ya curada y como una rosa, Isabel volvió a Sevilla. Años después, muerto Simón de Tovar, llevada por su despecho y rencor, Isabel de Tovar, ya casada, denunció a Pedro de Valencia

al Santo Oficio con la acusación de erasmista. Nunca me había traicionado nadie de aquella manera. Doña Isabel Acosta, madre de Isabel, me consta que vive en esta casa, a la que me han traído no sé bien por qué razones.

A nadie distingo entre las personas que están en la habitación. Tal vez hayan venido a despedirse mis hermanos y amigos, los que tan generosamente se dicen discípulos míos. Nadie se mueve a mi alrededor. La casa está sumergida en el silencio. Prestando mucha atención me parece escuchar un leve bisbiseo; seguramente alguien está rezando muy cerca. Pensándolo bien, el carruaje que me trajo del Monasterio no tiró hacia la Alameda, sino más bien debió meterse a mano derecha, buscando la iglesia de la Magdalena, que es el lugar donde se encuentra la casa de Doña Ana. Alguien reza a mi lado. Antes de dimitir en septiembre de 1584, justo cuando se acababa de construir El Escorial, de mi cargo y plaza de capellán real, el ingrato pensamiento de este torticero país hubo de golpearme de nuevo en el corazón y en la persona del muy querido fray José de Sigüenza. Estaba yo en Sevilla; era primavera cuando me llegó la noticia.

Viejo me han hecho las desdichas de mis amigos, las de Luis de León, las de Francisco de Aldana y fray José, la añoranza de Plantino, de Abrahán Ortelio y Justo Lipsio, el estupor de Pedro de Valencia, los dolores de Juan Moreno y muy sobre todo el amor imposible de Anne, mi gran secreto pecaminoso que Dios, en su infinita misericordia, sabrá perdonarme. Cuando el amor nos alcanza como a mí me ocurrió, toda la mente, por rigurosa que sea, queda desbordada y de poco sirven los recursos adquiridos por el estudio ni las actitudes estoicas que de tanto provecho aparecen en los libros. En las tierras de la Peña plantamos en años sucesivos una viña de tres mil vides y una huerta arboleda con sus acequias y toda suerte de excelentes frutas. Hicimos también y mejoramos un paseo de entrada con cuatrocientos pasos plantados de árboles y parras.

La persona que permanece a mi lado no se cansa de rezar. ¿Será Erasmo disfrazado de noble dama sevillana? De pronto me acuerdo de una heredad de chaparros, encinas y robles, bastante grande, que se dice Navalacuba, camino de Aracena, junto a la fuente de la Pizarrilla y que doné libre de cargas y gravámenes al historiador Bernardo Gil, de muchos conocimientos, amigo cabal, para que disponga de la propiedad por si quiere construir allí una casa

para su estudioso retiro. La debilidad de la cabeza me hace ir de un sitio a otro sin mayores razones que los caprichos de la fiebre. No recuerdo cuando dejé la Peña para siempre, ni cómo me despedí del paisaje y de su gente, ni de los libros y papeles que dejé en el estudio. Los olores de aquellos campos se han ido borrando de mi cabeza. Cuando en las noches de otoño, España y los demás criados encendían una hoguera en la explanada, me sentaba un rato con ellos y de pronto parecía que todos flotábamos en el aire, camino de las estrellas, envueltos en el más perfecto silencio del universo.

Para los pobres, que son los verdaderos hijos de Dios, hago donación pura y perfecta de treinta platos medianos, de falda y escudilla, con dos fuentes y sus platos mayores, más cuatro tazas para frutas y un salero de estaño y dos colchas pequeñas de lienzo.

Como ya no tengo al lado a Juan de Dios, no sé en qué día estamos; recuerdo el mes y año, julio de 1598, en casa de Simón de Tovar. Mi buen amigo el médico portugués, que estaba en precario en su pobre tierra natal, soñó con el esplendor de Sevilla y aquí se vino para instalarse y buscar mejor horizonte y acomodo y así lo hizo en el lugar de San Roque, a extramuros, cerca de la Cruz. Allí plantó y ordenó un jardín maravilloso, con plantas exóticas procedentes del Nuevo Mundo, realizando experiencias ocultas con el «narciso jacobeo», sin olvidar, en otro género de cosas, sus cálculos para averiguar las alturas de la tierra por la situación de la Estrella del Norte tomada por la ballestilla. Hombre muy sabio y de recogido carácter, lo puse en contacto con los maestros botánicos Carlos Clusio y Bernardo Paludano. Ganó Tovar mucha fortuna y con sus dineros compró repetidas veces a delatores de la Inquisición para proteger a los suyos. Hizo cosas prácticas para la medicina, siendo de destacar el quitarle a los especieros de Sevilla la venta de hierbas y raíces medicinales, pues no sabían de sus cualidades curativas y encargar a boticarios entendidos de su venta. Ahora, por razones para mí desconocidas estoy en casa de Ana Núñez y también al cuidado de la viuda de mi buen amigo y compañero. Amigos no me han faltado nunca, ni tampoco enemigos; los primeros fueron más y mejores.

La fiebre me llega hasta la raíz del pelo. Poco cuerpo me queda ya para resistir tanto fuego interior que me tiene consumido desde hace muchos días. Me gustaría hablar de nuevo con Mercator y Hadrajanus, con Andreas Mabi

y Goropius Becanus, el maestro de Etimología. Al lado de la talla de estos humanistas, el ambiente que se respira en España se parece cada día más al de una sacristía de pueblo. Debo de hablar también con el cardenal Jiménez de Cisneros, para advertirle que su Políglota está casi agotada. Otra vez paños humedecidos en la frente para aliviar este ardor. La amistad de Plantino con el sabio orientalista Andrés Medio fue decisiva, así como la presencia en Amberes de los mejores correctores para los textos griegos, como Cornelio Kiel, Antonio Spitaels y Teodoro Kemp. Hay dos mujeres o quizás tres. Una es la que reza con voz casi imperceptible; otra me pone sobre la frente paños humedecidos en agua fría; una tercera, más alejada, sostiene una palangana. Las mujeres huelen de manera especial.

Plantino supo resolver con acierto el enorme desembolso económico que la empresa requería. El Rey Felipe, tras exponer la idea al Consejo de la Inquisición, se hizo cargo de todo el empeño. Bien ganada quedó la partida y así pude emprender la mejor aventura de mi vida. Es tal el ardor que me quema que ya no siento el alivio del agua fresca. Sería necesaria la presencia de Simón de Tovar para curarme estas calenturas que provienen de mi hígado infectado. Simón las curaba con bulbos macerados.

Mi última permanencia en la Peña fue el verano pasado, para huir del mucho calor de Sevilla, pero no recuerdo las cosas que allí hice, serían las usuales y mi trabajo de los *Comentarios de los Salmos*, que realizaba a primera hora de la mañana, que es el mejor momento para escribir. Visité Aracena. Sí recuerdo bien que Plantino se encontraba en París comprando papel cuando llegué a Amberes. Regresó a los pocos días y ya en la primera entrevista, la impresión fue inolvidable, pues nos dimos cuenta de nuestra mutua admiración y él entendió que yo no era un cura inquisidor enviado por el Rey de España para vigilar su trabajo. Bien claras quedaron las cosas desde el principio y pronto se inició entre los dos una honda y perdurable amistad para toda la vida. Entregada la cédula de crédito, se convino que el agente de finanzas del Rey, Jerónimo Curiel, sería el depositario de las páginas de la Biblia a medida que fueran saliendo de las prensas.

Nadie trabajó nunca como lo hicimos nosotros entre el verano de 1568 y 1572. Trabajo titánico, sin levantar la cabeza. Ocho volúmenes impresos en cinco lenguas diferentes. Nunca estuve solo ni desamparado en la tarea. La

labor más dura, debo confesarlo, recayó siempre sobre los colaboradores, dirigidos por Rafelengio. Hice la escritura del prólogo y de los trabajos de documentación bíblica, recogidos en el volumen octavo y último. Hacia finales de 1571 estaba acabado el trabajo principal. Me sentí como un arcabuz descargado y tuve que fingir una alegría que me resultaba ajena. Con la Biblia finalizada, mi vuelta a España se hacía cada vez más próxima e inevitable. Tendría que separarme de Anne, de Plantino, de todos los hermanos de la Familia y retornar al país de la intolerancia y la insidia. Hay desgarros en el alma que no se pueden explicar con palabras. Con disimulado egoísmo me alegraron las dificultades que Roma le puso a la Políglota. Pío V no podía conceder el privilegio hasta que no hubiese visto y examinado todo su contenido, especialmente las traducciones añadidas. Como era de esperar, mi trabajo despertó particular recelo, diciéndose desde el Vaticano que en el volumen octavo, el doctor Arias había escrito «cosas muy inciertas y no averiguadas». La disputa se presentaba de buen tamaño y eso retrasaría mi viaje de vuelta.

Alguien me destapa. Han cambiado las manos. Ahora las de un hombre me exploran. El cuello, la garganta y sobre todo el hígado. Grito de dolor. Una cabeza se apoya en mi pecho, seguramente para escuchar los latidos de mi corazón. Milagro parece que siga latiendo. Desde muy lejos llega la voz del médico. No sé lo que puedo hacer yo todavía en este mundo, salvo cumplimentar la enojosa tarea de revisar la memoria de mi existencia. Las manos se retiran y me dejan en paz. Oigo de nuevo el murmullo de los rezos. Como esperaba, no tuve más remedio que partir hacia Roma. Felizmente para nosotros (que Dios me perdone), Pío V acababa de morir. Su sucesor Gregorio XIII, predispuesto a una política de acercamiento a la corona española, con la ayuda de mi gestión y negociaciones con el cardenal Sirleto, se mostraba favorable. Por fin, el 23 de agosto de 1572, el Sumo Pontífice le otorgaba su aprobación a la Políglota. El embajador Don Juan de Zúñiga le describió al Rey mi delicada misión como un éxito rotundo. Lejos del natural halago, sentí que de nuevo estaba condenado a la vuelta. Y mientras buscaba una razón creíble para demorar el regreso a España, estalló la oposición a la Políglota; Plantino era difamado en Amberes; en Salamanca rugió de nuevo León de Castro, enemigo acérrimo de los estudios relacionados con el hebreo. Lleno

de envidia y rencor, acudió a la Corte para presentar una denuncia ante el Consejo de la Inquisición, apoyándose en los tratados incluidos en el *Apparatus* y la versión de Sentes Paquino.

Zayas me tranquilizó diciéndome que el nuevo Inquisidor Don Gaspar de Quiroga, era un hombre transigente. El jesuita Juan de Mairena se lanzó sobre el tema, diciendo sin mayor rigor ni demostraciones que en la Políglota se hallaban nombre de herejes y autores reprobados, no sólo citados, sino alabados y que en el *Apparatus* se mencionaban muchos casos de libros hebreos y bien pocos de nuestros santos autores. La ira es mala consejera para hilvanar con sentido el pensamiento. Otros más serenos y penetrantes se acercaron a la verdad del tema e incluso dijeron que la Políglota representaba un acto de supremo culto al erasmismo, ya que todos los que colaboramos en la empresa nos habíamos educado en su doctrina. Cuando Francisco Rafelengio se pasó al calvinismo, Mariana bramó de nuevo diciendo que yo seguía manteniendo relación de trato con él.

Alhucema quemada, olor a invierno en la Peña, oyendo la lluvia en el silencio de la noche. Se agradece el olor, pero no cuadra en el ardiente verano de Sevilla. Me quieren complacer en mis últimas horas. Abrí los ojos en la *philosophia Christi*, años antes de que la intolerancia desterrara de España el pensamiento y las obras de Erasmo. Soy discípulo de aquellos ilustres maestros del *Collegium Trilingue* de Alcalá, que nos enseñaron que el estudio de las Escrituras se inicia desde sus textos originales, *de uerbo a uerbo*, con la ayuda de los talmudistas y las interpretaciones místicas y alegóricas. Era descabellado e incluso ridículo, sobre todo después de haber conocido a Plantino, que yo me limitara a reeditar la Políglota de Cisneros, como muchos esperaban y deseaban. Empecé pues una labor gigantesca para un hombre débil, cuya secreta vocación fue siempre la de poeta. Lo último que he escrito es *Precis Formula*, un poema. En ese breve y sencillo texto aparezco entero y tal como soy, como una pobre criatura azotada por las olas y que nunca pudo concentrarse en la oración. Solicitado por la política de mi tiempo, nido de serpientes venenosas. *Littora hand toc mec toties marinis*. Siempre invocando torpemente a Dios. *Fluctibus tentat Boreas Notusque*. Mi vida ha sido una plegaria sin acabar.

Y cuando más la tempestad me arrastra/ a la deriva, cuanto más me

hundo/ más suplicante tu poder invoco/ mi único auxilio. La tarea de vivir, siempre pendiente de un afán impuesto y ajeno la mayoría de las veces, me desvió del espíritu que demandaba mi inclinación. Vaivenes y zozobras. Han sido a lo largo de los años muchas y graves empresas, disputas, embajadas, intrigas, viajes por tierra y mar. Todo lo aguantó este cuerpo endeble que nunca rebosó salud y que ahora se consume de fiebre hepática. Quedó bien claro y expresado en mi testamento del Patronazgo de la Peña de Alájar y todas sus heredades, la ermita y lo que tengo y poseo por gracia apostólica, dejo por heredero al Rey Don Felipe II N. S. Me consta que entenderá que con tan menguada y humilde aportación no he querido regalarle nada material al que tanto posee, sino ofrecerle la Peña como espacio y símbolo de las verdaderas cuestiones del espíritu, la naturaleza del estudio y la meditación, único camino que conduce a la paz y perfección del alma. El Rey me comprenderá, aunque bien poco cabe esperar ya de su estado de salud, mucho más grave y quebrantado que el mío. Gota pertinaz, tumores e hidropesía, fiebres y terribles dolores en todo el cuerpo.

Que podamos celebrar tu victoria/ y en el nombre de nuestro Dios alzar estandartes.

El olor de la alhucema se ha evaporado hace tiempo, Huele a muladar podrido, a cuadra con el suelo emporcado de orines y estiércol. Me destapan de nuevo. Manos fuertes me levantan del lecho, me quitan la ropa, me lavan sin pudor con agua tibia. Han desaparecido las mujeres. No oigo rumor de rezos. Poco a poco va pasándome el sobresalto del cuerpo. Me dan de beber. Nada noto en el paladar, me atraganto. Es señal de muerte próxima. Vuelve el olor a alhucema, más intenso que antes y aumenta el calor de la habitación o es mi propia fiebre que me empapa de sudor. Respiro penosamente. Herrera y yo hablamos de Llull y de la «estrella de Salomón», de Vitrubio y del uso del triángulo equilátero, donde el vértice superior marca la posición de la Divinidad. Tiempos muy fértiles los de El Escorial, con muchas preparaciones y afanes que se pusieron en la construcción, magistralmente descrita por el sabio fray José de Sigüenza y en cuyo lugar está retirado el Rey, también tocado por la muerte, consumido por una sed en las entrañas que nunca se puede saciar. Muchas cosas dignas de estudiarse compusimos en la idea de El Escorial, que serán descubiertas y analizadas por hombres del futuro. No por

azar escogió Dios a Salomón, que era hombre de paz, para edificar el templo y no a su padre David, que era belicoso. Estudiamos Herrera y yo que el visionario Julio II concibió el Vaticano y la basílica de San Pedro, proyectada por Donato Bramante, como una compleja recreación del Templo de Jerusalén. Miguel Ángel supo entender esta idea.

Vuelven los murmullos. También han vuelto las mujeres y una está rezando. Huelo la presencia femenina, tan escasa en mi vida. Nadie como el maestro fray Luis supo penetrar en la esencia del deseo que la mujer provoca: *oh, quién te alcanzase y gozase; quién pudiera llegar a ti, enredándose en tus brazos y dándote mil besos, coger el dulce fruto de tus pechos y boca*. Sólo una vez, y como en un sueño, he podido realizar el deseo con una mujer que nunca he olvidado. Todo está ya demasiado lejos y debo huir en esta hora final, de semejantes pensamientos. Debo rendir cuentas ante Dios con el corazón sereno. Muy pocas ocasiones he tenido en mi vida para el pecado de la carne, pues siendo todavía un niño quise vivir como San Jerónimo, sin poder conseguirlo nunca. *Ya se comienza a engalanar la tierra/ y el canto de las aves ya resuena*.

Se llamaba Gaspar Vélez de Alcocer y era amigo de mi padre. Lo veo con claridad un día de otoño camino de Aracena, cuando sin explicación alguna nos desviamos del camino principal; fuimos subiendo por un estrecho sendero que discurría por un espeso bosque de encinas, y de pronto llegamos a la Peña. Supe que aquel admirable lugar sería mi morada en el mundo. En el trabajoso prólogo de la Políglota, tuve que escribir que la magna obra se editaba gracias al Rey Católico Felipe II, en defensa de la verdadera fe. Me enteré por Zayas de la intención de cambiar el título de la Políglota por Philipica, lo cual, incluso tratándose del Rey, me causó gran disgusto. Me llevo al otro mundo tantas historias secretas que a veces me arrepiento de no haber escrito sobre mi propia memoria personal. Sudores y mil consultas me costó el dichoso prólogo de la Biblia, que fue finalmente aprobado en octubre de 1570. Dos años antes el Rey me había mandado una carta encargándome que al final hubiese un diccionario hebreo, otro griego, otro caldeo y otro asirio. El Rey N.S. tenía el hábito de mandar a su fiel servidor Arias Montano sin pensar bien el cálculo de sus peticiones. El 29 de enero de 1578, la secretaría del Rey me expedía una cédula para viajar a Lisboa, con cargo para

el embajador de España Don Juan de Silva. A nadie le encomendó nunca Felipe II misión tan secreta, que no puedo decir ahora por falta de aliento. Tuve que aparentar una falsa gestión como mediador de los intereses de unos comerciantes castellanos para ocultar el verdadero asunto. En la hermosa ciudad de Lisboa estuve y me comporté como un espía.

Casi seguro que en una mesa pequeña cubierta con un primoroso paño almidonado, las mujeres de la casa han puesto un altar con sus candelabros, la lamparilla, tal vez una Dolorosa sonrosada del tamaño de una muñeca, vestida al detalle y coronada o un crucificado de marfil de mérito antiguo, junto con estampas de santos, reliquias y escapularios. Delante de ese altar casero debe de estar sentada la mujer que reza sin descanso. Fui educado en la desconfianza de las imágenes y de los cultos externos, tan propios de nuestro catolicismo militante. Triduos, quinaros, novenas, hermandades y procesiones siempre me han parecido actitudes superficiales, signos externos para disfrazar la falta de interioridad espiritual, fuegos de artificios para llenar el vacío que llevan dentro los que se dicen católicos. Volví de Portugal cargado de conchas de caracoles, lo que causó sorpresa en la aduana entre los guardias, que sospechaban que yo era portador de papeles secretos para entregar a la complicidad del Rey de España. Mi amigo Simón de Tovar me dejó enseñado que el caracol lleva en su concha una maqueta del universo, proporciones matemáticas, circunferencias concéntricas de estructura radial, donde Dios constituye el centro dinámico. Durante años he soñado muchas veces con caracoles.

Después de muerto muchos pensarán de mí que fui un hereje, una extraña persona capaz de vivir solitario en la Peña y de permanecer meses enclaustrado en la biblioteca de El Escorial y, a la vez, de intervenir con decoro en Trento y de viajar largamente por el extranjero. Quise saltar por encima de la escolástica y de inmediato me emparentaron con Erasmo. Olvidan que he pasado la vida tratando de definir el concepto de piedad. He entendido por piedad el sentimiento de amor y comprensión que el hombre incorpora a sus obras en este mundo y al trato con todos sus semejantes. La piedad llega siempre acompañada por la penitencia, que es su verdadera acepción, pues significa la lucha interior que el hombre practica contra sus propias pasiones, sobre todo las engendradas por la política y la tiranía hacia

los más débiles y menesterosos. Con certeza que me acusarán de no haber respetado la autoridad de la Vulgata. Mil veces afirmó León de Castro que la Biblia Regia era un atentado contra la Vulgata y un sonado triunfo de los rabinos. Juan de Mariana tuvo el denuedo de decir «que el Rey no había ganado mucha honra en haberse puesto su real nombre en esta obra». Por estas cosas y algunas más de suma gravedad, los hebraístas fueron perseguidos en su libertad y honra. Yo fui amenazado pero no derribado. Siempre me decía fray José que yo me libraba de la quema final debido a la seducción de mi natural modestia y al desinterés por las cosas materiales del mundo. Exageraba mi buen hermano. Mi amistad con Francisco Cano, capellán de la Reina Madre de Portugal, me trajo muchos favores y beneficios. Quise expresar en mi *Opus Magnum*, debido en buena parte a las enseñanzas de Francisco de Arce, mi concepto completo del hombre, sin separar el alma del cuerpo; el alma con la historia de su caída y redención; el cuerpo con toda su historia natural y biológica. Cuando por fin abandone este mundo y sobre mi tumba caiga la desolación del tiempo, no sé qué será de mi obra y pensamiento. En otro problemático orden de las cosas del espíritu, confío mucho en fray José y sobre todo en Pedro de Valencia; en Juan Moreno Ramírez también.

Ya no huelo la alhucema ni oigo el rumor del agua en la fuente. Tampoco siento calor y he dejado de sudar. Puede ser una breve mejoría que precede al final. Al menos me encamino hacia la muerte sin la pestilencia de los excrementos y el pútrido olor de las llagas, aunque la larga enfermedad en la cama nunca es limpia y siendo Don Felipe como siempre fue el hombre más pulcro del mundo, bien imagino la desgracia de la incontinencia del vientre y de la orina. Mucho conozco al Rey. En sus momentos de mejoría, seguro que se ocupará del detalle de su propio funeral. Morirá agarrado con fuerzas al mismo crucifijo que sus padres tuvieron en sus manos en idéntico trance. Todo el imperio se vestirá de luto, hasta los más pobres llevarán luto por Don Felipe, el más grande y legendario de los Reyes del Universo. Fray José de Sigüenza estará muy cerca de los próximos acontecimientos en El Escorial y luego, con su inimitable estilo, escribirá el testimonio para conocimiento de los hombres. Fray José es la más grande pluma de España, con el permiso de Miguel de Cervantes. A mucha honra y natural orgullo, yo la he alimentado con algunos consejos de cosecha propia. «Hermano —le dije un día— deje el

modo de escribir flores y gallardías con que se ceba el vulgo». Por Dios que me hizo caso y convirtió su estilo en un restallante látigo. Sus nuevos sermones llamaron la atención del Rey. Envidiado por su cargo de bibliotecario de El Escorial —algo tuve que ver en el asunto—, fray José, que tenía sangre caliente, cometió la grave imprudencia de criticar las predicaciones del prior, diciendo con demostradas razones, que tales retóricas, con temas de la mitología o del tesoro de las fábulas, eran vacuos e ingeniosos ejercicios de cátedra. La predicación de fray José era puramente cristiana, inspirada en el Evangelio y sólo pensada para edificar y mejorar el alma del creyente. Predicando y escribiendo así, la desgracia no podía tardar mucho tiempo en llegar. Alertados, los visitantes de la Orden recogieron numerosas declaraciones contrarias muy hostiles a fray José. La trampa se cerró sobre su cabeza: declarado enemigo de la teología escolástica, partidario del estudio del hebreo, contrario a las interpretaciones alegóricas de los santos, admirador incondicional de la Biblia Regia y sobre todo acusado de expresar el peligroso dicho de «como me dejen a Arias Montano y la Biblia, no se me de nada que me quiten los demás libros».

Otra vez las manos de una mujer, sensación de frescura en la frente, rumor de rezos, crujidos de faldas como silbidos de serpientes cuando las mujeres se mueven afanosas. En su momento he tratado de las obligaciones de la mujer, diciendo con demasiado rigor que ellas no arguyan ni hablen demasiado. Poco o nada tengo contra la mujer, a la que casi siempre he contemplado desde lejos; pero ellas son muy capaces de descomponer las ideas de los hombres con todas sus abstracciones, pues los hombres, hasta el más virtuoso, se dejan llevar del buen talle del cuerpo y desamparado de esa virtud por causa del deseo carnal, se pierden. Fray José, en un arrebato de ira e impaciencia muy de su impulsiva naturaleza, conociendo las acusaciones que sobre él pesaban, se anticipó solicitando en persona el juicio de la Inquisición. Le fijaron como cárcel el monasterio de La Sisle. Por favor del Rey, se le trató con especiales miramientos y el proceso concluyó con el perdón unánime en 1593. Al contrario que Luis de León, el jerónimo salió del trance más fortalecido y entero. Era un hombre de recia casta y piel dura para las ofensas que este país nuestro reserva para sus mejores hijos. Muchas y grandes cosas le quedaban por escribir y a ellas se lanzó como un jabato.

A través de la niebla veo la alta figura inconfundible del licenciado Cervera de la Torre, capellán del Rey. Entero como es, se tambalea un poco, vacila sobre las piernas tan andariegas que siempre tuvo. Es ya un hombre condenado de por vida al insomnio; en su cabeza estallan cien tormentas a la vez. El Rey acababa de dictar su último codicilo, consumido en su habitual fiebre ética. El capellán ha recibido un mandato irrevocable de Don Felipe agonizante: para ejemplo de los hombres a la hora de bien morir, deberá dar cuenta extensamente por escrito y al detalle de todo lo que acontezca en aquella pequeña y humilde alcoba de El Escorial, sin omitir nada por insignificante que fuese. A Dios, a María Santísima y a toda la corte celestial se encomendó el capellán, hombre de buenas virtudes para las gestiones del común quehacer, hábil de palabra y mejor negociador, pero muy ajeno a la pluma e incluso desdeñoso con tal empeño, fraile ágrafo con la excusa que decía que nada escribió Jesucristo, salvo unos signos en la arena que borró con prontitud. Y con tal predisposición debería hacer lo que nunca hizo y levantar con su pluma el alto testimonio de la agonía y muerte del Rey Felipe II. Yo partiré hacia el Más Allá antes que el Monarca; conviene que conozca el misterio con anterioridad para explicarle algunos detalles que pueda preguntarme. Las manos femeninas me dan de beber levantándome la cabeza con sumo cuidado. No puedo tragar pero siento la sed en las entrañas que debe sufrir Don Felipe en estos momentos.

Dedos ásperos trazan la señal de la cruz sobre mi frente, después en la boca y en las manos. Esto es ya el inicio del viaje que tanto tiempo llevo esperando. Dios todopoderoso me reciba en sus brazos. Toda la alcoba, que debe ser de buenas proporciones, parece convertida en rezos para la salvación de mi alma. No siento demasiado dolor en el cuerpo, aunque mucho me cuesta respirar. Aquí se acaba mi vida, no sé en qué día del mes de julio de 1598, no tengo a mi lado al puntual Juan de Dios. No veo nada. La extraña sensación de que mi cuerpo ha llegado al final de un largo pasadizo, de que estoy al borde del precipicio, a punto de caer en el vacío, abandonando la superficie de la tierra. Dedos familiares que de nuevo me exploran. Dolor en el hígado, pero no puedo quejarme de débil que estoy. Las manos del médico, que no se rinden en su empeño. De un momento a otro dejaré de respirar y caeré en el abismo que me aguarda al final del pasadizo, un espacio sin luz. Pero mi cuerpo no se

mueve. Quizás lo impiden las oraciones de las personas reunidas en la alcoba. Al menos tres mujeres, el cura, el médico, mi sobrino Diego y algún criado de la casa, atraído por el ritual de la muerte. Rezan, rezan y rezan, raza de rezadores, muy propia de esta ciudad; beatas, hombres y mujeres que rezan sin entender del todo lo que están diciendo. Sus súplicas y oraciones detienen el tránsito de mi cuerpo, todavía inmóvil en el inicio del pasadizo. No puedo avanzar ni un ápice por el oscuro pasadizo. ¿Por qué he visto, como decapitada, la cabeza del Rey en la oscuridad? Puede que Don Felipe, en su delirio de agonizante, me esté llamando para hacerme alguna consulta de última hora. Al padecer el Rey calenturas subintrantes, que quiere decir que en dejando una comenzaba otra, su cabeza estará en constante apremio de figuraciones y pesadillas, por eso su desesperada cabeza se separó del tronco para huir de tantos ardores y la encontré vagando en la incierta frontera del Más Allá. *Pater, non mea, sed tua voluntas fiat.* Hermano Desiderii, ayúdame.

VIII

Seguro que de haber escrito con rigor la biografía de Erasmo de Rotterdam, al llegar al noveno capítulo, me hubiese apercibido que la existencia de un hombre no cabe en un libro y menos la vida y obra de Desiderii. Digo así porque sólo enumerar sus disputas con Lutero, el fondo de cada una de ellas, me hubiesen llevado a límites insospechados, a un interminable discurso de poco provecho por conocido de sobra en la historia del pensamiento.

En una de sus últimas cartas a Martín Lutero, cuando ya el distanciamiento entre ambos era cosa pregonada, Desiderii escribe acertadamente sobre algunos puntos de aquella divergencia y le habla a Lutero de su propio padre, Hans Luther, al que Martín tanto parecía temer. Concebir a Dios como un padre iracundo de extrema dureza, proviene —escribe Erasmo—, de la imagen del propio padre carnal, de la necesidad imperiosa de que el padre aprobara todo lo que hacía, cosa que Lutero nunca consiguió. Dios como juez inflexible, dotado de una sola finalidad, la de castigar a los pecadores. Nunca aparecerá el padre amante dispuesto al perdón.

La lectura de la carta demuestra lo mucho y bien que Desiderii conocía a Lutero. Sospechaba Erasmo que la vida religiosa le había entrado a Lutero a través de los ojos inexpertos de la infancia. En Mansfeld iba a misa todos los domingos con sus padres. La religión como costumbre familiar. Después llegaría la aparente ofensa al padre, ofensa o burla, falta de respeto, un gesto de rebeldía hacia los ideales impuestos por la autoridad paterna. Dejó la idea de hacerse abogado mil veces predicada por el padre; abandonaría también la consigna de casarse con mujer rica. Decide hacerse fraile. El padre no le perdonará el desliz y Lutero será acusado repetidas veces de hijo ingrato.

Lutero fraile en una comunidad estricta, la Congregación Reformada de la Eremítica Orden de San Agustín. Lutero en el convento de Erfurt. Los apuntes de Desiderii sobre la vida de Lutero, su enemigo, son muy complejos, un

verdadero documento para los historiadores. Erasmus jamás escribía sin haber investigado previamente. Describe Erasmus su imaginación de Lutero entre los frailes agustinos con una cogulla negra y una tira de tela blanca colgada de los hombros, la cabeza afeitada formando la tonsura, que representaba la corona de espinas de Jesús.

Después, utilizando un pliego doble al completo, rebosante de ironía, Erasmus analiza el curioso episodio de la tormenta de Stotternheim. Un rayo cayó muy cerca del lugar donde se resguardaba y Martín creyó llegada su última hora. Lleno de pánico, le promete a Santa Ana entrar en una orden religiosa si le salvaba la vida. No fue un rayo de la naturaleza —escribiría Erasmus—; fue su propio padre transformado en rayo, en un terrible elemento de la tormenta interior que sacudía a Lutero. Por lo tanto Martín se convierte en fraile no libremente, sino para huir del terror que sentía en su vida, de la idea del castigo divino. Así lo interpretó Erasmus y nada puedo oponer a la ponderación de su juicio.

En el fondo ambos se respetaban e incluso se apreciaban en el punto de sus mutuas inteligencias. Nada de odio, como decían los frailes en mi juventud. Desiderii conocía muy bien la vida y obra de Lutero; entendía que en 1507, cuando Lutero es ordenado sacerdote, celebre su primera misa lleno de un espantoso sentimiento de culpa. Comprende que jamás podrá vivir una vida perfecta de agradar a Dios. Pensaba que la suya era una vida sin esperanza. Esta desesperación la valorará Erasmus como el principal rasgo de la personalidad de Lutero y como punto de partida de toda su obra.

Bien que conoció Erasmus la gran labor de Lutero en su cátedra de Teología de la Universidad de Wittenberg, a los veintiocho años. Enseñó durante toda su vida con gran rigor. Guardaba Desiderii en su biblioteca los apuntes impresos de Lutero sobre los Salmos y sus lecciones sobre las cartas de San Pablo, que leía en griego. Un día, trabajando en las Cartas a los Romanos, llegó un gran descubrimiento.

Lutero se estremece en la soledad de su gabinete de trabajo. Aparta los ojos del libro y se lleva las manos al rostro. Catorce horas encerrado, leyendo y escribiendo, con el espíritu ligero y agudo. Romanos, capítulo 1, versículo 17: «Porque en el Evangelio se revela la justicia de Dios, pasando de una fe a otra fe, según está escrito: el justo vive la fe». Es decir —pensó Lutero—, la

justicia de Dios consistía ante todo en castigar a los hombres por sus pecados. Como se sabía que el hombre por mucho que lo intentara jamás llegaría a ser perfecto porque nunca dejaría de pecar, lo que inexorablemente se obtiene es el castigo de la justicia. De esta manera Lutero terminó odiando al Dios que castigaba a los pecadores. Así fue el discurrir aproximado de sus razonamientos durante mucho tiempo.

Pero esa noche solitaria y trabajosa se iluminó con una luz diferente. Repentinamente cambió el sentido del versículo de los romanos, que decía «el justo vive en la fe». Pablo quería decir otra cosa; Pablo le susurraba al oído que si el hombre tenía de verdad fe en Dios, Él lo consideraría bueno a pesar de sus pecados. Sólo Dios podía otorgar la fe, que no se puede ganar ni ayunando, ni dando dinero a los pobres, ni rezando. El que creyere en Dios a través de Jesucristo, nada tenía que temer. Lo salvaría Dios. Aquella noche memorable Lutero volvió a nacer y obtuvo la verdadera libertad.

De inmediato empezaban los problemas. Su miedo antiguo y profundo se había transformado milagrosamente en una nueva fe y, a la vez, en una mirada también nueva. Lutero comenzó a mirar con ojos críticos algunas prácticas de la Iglesia —al igual que hizo Erasmo, pero en silencio—, y muy en particular el vergonzoso abuso de las bulas. Entendía Lutero que la bula no era más que un certificado concedido por el Papa a cambio del pago de una tarifa. A partir de dicho pago, se acortaría la estancia en el Purgatorio del alma del interesado, titular del documento; en algunos casos incluso se cancelaba esa estancia. Algo increíble. Lutero, como potro desbocado, arremetió contra el Purgatorio y presentó su tesis sobre el tiempo y la eternidad, que tanto impresionaría a Erasmo.

Al llegar a este punto llamado por los humanistas «el enigma del tiempo-eternidad», obligado hubiese estado a una pausa o tal vez a la consideración de que mi biografía había llegado a su fin. Las reflexiones de Erasmo sobre el tema «tiempo-eternidad», que pude leer por consejo de mi amigo Juan de Herrera, es una sugestiva invitación a la locura. Su apasionante lectura, repleta de contenido hermético, la hice durante mi permanencia en El Escorial.

Con muchos temores era aceptada la doctrina de la Iglesia de que nadie aunque hubiese muerto en la gracia de Dios, subía al Cielo para gozar de la vista de Él. Por fuerza tenía el alma que sufrir más castigos antes de ser

purificada para mirar a Dios. Así pues todas las almas debían pasar por el fuego del Purgatorio. Erasmo y Lutero, cada uno con su propio discernimiento, rechazaron la idea de la Iglesia, extendida entre los creyentes por dos principales motivos, el causar miedo entre los hombres y propiciar el comercio desmesurado de las bulas.

Las almas pasaban en el Purgatorio, hasta limpiar sus pecados, cientos de días o años. Nadie conoce el concepto que Dios tiene del tiempo, al igual que nadie sabe qué es Dios para sí mismo. Según Erasmo el tiempo es para Dios un presente eterno; Dios lo tiene todo presente. Por lo tanto los condenados en el Purgatorio podían permanecer sepultados en el fuego un solo instante, justo el que coincidía con el pensamiento de Dios. Pero los creyentes, muy lejos de tales especulaciones tan frágiles como confusas, lo que veían con claridad era una simpleza eminentemente práctica y ajena a la Teología. Todos los creyentes se alegraban de comprar una bula; pagando el dinero a la Iglesia en esta vida, a cambio se libraban de buena parte del castigo después de la muerte.

Buen conocedor de la Historia de la Iglesia, Erasmo afirmaba que el origen de las bulas fue un engaño, un señuelo urdido en el siglo XI, cuando los cristianos luchaban contra los musulmanes en las Cruzadas. Las tropas infieles, además de muy numerosa, peleaban con particular denuedo. Sus soldados estaban convencidos de que los muertos en la batalla subían directamente al Cielo. Por el contrario, las almas de los cristianos iban primero al Purgatorio, de manera que muy pronto los cruzados se encontraron sin soldados. Los Papas comenzaron entonces a otorgar bulas para todos los que murieran en la lucha.

En estas cosas tan notorias y vergonzosas encontró Lutero carnaza para alimentar su pensamiento con furibundos ataques. Por el contrario, Erasmo callaba y escribía, pero ambos estaban disconformes a su manera; ambos convencidos de que el perdón de Dios era algo absolutamente gratuito. Cuando el dominico Juan Tetzel, enviado por el arzobispo Alberto Mainz, convirtió en una farsa teatral la venta de bulas, la indignación de Lutero llega al límite. En octubre de 1517 fija en la puerta de la catedral de Witemberg sus 95 tesis. Es el comienzo de la guerra. Le escribe una carta al arzobispo Alberto diciéndole que la gente sencilla creía que comprar una bula significaba la salvación del

alma. Cristo nunca había dicho que se predicaran las bulas, sino sólo el Evangelio. Al poco tiempo las tesis de Lutero cobraron enorme fama. Fue la chispa que encendió la gran revolución. Todo el mundo le daba la razón a Lutero. La gente humilde del pueblo parecía harta de pagar dinero a Roma para construir la iglesia del Papa.

Erasmus murió la noche del 11 al 12 de julio de 1536. Martín Lutero el 18 de febrero de 1546, en Eisleben. Yo estoy ya en el mismo umbral, pero antes, y así lo hubiese escrito en el último capítulo de la biografía, debo desmentir los muchos infundios que propagaron frailes y curas sobre la muerte de Lutero, y lo hago por deber de la verdad y la justicia, precisamente yo que fui durante años acérrimo enemigo de Lutero, muy propenso por el odio que le tenía a difundir improperios sobre su vida y pensamiento.

Dijeron monjes, frailes, curas y beatas que cuando Lutero expiró, la habitación se movió por el suelo como si fuese un terremoto, a la vez que un fuerte olor a azufre se fue extendiendo por toda la casa, llamando mucho la atención de los vecinos, que después lo dijeron como testigos. Y que el difunto abrió una boca descomunal por la que brotó un vómito de lo que parecía ser plomo hirviendo fundido, que cayó en el lecho, chamuscando sábanas y mantas. La viuda Katharina Lutero, que estaba embarazada, se desplomó sin sentido. Tanto fue el horror que allí hubo, que todos huyeron despavoridos menos el doctor Justus Jonas, que con serenidad, le derramó al muerto agua encima, envolviendo el cuerpo y la cabeza en paños mojados.

Todo esto y más cosas delirantes que recorrieron en pocos días toda Europa, se inventaron y se dijeron para predicar a los cuatro vientos que Lutero estaba en lo más profundo del Infierno y que Dios, siempre justiciero, había permitido que se supiera el terrible final. En muchas iglesias se celebraron misas de acción de gracia por la eterna condenación del malvado. Yo no había cumplido veinte años y me encontraba en Sevilla estudiando Artes. Me uní jubiloso al toque de las campanas, que anunciaban la derrota del Maligno. Así son los jóvenes, debido a la insensata confianza que ponen en las personas mayores, a las que sin reflexión, tratan de imitar.

Dicho de esta manera todo lo que llevo escrito sin mayor rigor ni consideraciones de aparato científico, es hora de encaminarse al final de estos apuntes de manera que para omitir otros extremos de mucha significación,

bueno será retomar el hilo con el hermano Erasmo en el año 1529, maestro ya cuajado y reconocido, cuando muy a su pesar abandona Basilea y se muda a Friburgo para evitar las fuertes presiones de los reformistas. En Friburgo tuvo Erasmo una fervorosa acogida.

Malas noticias le llegan desde España; le comunicaban de cierto que los españoles confundían a los erasmistas con los luteranos. En Lovaina se prohíben sus libros a los estudiantes. Desiderii se encoge de hombros. Se encuentra terriblemente cansado.

Consta que mucho le afectó la cuestión española y la confusión que hubo al interpretar su pensamiento; algo de confusión y mucho de mala fe e ignorancia, pues bien conocemos por Juan Luis Vives las dignas palabras de Desiderii al decir «yo debo más a España que a mi propio país, o a cualquier otro». Grande y bueno era el sentimiento de Erasmo, pues colocaba el corazón del hombre por encima de ritos, sacramentos y dogmas, con una moderación opuesta a todo fanatismo. En 1524, después de largos titubeos y padecimientos de conciencia, Erasmo se enfrenta por fin a las tesis de Lutero en su *De libero arbitrio*, en la España del espíritu y del pensamiento, que por cierto era y es bien pequeña, se elevó un gran clamor. Todavía era posible un esfuerzo de reconciliación con la Reforma luterana. Falso era aquel decir de que «Erasmo puso los huevos y Lutero los incubó».

Juan Luis Vives, siempre verdadero, nos dice bien que la sombra de Lutero llegó a España con el séquito de Carlos V, con el poder y el amparo de su canciller Mercurino Gattinara. Es buen acuerdo, pero no lo es menos la calamitosa situación de la Iglesia. Corría la época de la gran vergüenza, la corrupción total, la simonía. Los títulos y cargos de obispos y cardenales se ponían a la venta del mejor postor. Una de las mayores plumas españolas de todos los tiempos, el enigmático Alfonso de Valdés, nos dice que se habían contado en Roma la cantidad de 60.000 rameras y mujeres de la vida, que junto con los artificios y beneficios de las bulas, convertían la ciudad del Papa en una irrisión de la fe cristiana y una máquina de sacar dinero.

Pensaba Erasmo que frente a la corrupción del clero, las órdenes monásticas se levantarían cada vez con mayor fuerza, como representaciones verdaderas de la vida y de los ideales cristianos. Por este punto fue por donde empezó su lucha reformadora el cardenal Cisneros; llegaría después la

reforma de la orden de los franciscanos y sobre todo la fundación de la Universidad de Alcalá, feliz oasis para el pensamiento y donde tuve la suerte de llegar en 1548.

Antes de ponerle a la biografía el punto final, le hubiese añadido un sucinto escolio para referirle al hermano Desiderii el mucho amor y reverencia que le tuvimos a todos sus libros, especialmente al *Enchiridion* y cómo algunos españoles seguimos sus viajes, quebrantos y alegrías de su meritísima y ejemplar existencia. Respetuosamente seguimos pensando que su famoso *non placet Hispania* fue consecuencia quizás de su corto ánimo y de su excesivo espíritu conservador, de esa tendencia suya de distanciarse de lo que intuía peligroso.

Durante mi permanencia en Alcalá, grande fue el gozo de sus libros y noticias, la crítica sabrosa y la ironía de su estilo, descubriendo y atacando la corrupción del clero y despreciando la degradante filosofía escolástica. Admirable su sentido, compartido por los jóvenes estudiantes, de buscar desesperadamente una salvadora elevación espiritual mediante una vuelta al evangelismo, a la vida interior y al sentido de la caridad. Acusar a Erasmus era para nosotros ofender a Dios.

Cuando salió el *Enchiridion* de las prensas de Alcalá en la traducción de Arcediano de Alcor, hubo en España un verdadero acontecimiento y un gran decir de su autor. Nuestro hermano Desiderii se convirtió en la nueva luz del mundo. Después la Inquisición, el clero y la Curia Romana movieron sus hilos e intrigas. Llegó el pronunciamiento de París, seguido del terrible castigo de Sevilla en 1557 a los reformadores ocultos. Acontecimientos muy crueles y tristes de nuestra intolerancia y fanatismo, que de ambas cosas parecía bien enterado Erasmus por sus muchas lecturas, por su correspondencia y por las largas conversaciones que mantuvo en Lovaina con Juan Luis Vives, cuando éste le contó sus pesares y su huida de España debido a su ascendencia judía, que le costó a su padre ser quemado vivo. Los restos de su madre fueron desenterrados y quemados. Se explica algo el *non placet Hispania* de Desiderii.

Dicho esto que llevo escrito y pensado, ínfima parte de lo mucho que hubiese podido explicar sobre Erasmus si en otro tiempo me hubiera esforzado en hacerlo debidamente, es ya momento de ir rematando estos breves apuntes

que he ido haciendo en mi cabeza durante las pausas de mejoría de mi enfermedad. Debo concluir mi tarea y ponerme a bien con Dios, cuya presencia siento muy cercana.

Cansado y muy enfermo, Desiderii se encamina a los últimos años de su vida. En 1535 conoce horrorizado las ejecuciones de Tomás Moro y John Fischer y llora sin consuelo la muerte de sus queridos amigos. Rechaza el capelo cardenalicio que le ofrece el Papa. Vende su casa de Friburgo. Llega a Basilea muy débil y desazonado por retornar a Brabante. Vive en angustiosa soledad, rodeado de enemigos y con los amigos escondidos o desaparecidos. François Rabelais le escribe con palabras de inolvidable homenaje: «Padre querido, honor de la patria, inexpugnable luchador por la verdad».

Sabemos que desde niño y a lo largo de su vida, Erasmus le tuvo mucho miedo a la muerte. Sin embargo, cuando la muerte se le aproxima, Desiderii la espera tranquilo y curioso. Conversa en latín con sus amigos Froben y Amerbach, que permanecían solícitos junto al lecho. Sus últimas palabras del Señor mío Jesucristo, muy débiles, las dice en alemán, la lengua de su niñez. Como un niño repite la oración que le enseñó su madre y así alcanzó la paz.

Era un anciano dolorido, cansado hasta la médula de los alborotos y miserias del mundo. Su gran esperanza fue poco a poco deteriorándose por los sarcasmos de la vida. Notaba el corazón adormecido, pero el cerebro encendido y brillante como una gran hoguera. Pliegos y más pliegos escritos se amontonan sobre su mesa de trabajo. Capaz es de escribir más de treinta cartas al día, pero el principal anhelo de su pensamiento, al que le ha dedicado toda la vida, ha fracasado. La guerra de las religiones es frenética en Europa. El nombre de Cristo es un grito de batalla. Los humanistas fuimos desterrados del mundo. Surge, en la oscuridad de la desesperanza, la figura del emperador Carlos V, convocando la Dieta de Augsburgo. Todavía parece posible el diálogo conciliador. No fue así y muy a nuestro pesar, Desiderii, una vez más, pecó gravemente de falta de ánimo y decisión. Murió con esa amargura en el corazón. Después, la guerra. Augsburgo era la última oportunidad y Erasmus los sabía.

El lego Juan de Dios, con el hábito flotando en el vacío, demacrado el rostro, se me acerca tanto que puedo oler su aliento a ajo. «Doctor Benedito Arias Montano, hoy es el 6 de julio de 1598», Después, como engullido en el

aire, desaparece. De inmediato mi cuerpo se mueve hacia delante, nada notable ni duradero, apenas un palmo, justo lo suficiente para apreciarlo. Me he movido en dirección a la boca del pasadizo. 6 de julio de 1598. tal vez sea el último día. Avanzo otro palmo.

Me veo a mi mismo rebosando buena salud como prior del convento de Santiago de la Espada, disputando agriamente con el vicario Alonso Sánchez de Mora y como terminamos con mucho enojo, muy cansado estaba de pleitos, hice la renuncia del cargo, como ellos querían. Agencié la compra de Campo de Flores, en Charco Redondo, para mi vivienda y retiro, una hacienda a extramuros de Sevilla, cerca de la puerta de la Macarena. Una casa para los últimos días. Avanzo más de un palmo. Seguramente por eso oigo lejos el rumor de los rezos en la alcoba. Aunque muy despacio, voy progresando hacia la boca del pasadizo. Dejo muchas cosas sin terminar en este mundo; cuestiones de importancia, como la biografía de Erasmo de Rotterdam, sobre la que no he podido reflexionar ni escribir despacio. Además de Desiderii, el tema de *El Lazarillo de Tormes*, esa estupenda obra singular que tantas veces me deleitó y en cuyo secreto pocos han entrado. Pues yo digo, sin poder exponer ahora los fundamentos con el rigor que la cuestión demanda, que creo saber quién fue el autor de la novela, que por razones poderosas guardó su nombre en el anonimato. Lo digo así porque aunque no conocí en persona al dicho autor, puedo decir que fue hombre de mucha ilustración; que vivió y trabajó como experto de cartas en latín en la corte de Carlos V. Sin haberlo tratado, pues falleció fuera de España siendo yo todavía niño, sí conocí a su hermano y decían que conocer a uno era como conocer a los dos, de lo mucho que se parecían por dentro y por fuera, que me deleitó contándome cosas del autor, sobre todo de su máxima sabiduría en el pensamiento de Erasmo. Una página perdida o arrancada intencionadamente del original de *El Lazarillo*, explica el misterio. Algún día lejano que no conoceré todo esto que ahora esbozo, será investigado y descubierto y la oscura palabra «anónimo» dará paso a la rotundidad de un nombre con su correspondiente apellido. Avanzo como dos palmos hacia delante, pero todavía sigo oyendo los rezos. *Etenim cum ab ineunte aetate in litterarum studio ingenual continentur, sub doctissimis paeceptoribus didicerim.*

Todavía los rezos están próximos. Las versiones hebreas y arameas de la

Biblia de Amberes levantaron una oleada de desconfianza en el seno de la Iglesia. Fuimos de nuevo sospechosos de herejía. En Flandes, el Obispo de Rurmond, Wilhelmus Lindemus, atacó con furia. León de Castro, siempre bramando y encendido, logró el apoyo de varios teólogos del Vaticano. Una lucha constante y sin descanso. Los pies, alguien o algo tira de mí, me desplaza como dos palmos y después me suelta. Me llevan hacia la muerte arrastrándome por los pies. Pero todavía oigo rezos en la alcoba; quiere decir que sigo en el mundo de los vivos. Los muertos no rezan. Campo di Fiore, la plaza romana llena de charlatanes y pícaros, que debió conocer el ingenioso Francisco Delicado. Pude percibir en mi sueño, si en verdad fue un sueño o enajenación de la mente, que la Ciudad se levantaba en una eminencia muy rocosa, en las montañas de Judea. Valles profundos, al Oriente el de Josefát, el torrente Cedrón y el Gehema al Occidente. Reconocí las murallas de construcción triple en muchos puntos. Su parte más antigua se remontaba a los reyes de Judá y rodeaban la Ciudad alta. Noventa torres pude contar hasta llegar al monte Calvario. Me deslizaba sin peso corporal alguno, sin rozar el suelo, sin fatiga de la respiración y así llegué hasta la Torre Antonia, restaurada por Herodes el Grande y admiré la Ciudad entera. En un recreo constante de la vista y la mente, me detuve en el palacio de Herodes, situado en el monte Sión. Recorrí calles estrechas y sombrías empedradas de piedra blanca, hasta que llegué al Templo. Sabía desde niño por las lecciones de mi maestro de Fregenal, Diego Vázquez Matamoros, que Salomón había allanado con grandes trabajos la cima del monte Moria para levantar el Templo. Después Nabuconodosor hizo el estrago y Herodes emprendió una gran obra de reconstrucción. Juan de Herrera, con el que tantos secretos he compartido, conocía todos sus detalles: un cuadrilátero irregular de 317 metros en el lado N, 283 en el S; 474 en el E y 486 en el O, con tres recintos principales, el Atrio de los Gentiles, el de los Judíos y el de los Sacerdotes. El secreto, al que Herrera llamaba «gran ausencia», estaba en la cámara cúbica de veinte codos de lado, de paredes doradas, oscura y completamente vacía.

Me agarran de los tobillos y me arrastran sin dolor por lo menos tres o cuatro palmos. De repente cesan los rezos, no oigo murmullos en la alcoba. Sigo alejándome de la vida humana y cada vez me aproximo más a la boca del pasadizo. Mi existencia terrenal se acaba. Doy gracias a Dios por entrar en su

Reino sin dolor, rigiéndome la cabeza y con los ojos abiertos, como siempre he deseado. Sin embargo debo encontrarme todavía lejos de la salida del túnel, pues sigo sepultado en la más profunda oscuridad; pasar de una oscuridad a otra, quizás más intensa y eterna, sería tan terrible como caer en la nada. Parece que los rezos se han alejado. Espero impaciente que tiren de mi cuerpo. Aprendí los rudimentos del dibujo de la mano de Jacobo Vázquez, copiando con la mayor fidelidad y detalles los trabajos que mi maestro se había traído de su peregrinación a Tierra Santa. Conocí desde muy joven la topografía y configuración de Jerusalén. En Sevilla trabé amistad con el pintor Pedro de Villegas Marmolejo, buen compañero de Juan Mal Lara, que tantas veces fue a la cárcel de la Inquisición. En esos buenos tiempos de pintores y poetas, estaba yo ocupado en el estudio de la alegoría como forma de expresión de la escritura, pues como es sabido, la alegoría es una ficción en virtud de la cual una cosa representa y significa otra diferente, recurso que bien utilizado me proporcionó tramas y argumentos para esquivar más de una vez el celo de inquisidores, que en este país tanto crecen y abundan. El silencio se ha impuesto en este desgraciado pueblo y los vericuetos de la alegoría suplen mal que bien el sagrado anhelo de libertad. Cuando la libertad no existe se predica que es peligrosa en extremo y entonces surge como sierpe venenosa el segundo gran pecado de los españoles —el primero es la envidia—, que se llama intolerancia. Comenzó ésta con la expulsión de los judíos, amargo capítulo de los Reyes Católicos; ellos nos trajeron por sus manos suma abundancia de los falsos conversos. Conversiones forzadas que hicieron de las prácticas de los judíos un mundo de ocultas herejías. Recuerdo el origen converso en los nombres de Luis de León, Teresa de Ávila o Juan Luis Vives. Maldito sea para siempre el día que se encendió la primera hoguera de la Inquisición, precisamente en Sevilla, tenía que ser Sevilla, el 6 de febrero de 1481. Seis criaturas fueron quemadas en el poste, predicando el nefasto fray Alonso de Hojeda que, castigado por Dios, moriría a los pocos días entre terribles padecimientos a causa de una epidemia que hizo estragos en la ciudad. Torquemada y sus dominicos encontraron a partir de la hoguera de Sevilla buen abasto y mejor acomodo. Pero no es bueno acaparar rencores ni recordar a los que tanto daño nos hicieron. Nadie me toca los pies, no me arrastran e incluso he debido retroceder, pues de nuevo oigo el murmullo de

los rezos, lo que quiere decir que otra vez estoy cerca de la alcoba. Tengo la sensación de estar flotando en el aire, que me he levantado del lecho. Nada me duele. Los rezos se acercan como una larga y monótona letanía.

Ahora me rozan las plantas de los pies. De los tobillos me arrastran por lo menos cuatro palmos, tanto que desaparece el murmullo de los rezos, quiere decir que de nuevo me estoy alejando del mundo de los seres vivos. Nadie como mi hermano Luis de León estudió mejor la Biblia en sus textos originales. Su grave y secreto pecado fue una mujer y esa falta, por así decirlo, que también yo he tenido y sigo teniendo, la arrastramos como una pesada cruz toda la vida. Cuando Luis de León por mediación mía terminó de traducir al castellano *El cantar de los cantares*, poseído por el ardor carnal y la vanidad del poeta, le ofreció el canto de amor a una monja llamada Isabel Osorio, cosa en extremo prohibida y perseguida por la Inquisición, ya que ella era religiosa profesa entregada a la oración. Dicha monja, a pesar de ser persona de virtudes, quedó inflamada de deseo y mantuvo con Luis de León relaciones de una pasión perturbadora. No se puede servir a la vez al espíritu y a la carne, por eso escribió él con agudeza sobre el drama del «hombre dividido», que tanto cuadraba también a mi persona por los hechos que me sucedieron en Amberes. Alguien de mucho mérito, cuyo nombre no quiero recordar, dominado por el pánico a la hoguera, llegó a escribir que la Inquisición era baluarte de la Iglesia, pilar de la verdad y guardián de la fe. Oh, Dios mío infinitamente bueno, libra a este desdichado pueblo de la pesada losa que en forma de miedo lleva sobre su cabeza desde tiempo inmemorial, pues con ese miedo en las entrañas, hasta las mejores cabezas se nublan y ceden a la tentación de la falsedad. Por las tierras de Andalucía, en las intrincadas montañas de Galicia, en la misteriosa Cantabria o en los Pirineos de Navarra, la pobre gente española no conoce la religión verdadera y todos están dentro de la superstición más grande porque así creen poder sobrevivir a las muchas penalidades de la vida y del terreno que tienen. Viven encerrados y ajenos al mundo, hostiles a las prédicas de extraños, no quieren clérigos ni habitantes de las ciudades. Muchos pueblerinos dicen que los curas y frailes solicitan a mujeres solteras con palabras lascivas y amorosas para actos torpes y deshonestos. Me agarran de los pies y me arrastran como dos o tres palmos, suavemente. Hasta el final Dios me está poniendo a prueba. Job ciego pero no

sordo, ya no oigo los rezos, ni voces en la alcoba. No siento la vida. Otra vez los pies, me mueven, avanzo un poco, no mucho.

Como un gigantesco lodazal de desventuras, las hogueras se multiplicaron por todo el país, alentadas por el furor de Torquemada. De Sevilla a Toledo, Granada, Valladolid y Valencia. Un decreto promulgado por la regente Doña Juana prohibió la entrada de libros extranjeros traducidos al español. De nuevo nos aplastaba el silencio que se extendía como una inundación por las calles de pueblos y ciudades. Era como la muerte en vida, no para el pueblo, que sólo sentía miedo como los animales acosados, sino muy en particular para los que estábamos destinados al pensamiento y a la reflexión de las cosas que ocurrían en la Historia. Bien que decía con dolor el hermano Francisco de Aldana que nada puede hacer el poeta ni el filósofo para evitar la injusticia, que al poeta se le escucha únicamente cuando su canto magnifica el mundo, pero no cuando lo representa tal como es con todas sus miserias. Nada o muy poco podíamos hacer frente a las hogueras, salvo guardarnos de perecer en ellas. Veo a Virgilio a bordo de una nave con las velas desplegadas; en su frente de campesino lleva escrito el signo de la muerte. Sacude su cuerpo debilitado por la fiebre una tos torturante. Debe tener, como yo, la conciencia amenguada por tanta agonía. Un fuerte tirón en los pies y me adentro cuatro o cinco palmos. Todo oscuro y en silencio. Debo encontrarme cerca del salto o de la caída. No debo retroceder, ni volver a la alcoba, ni escuchar los rezos. Estoy en el paisaje de la muerte. Hacia 1390, en el sur, un arcediano de Écija, enloqueció de fanatismo y por un verano de calor ardiente, encendió la mecha del polvorín, que ya estaba bien caliente. Turbas hambrientas se lanzaron contra los judíos y las aljamas fueron destruidas. En Valencia, sólo en el mes de julio, fueron asesinados 250. El verdadero motivo de esta hostilidad iba mucho más allá de lo religioso; el fundamento estaba en las cuestiones financieras, en los grandes movimientos de dinero que los judíos manejaban.

Encerrado en la paz de la Peña, alejado de la Corte y de las insidias de la política, con 58 años, quise sintetizar el universo entero y emprendí la escritura más ambiciosa e incluso desmesurada de mi vida, denominada *Opus Magnum*, obra que he dejado inconclusa como tantas otras cosas. En tres grandes apartados dividí el proyecto: «Anima», «Corpus» y «Vestes». Trabajé con fervor de joven. Inicié el trabajo desarrollando la parte interior del

hombre, para llegar después a la parte exterior, social e histórica. Escribí sacándome de los adentros la voz del poeta y la del humanista. El conocimiento humano, que puede parecer disperso, es uno y único. El ser llamado hombre es inicialmente una criatura teológica, una palpable manifestación de la bondad de Dios, que es una esfera que carece de todo término y cuyo infinito centro es él mismo. Pero esta esfera no es corpórea, sino espíritu singularmente puro que lo contiene todo. Partiendo de esta teología, fui describiendo la armonía del mundo, primero el firmamento, después los muchos accidentes de la tierra, las diversas plantas y animales, hasta llegar al hombre. Todos los seres se mueven por el mismo impulso llamado *dinamis*, igual los astros que los seres humanos.

Estaba por entero dedicado a mi *Opus Magnum*, cuando llegó a la Peña Pedro de Valencia, mucho más joven que yo y al que muy pronto tuve como a un hijo. A través de un amigo de Lisboa había conseguido un ejemplar de la Biblia de Amberes. Dejó sus estudios de Leyes en Salamanca y me solicitó vivir en la Peña. Le enseñé hebreo, iniciándose en los conocimientos de las Escrituras. Isabel de Tovar, hija de mi amigo Simón, estuvo a punto de arruinarle la vida para siempre con sus artes de mujer seductora. Natural de Zafra, tuve mucha predilección por él y no menos por Álvaro de Lugo y como no por Juan Moreno. Pero el silencio de la Peña, propicio para el recogimiento, a veces se rompía por los dardos de la añoranza y la nostalgia del recuerdo. Solía ocurrir al atardecer, concluidos ya los afanes de la escritura. De repente se me estrechaba el pecho y el corazón me subía a la garganta. Veía de nuevo las calles de Amberes, la nieve cayendo mansamente; oía el ruido incesante de las prensas; era la alegría que invade a los hombres cuando todos trabajan juntos en una misma dirección. La distancia agigantaba recuerdos y virtudes. De nuevo en casa de Plantino, en amable tertulia nocturna, con Abraham Ortelio y Justo Lipsio. Rubia, casi transparente, Anne servicial y silenciosa, siempre cómplice de mis palabras, destinataria de lo mejor de mi pensamiento, hábil y delicada con el laúd. Ella me regaló una serie de grabados de Floris, que conservo como un tesoro. A través de Plantino y muy en secreto, le escribí varias cartas a Anne. Por discreta me contestó muy breve, concedora de que sus palabras, por muy formales que fuesen, podrían contribuir a reavivar un fuego demasiado peligroso para mi

persona. Aunque equilibrado por el afán del trabajo, caía con frecuencia en profunda tristeza por el afán de un amor imposible.

Labore et constantia era el lema de Plantino, que hice mío incluso antes de su conocimiento. Pero no siempre estuve rodeado del ambiente sereno y tolerante que tanto propicia la creación de la escritura; pocas veces he dispuesto de todo mi tiempo para la meditación y el estudio. Desde joven adquirí el hábito de sacar tiempo de donde no lo había. En las portadas de mis libros siempre he puesto ARIAS MONTANO, HISPALENSIS, aunque temo que muy pocos los tendrán en cuenta, pues Sevilla, entre el Arenal, la Torre del Oro y el Patio de los Naranjos, va perdiendo su amor e interés por las cosas del espíritu. Y bien que se entiende, pues yo mismo he visto descargar los navíos en los muelles y depositar en la Casa de la Contratación más de trescientas carretas cargadas de oro, plata y perlas de gran valor y así, en una ciudad repleta de riquezas, el negocio se impone sobre cualquier otro pensamiento, porque el dinero exige mucho trasiego y ninguna poesía. Pero a pesar de su mucho orgullo y boato, Sevilla lleva dentro su propia carcoma y en el silencio de la noche, cuando el espíritu se serena, algunos hemos escuchado los crujidos que preceden al derrumbamiento, y a nadie podemos avisar ni alertar, pues nada creerían y harían burlas y desprecios de nuestras cuitas. Me acuerdo de las palabras de Pedro de Valencia, cuando el proceso de José de Sigüenza: «Y a vuestra Paternidad téngalo por una paloma no más, y es menester al que vive entre hombres tener la prudencia de la serpiente, que conociendo que es aborrecida de los hombres, vive siempre con recatos de ellos». Es curioso, ya que otros hombres de mi trato y convivencia, nunca vieron en mí la cualidad de la paloma, sino mejor una máscara cambiante muy al modo de Erasmo, pues acusado he sido de escurridizo hereje hebraizante, de retorcido consejero real, de asceta y brujo de las ciencias ocultas, de practicar el regalismo, de que Dios me había revelado las Escrituras en una sola noche, de ser propagador del *Mysterium Regni Dei*, máxima cavilación de mis enemigos, que ellos no podían esclarecer en su contenido y pensaban que era un especial sentido de interpretar la Biblia, que sólo unos pocos conocíamos por ser adictos y vinculados a una secta flamenca. Todo esto lo sabe bien trabado, además de Plantino y mis hermanos de la Familia, Pedro de Valencia, que debido a su ejemplar piedad y fortaleza de castidad mil veces en

juego, adquirió en la Peña el conocimiento de los oráculos divinos.

Parece que mi viaje se ha interrumpido. Es descabellado pensar en una mejoría de la salud de mi cuerpo. De pronto pierdo el equilibrio, caigo, me deslizo hacia abajo. Trato de incorporarme, unas manos poderosas me sujetan la cabeza y los hombros. De golpe me llegan los rezos y el olor a alhucema. Abro los ojos y al instante reconozco el rostro conmovido de mi sobrino Diego, el del médico y el de una mujer que me mira incrédula. He vuelto al mundo de los vivos, estoy vivo. Todos se acercan y se inclinan sobre mi cuerpo para observar algo que no puedo entender. El médico me levanta un poco la cabeza y bebo agua fresca, parecida en su sabor a la de la Peña. Quiero hablar y no puedo. La mujer debe ser Isabel Acosta o tal vez Ana Núñez, la dueña de la casa. No puedo ver a las que rezan. El viaje ha concluido. O quizás sea una pausa. Es imposible que la vida le gane el tirón a la muerte.

De nuevo en la alcoba, acomodado en el lecho bien puesto los cojines y almohadas, los ojos abiertos pero la vista cansada, otra vez con los vivos cuando ya me creía en el umbral de la muerte. Ni morir ni vivir parece un destino adverso para un hombre que, aunque pecador, fue siempre temeroso de Dios. Escucho el murmullo apagado de las mujeres que rezan, pues deben estar próximas a la cabecera de la cama. Julio de 1598, pleno verano. Tengo frío. Toda mi atención o lo poco que de ella queda, la tengo puesta en los pies. Nunca se deja de aprender. *Atquis y ergos* frente a Erasmo. Qué fuerte y a la vez suave era el maestro Cipriano de la Huerga, gloria fértil en el páramo. Juan de Valdés me contagió estar contrario a los libros intolerantes, porque son como algunas mujeres, falsos y vacíos. Me trajo la noticia mi buen hermano Juan Moreno Ramírez, que acababa de llegar de El Escorial a revienta caballo. Cuando me vio en la puerta de la ermita, con la fatiga que había recorrido el largo camino, sin siquiera beber un trago de agua, se quedó como acharado y contrito sin decir palabra. El corazón se me volvió helado y temblorosas las piernas. En la arboleda enmudecieron los pájaros. Adiviné el funesto acontecimiento. Debe de hacer siete años cumplidos y mantengo el dolor intacto. Cristóforo Plantino había muerto en su casa de Amberes, sin sufrimientos ni quebrantos del cuerpo. Dormido estaba y en el sueño se quedó; plácido tenía el rostro. Con él moría también lo mejor de mi existencia:

Christóphoro Plantino, typographo Autuerpiensi. Su hija Margarita, extrañada por la tardanza en despertar de su padre, que era muy madrugador, entró en la alcoba y se lo encontró yerto. Le puso Francisco Rafalengio un espejo en el aliento. Murió como los hombre buenos. Todo lo contrario está siendo mi agonía.

La muerte es la única maestra que jamás se equivoca, pues ella con su presencia pone punto y final al gozo y al dolor. Pero lo peor de la muerte es que estando tan cerca, mucho se demora en llegar. Golpea sin pasión ni odio; te mira con ojos de mujer, levanta el brazo para descargar el mandoble y de pronto se detiene, caprichosa, ajena al sufrimiento que causa tanta espera. Por eso pocos son los hombres que saben esperar con dignidad, sin ceder a la desesperación. También para morir Plantino fue un maestro. El día más feliz de mi vida fue cuando me coronaron poeta en la Universidad de Alcalá, el año 1553. Después asfixiaron la poesía que llevaba dentro. Todo sea por el *Miraculum Orbis* y la Biblia Regia. Conocer en profundidad las luces de la Biblia, la solidaridad de todos los hombres con ella, constituye el primer paso para llegar a la Familia. Después de mi vuelta de Amberes me acusaron de que, aprovechando mi estadía en El Escorial, quise influenciar con las ideas de la Familia a un grupo de frailes jerónimos, especialmente al eximio José de Sigüenza y al joven José Carlos Bartel, que después y por mi mano sería tan amigo de Plantino. Nos pintaban como despreciadores de la Escolástica y apasionados estudiosos directos de la Biblia y su comentario literal; amantes de la meditación de los Evangelios, respetuosos con judíos y cristianos nuevos y convencidos del estudio del griego y del hebreo para comprender las Escrituras en sus orígenes, pensando además que la salvación es posible para los que viven fuera de la Iglesia.

Vuelvo entre la niebla a la ciudad imperial de Trento, en la Alta Italia, cuando la viveza de mi mente era semejante, por mi juventud y fervor, a la cuerda de un arco, tensa al máximo, a punto de lanzar la flecha sobre el blanco. Estuve presente en la tercera sesión. La Curia lo fue aplazando astutamente y bien sabíamos que era por miedo a la Reforma. Roma se protegió en los legados pontificios, de manera que fueron excluidos abades, teólogos, laicos e incluso príncipes. Concilio papal y no ecuménico, como los sínodos romanos medievales, aunque mi persona, aislada por la vanidad del

buen discurrir que tuve en mis dos intervenciones, tardó algunos años en comprenderlo. Muchas cuestiones fueron allí tratadas, desde las fuentes de la fe al pecado original, el purgatorio, el matrimonio, pero nada se dijo de la reforma del Papado. Tardé en asimilar de buen agrado y sin rencor de la mente que Trento no había sido el concilio tan largamente esperado y deseado, el concilio de la unión de la cristiandad entera del mundo. Repleto de amenazas y excomuniones, el territorio espiritual de los hombres continuó dividido por la confrontación de católicos y protestantes. Al revuelto panorama llegó el gigante Erasmo de Rotterdam para decirnos que deberíamos edificar una ciencia bíblica diferente; la Biblia es una obra literaria y la base de su interpretación es la filología; el sentido espiritual profundo llegará después del estudio literal de los textos. A partir de aquí pasaremos a otra forma de Teología.

Sigo viendo las cosas turbias y no distingo los rostros de las personas que me rodean. Se mueven a mi alrededor, van y vienen, se afanan y no entiendo los motivos, pues soy un agonizante desplomado boca arriba, que nada solicita ni demanda de los demás. Lamento mucho morirme tan despacio. Erasmo era un típico occidental que desconfiaba del Sur y aunque magistral en su pensamiento, le asustaba la idea de que en España conviviesen semitas y cristianos, sentimiento que no deja de ser raro en un ciudadano del mundo. Tal vez estuviese desalentado por su trato con los marranos de Amberes y Brujas. Pensaba que en España apenas si había algunos cristianos. El Antiguo Testamento incomodaba al maestro. Nunca entendió a un Dios de la venganza. Erasmo pensaba, y yo ciegamente con él, que el Testamento de Cristo está resumido en la súplica que hace Él al Padre: «Que todos sean uno, como Tú eres en sí, Padre y yo en ti, que ellos sean también uno en nosotros». Todo está en el Sermón de la Montaña, que es lo contrario a la guerra de los hombres.

Boca arriba, inmóvil, la vista perdida, noto en el cuello los latidos del corazón cada vez más débil. Fuera de la alcoba, no sé si es día o noche. Un carruaje se detiene en la puerta de la casa sin hacer el menor ruido. Baja una mujer alta de gran presencia y porte, vestida enteramente de negro, la cabeza y el rostro cubierto por un amplio velo de luto. Sólo las manos blanquísimas y afiladas deja ver la mujer, que entra en el portal sin ninguna vacilación, como si conociese el camino. Qué rara criatura, ataviada de viuda reciente. Pero no

me asusta, sé que dentro de unos instantes, cuando suba la escalera sin rozar el suelo, aparecerá en la alcoba y por fin me mostrará el rostro, me mirará con ojos inmóviles y desapasionados, como los de una estatua. Después de una espera interminable, la señora ha llegado. Caigo en la cuenta, ya está aquí y aunque mi cuerpo tiembla a causa de la fiebre, no tengo miedo. A ti Señor encomiendo mi alma pecadora. «Tus dos pechos como dos cabritos mellizos/ que están paciando entre la azucenas». Oh, Dios mío, no me abandones ahora en el hervidero de mis pensamientos lujuriosos, cuando la señora enlutada está ya tan cerca. Es la fiebre y no el miedo lo que me hace temblar. Está tardando la impertinente dama, quizás sorprendida por las muchas habitaciones de esta casa, pero ella no se perderá, su olfato es infalible. Las primeras lluvias del otoño sobre los campos de la Peña, el cambio de luz, los delgados y primerizos encajes de niebla acuchillando las copas de los árboles, desdibujando las casas de Alájar. En la garganta los latidos del corazón son cada vez más débiles. La dama de negro apagará mi respiración. Ya está aquí. Acaba de aparecer en la puerta, majestuosa como una reina. Nadie la mira, nadie sabe que está aquí, diosa de mármol o de música, invisible para los que me rodean. No se mueve. Ven, le grito desde los adentros. No se mueve. Ven, grito de nuevo. Levanta un poco la cabeza oculta por el velo. Se va acercando despacio, atraviesa la habitación. Ya la tengo a mi lado. Se levanta el velo y me muestra su rostro. No siento miedo. Es una mujer joven, de cabellos rubios y piel sonrosada, con grandes ojos de un azul transparente, como los ojos de Anne. Nada me dice. Su rostro se aproxima al mío, tanto que percibo su aliento frío y oloroso. El corazón deja de latirme. La dama me envuelve en su manto negro y en sus brazos, como un niño, inicio la subida. Todavía tengo tiempo de contemplar desde arriba mi propio cuerpo inmóvil con los brazos cruzados sobre el pecho y cómo mi sobrino Diego cierra mis ojos.

Sevilla-Sanlúcar de Barrameda

Febrero-noviembre, 2003

Sevilla-Salúcar de Barrameda

Marzo-agosto, 2006

A modo de Epílogo (Notas de lecturas)

Hace ya años, paseando e indagando por la Peña de Alájar —el espacio mágico de Benito Arias Montano, su Paraíso personal tantas veces perdido y recobrado—, me preguntaba una y otra vez cómo habría sido en realidad su verdadera mentalidad. Descripción narrativa de una mentalidad. Contestar con mediano rigor a la pregunta me parecía entonces una empresa poco menos que imposible.

Casi imposible también aceptar el reto que me desosegaba cada vez que visitaba Alájar y subía a la Peña. Escribir una novela sobre un hombre casi desconocido y escurridizo, que dominaba catorce lenguas —entre ellas el arameo—, nacido el mismo año que Felipe II y Fray Luis de León, que reposaba en el letargo del tiempo, medio devorado por la polilla de la Historia y marcado sobre todo por la erudición de sus macizos comentarios bíblicos.

Escribir una novela donde, saltando por encima de la densa carga histórica de su tiempo (1527-1598), por otro lado inseparable de su persona y obra, el novelista fuese capaz de describir una mentalidad, como hizo de manera magistral Marguerite Yourcenar en sus *Memorias de Adriano*.

Pero una novela de esa naturaleza —ni de cualquier otra, me parece—, no se podía escribir con los restos dispersos de la energía sobrante de otros trabajos. Siempre recordaba una lúcida y mortificante opinión de Mario Vargas Llosa: «La novela es un quehacer exclusivo y excluyente». Para mí entonces y por desgracia, la novela —la literatura— era una pasión compartida.

¿Cómo penetrar en la mente de un personaje de la España del XVI, capaz de editar la *Biblia Regia*, burlar la temible Inquisición, ser maestro y amigo de Francisco de Aldana —«el gran Aldana», de Luis Cernuda—, maestro también de Fray José de Sigüenza —el mejor prosista de su tiempo— y cómplice del

secreto que presidió la construcción de El Escorial? ¿Cómo escribir una novela medianamente digna disponiendo tan sólo de los miserables fines de semana y de las vacaciones escolares?

Mil veces retomé el tema y mil veces lo abandoné, con la lejana esperanza de lo intentaré cuando sea mayor, es decir, viejo, es decir, jubilado. Pero ni un solo día dejé de pensar en ello. Una carpeta azul —que se iba deteriorando con el paso del tiempo— sobre mi mesa de trabajo, me lo recordaba: Documentación. Novela sobre B.A.M.

Ni decir tiene que la fase de documentación —iniciada en 1998— me obsesionaba más que las posibles dificultades de la escritura propiamente dicha, más incluso que el hallazgo del punto de vista, sabiendo bien por propia experiencia que el encuentro con el punto de vista es básico en todo relato.

Dueño por fin del tesoro de mi propio tiempo, me puse a la tarea. Tuve la fortuna de iniciarla con la lectura de dos textos fundamentales: el *Arias Montano* (1993), de Bernard Bekers y el monumental *Erasmus y España* (1979), de Marcel Bataillon. Fue entonces cuando me sentí aplastado, desbordado e impotente y estuve a punto de abandonar. Demasiado para mí; uno debe ser consciente de sus propias limitaciones.

El libro de Bekers ampliaba enormemente la figura de mi futuro personaje, lo convertía en una criatura misteriosa, seducido en Amberes por su amigo Plantino y la «Famille de la charité». Pero Arias Montano en el ambiente selecto y libre de Amberes, seguía siendo un servidor de Felipe II y del Duque de Alba. ¿Cuántas caras tenía mi personaje, cuántos fingimientos estaba cometiendo? Comprendí que no debía abandonar ni seguir lamentándome de mis escasas fuerzas.

Un sugestivo artículo de la profesora Emilia Fernández Tejero, «Cipriano de la Huerga, Luis de León y Benito Arias Montano: tres hombres, tres talentos», incluido en el volumen *Anatomía del Humanismo* (1998) y publicado en la Bibliotheca Montaniana, de la universidad de Huelva, me devolvió el ánimo. Desde aquí le agradezco a Emilia Fernández su capacidad para transformar al personaje de mi novela, hasta ese momento un sujeto paciente en manos de especialistas, en un ser de carne y hueso. Descubrí a un Arias tocado por el negro aliento de la depresión, de físico delicado, expuesto a enfermedades y achaques, muchas veces «nacidas de imaginaciones y

descontentos». Descubrí además la insinuación enormemente sugestiva de que el ermitaño de la Peña, fiel seguidor de San Jerónimo, conoció a una mujer llamada Anne Herents, que inmediatamente convertí en la amada del sabio, imaginando sus gruesas trenzas rubias y su piel blanca. Arias Montano, sobreviviendo a docenas de severos tratados escritos en latín, se convertía de pronto en un ser humano. Poco a poco, conforme me iba adentrando en la documentación, crecía la figura múltiple del personaje.

Muchos otros libros me alimentaron mientras escribía *El ermitaño del rey*. A mediados de 1999, me había leído y anotado al menos el 60% de la bibliografía propuesta como indispensable, con sus respectivas fichas, nada comparable con los 1.500 libros consultados por Flaubert para escribir *Salambó* ni con la asombrosa minuciosidad de Thomas Mann mientras trabajaba en *José y sus hermanos*.

Leí y consulté casi entera la providencial Bibliotheca Montaniana, sobre todo el monumental estudio de Baldomero Macías Redondo, *La Biblia Políglota de Amberes en la correspondencia de Benito Arias Montano* (1998), repleto de datos de un enorme interés. Fue también un verdadero acontecimiento la lectura enriquecedora de *Arias Montano en su entorno. (Bienes y Herederos)*, del profesor Juan Gil, que me pareció la obra de un sabio.

Pero a los pocos días de haber iniciado la escritura del primer capítulo, cuando Arias Montano —ya con la muerte detrás de la puerta— está redactando su testamento, encuentra en su mesa un trozo de papel, amarillo por el tiempo. Reconoce su propia letra juvenil; un papel olvidado con un nombre escrito: Desiderii. El hallazgo inquieta sobremanera a Arias Montano. Desiderii es Erasmo de Rotterdam y el papel, tantos años perdido, le recuerda como una acusación un trabajo nunca cumplido pero sí anhelado por el propio Arias: escribir la biografía verdadera de Erasmo, su intimidad casi sin biografía y, sobre todo sus relaciones con Lutero. Entonces Arias, con muchas dificultades, se aparta de la redacción urgente de su propio testamento e inicia unos apuntes de la biografía de Erasmo, que por culpa de las cosas del mundo y de la política, nunca pudo atender con sosiego. Eso quería decir sencillamente que debía documentarme acerca de Erasmo de Róterdam, el gran gigante de su tiempo y explicar, desde la mentalidad de Arias Montano,

las razones que le habían impedido escribir en su momento la biografía de un europeo egregio, muy vinculado a España y por cierto, casi carente de biografía externa.

Sería aburrido para el lector y enojoso para mí —que incluso podría ser tachado de pedante— consignar aquí todos los libros que tuve que leer, anotar o consultar entre 1998 y 2000. Por otra parte, mucho temía ahogar al personaje y al propio discurso narrativo.

Pero no tengo más remedio que citar con agradecimiento a Stefan Zweig, que sintetiza a Erasmo en un magistral retrato. También a José Luis Abellán por *El erasmismo español* (1982); a Keiko A. Oberman por su *Lutero* y a Rosa Navarro Durán, por sus ediciones de Alfonso de Valdés. Y muy especialmente a René Taylor por su *Aquitectura y magia. Consideraciones sobre la idea de El Escorial* (1992), sin olvidar la prosa soberbia de Fray José de Sigüenza, cronista memorable de las obras del monasterio. Mi gratitud también para Pedro Jiménez, por su estudio preliminar de la *Educación de un príncipe*, de Erasmo y a Pedro R. Santidrán, por su edición de los *Coloquios*.

Especial gratitud también para mi entrañable amigo Joaquín Cuevas López, excelente conocedor de la historia de España, que compartió conmigo muchas horas de conversación sobre el tema.

Dejo pues en el tintero y con alivio, una larga lista de títulos y artículos especializados. Sólo he querido acercarme a un ser humano mediante la licencia de recuperar su voz lejana en las páginas de una novela.

JULIO MANUEL DE LA ROSA

Sevilla: 27.II.07

Edición en formato digital: junio de 2012

© Julio Manuel de la Rosa, 2007

© Algaida Editores, 2007

Avda. San Francisco Javier 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

algaida@algaida.es

ISBN ebook: 978-84-9877-800-7

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.

Conversión a formato digital: REGA

www.literaria.algaida.es